HQÑ™
Y QUERERTE
SIEMPRE
ELIZABETH BOWMAN

Y QUERERTE SIEMPRE

ELIZABETH BOWMAN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2015, 2022 Elizabeth Bowman
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Y quererte siempre, n.º 341 - octubre 2022

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1141-352-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Agradecimientos

A Diego y a Elizabeth, por quererme siempre.
Os quiero siempre.

Rima XXXIX
¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
es altanera y vana y caprichosa.
Antes que el sentimiento de su alma
brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
no hay una fibra que al amor responda;
que es una estatua inanimada… pero…
¡es tan hermosa!

Gustavo Adolfo Bécquer

Prólogo

Plantación Bonneville. Condado de Clay. Misuri. 1875

Olivia Moongrove se desperezó con indolencia, asomando su radiante sonrisa entre el vastísimo océano ondulante de salicarias cuyas florecillas rosadas reían abiertamente al sol.

Había gastado media tarde sin hacer nada —asunto el cual no lograba en modo alguno inferir siquiera una leve carga en su conciencia—, recostada bajo el tibio sol que en esas horas se derramaba sobre la pradera, mientras el apacible aroma de la naturaleza y los colores cálidos del atardecer la transportaban casi hasta el punto de adormecerla.

Con los ojos entornados, los brazos abiertos formando una relajada cruz y las piernas dobladas a la altura de las rodillas, Olivia sonrió al cielo escarchado en mil ronchas anaranjadas y violáceas, mientras los piquituertos colorados cantaban alegremente a su alrededor y se entretenían atusando con el pico sus plumajes.

¿Acaso podría existir mayor felicidad que ver las horas correr sin hacer otra cosa más que mirar al cielo y fantasear con la forma de las nubes? ¿Acaso no existía una secreta dicha en vivir sin tener que rendir cuentas a nadie, haciendo siempre lo que le viniera en gana sin preocuparse por un mañana?

Suspiró con exagerada languidez. ¿Y acaso no resultaba maravilloso saber que existiría un mañana?

Todavía tumbada de espaldas movió los brazos y las piernas arriba y abajo formando un ángel de hierba mientras gruñía de placer, adorando la forma en la que las largas espigas rosadas se doblegaban a su alrededor formando para ella un hermoso dosel vegetal. Su sonrisa se entremezcló con el relajado eco de otro suspiro.

Sí, sin duda era una jovencita muy afortunada, aunque las cosas no siempre habían sido así. No todo había sido ociosidad y despreocupación, no todo florecillas de mil colores vivos y cánticos alegres de pajarillos.

Fijó la mirada en la reptante legión aérea de densas nubes blancas, en apariencia tan tangible como pudiera serlo una enorme y mullida bola de algodón surcando los cielos sobre su cabeza. Sin siquiera

parpadear recordó que, efectivamente, la vida no siempre había sido un camino de rosas…

Dieciocho años antes…

Los Moongrove acababan de fallecer dejando huérfanas a dos hermosas niñitas. Olivia, la pequeña, era apenas una criatura recién destetada; y Ada, la mayor, una señorita de doce años recién desperezada a los albores del mundo.

Fue su rigurosa abuela paterna la que se vio obligada a hacerse cargo de ellas y a acogerlas en su residencia de St. Louis, impulsada muy seguramente por el temor al qué dirán y a las murmuraciones procedentes de las lenguas chismosas, en lugar de a una conciencia para la que jamás había habido lugar en su vida.

Las acogió, sí, no sin una apatía y un desagrado evidentes y nada disimulados que la egregia dama no dudó en exteriorizar en forma de indiferencia, crueldad y marcado desdén hacia sus jóvenes nietas; desde el primer instante un auténtico incordio para ella.

Era probable que Olivia sufriera en menor medida los desprecios y humillaciones constantes de su abuela, pues la anciana enseguida se percató de que la pequeña había heredado su carácter, lo que implicaba grandes dosis de egoísmo, perfidia y arrogancia.

¿Y cómo no percatarse, cuando Olivia en realidad tampoco se esforzaba en disimular semejantes rasgos de su personalidad? ¿Acaso mostró un ápice de culpabilidad cuando los sirvientes la descubrieron horrorizados cierta tarde, sentada sobre sus rodillas frente al generoso fuego que ardía en la chimenea de su alcoba, arrojando a las anaranjadas lenguas danzantes el vestido nuevo de Ada solo porque no quería que la joven estrenara ninguna prenda cuando ella no tenía nada para estrenar? ¿Acaso ofreció alguna otra justificación, aparte de su sonrisa siniestra y extrañas chiribitas brillando en sus ojos, cuando destrozó la pamela favorita de Ada solo porque no se le permitió jugar con ella?

Conforme pasaron los años, la abuela Moongrove llegó a formar una especie de extraña coalición con la pequeña, concediéndole a la niña privilegios inimaginables para la mayor de las hermanas, y para cualquier criatura con dos dedos de frente y un mínimo de sensatez, en realidad.

No importaba que los caprichos de la pequeña fueran desorbitados, y procediendo de Olivia sin duda lo eran, pues cuanto más enrevesados eran sus deseos, mayor placer encontraba su abuela en satisfacerlos. Y cuanto más cruel se mostrara la pequeña con la servidumbre, con su propia hermana y con el mundo en general, mayor satisfacción encontraba la abuela ante una instrucción bien hecha.

Era obvio que la anciana Moongrove, que a pesar de su posición privilegiada había vivido sola gran parte de su vida —sin duda debido a su carácter endiablado y al hecho de que no existía mortal capaz de soportarla—, veía en Olivia una prolongación de sí misma, una pupila perfecta y aplicada a la que, en base a la buena materia prima que ya de por sí disponía, resultaría muy sencillo instruir.

Pero sucedió que Ada, que por aquel entonces acababa de convertirse en una adorable florecilla de diecisiete años, fue presentada al señor Bonneville, del condado de Clay, en Misuri, durante un baile de la cosecha. Surgió entonces entre ellos una atracción tan inmediata que el caballero no demoró su propuesta de matrimonio a la mayor de las Moongrove más que unas cuantas semanas. El joven y enamorado caballero no dudó en ofrecerle tanto su hogar como su corazón servidos en bandeja de plata, aderezados ambos con una devoción y un entusiasmo dignos de consideración.

Ada se sintió en la gloria, no solo había conocido al amor de su vida, ese amor con mayúsculas, inmenso y elevado, del que sabía su existencia por haberlo descubierto por las novelas de caballerías que acostumbraba a leer o gracias al maravilloso ejemplo ofrecido por sus propios padres, cuyas muestras de afecto en público y amorosas miradas hablaban de un sentimiento profundo y devoto, más grande que el propio cielo y más insondable que el mismísimo océano, sino que gracias a ese amor recién nacido la vida le brindaba la saludable y necesaria posibilidad de abandonar el hostil nido ofrecido a regañadientes por su abuela.

Por supuesto, Ada jamás hubiera barajado siquiera la posibilidad de iniciar una nueva vida dejando a su hermana menor a merced de la anciana Moongrove.

Confiando en que la dureza innata de la niña se viera aplacada hasta el punto de desaparecer por completo lejos de una influencia tan negativa, se apresuró a arrancarla de las fauces de su severa maestra, rezando para que el afecto y el calor de su nuevo hogar la convirtieran en una joven dócil y recuperable.

Olivia no se hizo mucho de rogar; en realidad no sentía el menor aprecio por su abuela —a quien a pesar de su benevolencia hacia ella consideraba una anciana fastidiosa— y lo único que le importaba era llevar una vida de lujo y esplendor, tanto le daba que esa vida transcurriera en St. Louis como en cualquier otro condado de Misuri.

Por ello, junto a los baúles y demás pertenencias de la reciente señora Bonneville, llegaron a la mansión en suntuoso carruaje los bucles dorados y los enormes ojos azules de una niña de seis años delgaducha, de aspecto curioso y carácter rebelde.

Y alma brumosa.

Con el correr de los años Olivia continuó fraguando su verdadero

carácter, muy a pesar de las esperanzas iniciales de Ada de conseguir aplacarla.

Muy al contrario: la popular posición de su cuñado y la abundancia de sus arcas acabaron por convertirla en una criatura mucho más frívola y egoísta de lo que había sido en St. Louis. Sus continuas rabietas competían sin duda con la de los sobrinos que fueron llegando con el paso de los años, y aquello que parecía natural en niños de poca edad y aun menor entendimiento, rozaba el desatino al atribuirse a una señorita de su tiempo y condición.

De belleza agradable a pesar de su nariz larga y afilada, de elevados pómulos, figura espigada e inteligencia vivaz, la joven no contaba con ninguna amiga fuera o dentro de la mansión.

De hecho no existía ni una joven en todo el condado que la considerara aceptable en su trato. Todas la miraban con recelo, conscientes de que relacionarse con aquella criatura era tan peligroso como meter la mano en la boca de una zarigüeya atacada de rabia. ¿Quién querría arriesgarse cuando muchas debutantes habían sido ya víctimas de su lengua mordaz y de sus zancadillas durante el transcurso de un baile?

Del mismo modo la mayoría de los caballeros no estaban seguros de que la posibilidad de emparentar con el hacendado Bonneville supusiera aliciente suficiente como para lidiar con tan salvaje criatura.

No obstante existía una muchacha que la toleraba hasta el punto de llegar a apreciarla, por más inconcebible que este hecho pudiera parecer a simple vista. Se trataba de Wendoline, la humilde hija del capataz de la propiedad, por quien Olivia sentía el mismo apego que los vanidosos niños de alta cuna sienten hacia cualquiera de sus mascotas, a las que consideran de su propiedad y a su libre y eterna disposición.

1

Un silbido que un jilguero tomaría por suyo pero que Olivia sabía a la perfección que procedía del labio humano captó de inmediato la atención de la joven.

Sabía perfectamente quién era el pájaro cantor y el significado que albergaba su cántico. Por algo durante los últimos años aquella melodía había sido usada como contraseña secreta entre los dos.

Se levantó de un salto adornando su rostro con una amplia sonrisa. No hacía falta buscar demasiado, tan solo bastaba seguir la melodía y…

Voilá! A cierta distancia del lugar donde había permanecido recostada, en la parte posterior de los establos, dos hombres se afanaban en cargar en una carreta el estiércol generado por los caballos. Ambos hombres aparecían completamente mugrientos y bañados en sudor, lucían el torso descubierto y las mangas de sus camisas remangadas con tosquedad por encima del codo. Uno de ellos, sin duda el más joven y fornido de los dos, parecía haber descuidado unos minutos su labor para apoyarse sobre su horquillo y lanzar al aire con gesto distraído una sencilla melodía.

Olivia sonrió para sí. Por supuesto que no se había equivocado. Nunca se equivocaba. Allí estaba. *Siempre estaba*.

Pero el muy idiota no se encontraba solo e igualmente se había atrevido a silbar la contraseña secreta.

La sonrisa inicial de Olivia fue poco a poco desdibujándose hasta convertirse en una mueca airada. ¿Cómo se atrevía a silbar *su* canción en presencia de otro sirviente? ¿Cómo se atrevía a exponerla de ese modo, maldito estúpido?

Arrugó la nariz y apretó los puños a los costados al tiempo que encajaba la mandíbula hasta sentir un profundo dolor lacerante ascender y aposentarse en ambas sienes. Además ahora que se encontraba de pie en medio del vasto océano rosáceo y por culpa de aquel estúpido y de su inapropiada demanda, el acre olor del estiércol llegaba con fuerza hasta ella.

Se llevó una mano a la nariz y contuvo una arcada.

“¡Dios bendito, qué asco!”.

Alzó la barbilla con arrogancia y, entornando los ojos, regaló al hombre una mirada digna del soberano que, mostrando una encomiable generosidad, perdona la vida al más miserable de sus súbditos. En realidad en aquel momento hubiera preferido salvar en unas cuantas zancadas la distancia que los separaba y propinarle una patada en la entrepierna.

Sin embargo optó por sujetarse las faldas con ambas manos y echar a andar hacia la mansión con la única satisfacción de saber que los ojos del hombre la seguirían hasta que su figura se perdiera de vista en la lejanía. En eso radicaba su poder sobre él: en saberlo siempre pendiente de todos y cada uno de sus pasos.

—Cualquier día de estos se te caerán los ojos de la cara mientras la miras… —El segundo hombre, un tipo maduro de prominente estómago y abundantes barbas oscuras, aprovechó aquel breve segundo de abstracción por parte de su compañero para tomarse también un descanso y chancearse descaradamente de él.

—¡Cállate, Smith! —rugió el aludido, despertando de golpe de su ensimismamiento para hundir con inusitada furia su horca y su dignidad en la humeante pila de estiércol.

—¿Y por qué he de hacerte caso? ¡Todo el mundo sabe que bebes los vientos por la cuñada del patrón?

Jack se forzó a hacer oídos sordos a las burlas de aquel imbécil.

—¡No sabes de lo que hablas, maldito!

El otro chasqueó la lengua, divertido.

—¿Ah, no? —Una carcajada grotesca brotó de lo más profundo de su garganta—. ¡Eres un auténtico necio, Jack Payton, si te crees capaz de disimular tu fascinación por la señorita Moongrove! ¿Crees acaso que los demás somos tontos?

Jack notó que le temblaban las manos y para esconder semejante debilidad aferró con mayor empeño el mango del horquillo, al tiempo que propulsaba la carga con fuerza por encima de su cabeza.

—Estás borracho…

—¡Y tú eres un estúpido! ¡Si vieras la cara de bobo que se te queda cada vez que la pájara pinta anda cerca! —siguió pinchando Smith, que sin duda ignoraba el borboteo furioso que caldeaba ya las venas de su compañero.

—¡Maldito necio, deberías dejar de beber en horas de trabajo o conseguirás que te echen! ¡Conseguirás que nos echen a los dos! —Jack ni siquiera le miraba, por el contrario, se esforzaba en ignorar las palabras de aquel imbécil y concentrarse en el estiércol, de donde nunca debió haber apartado la vista.

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando: besas el suelo que pisa Olivia Moongrove. ¿Crees que no se te nota? ¿Crees que *ella* no lo

nota?

Jack chasqueó la lengua y, tan resignado como furioso, clavó su horquillo en la montaña de abono mientras colocaba las manos en las caderas y miraba a su interlocutor de forma sesgada. Sin embargo, y a pesar de mirar en su dirección, sus pensamientos se encontraban ya muy lejos de allí. Concretamente en el recuerdo de una damita menuda, casi sin formas, de cabello del color del oro e insondables ojos azules, nariz altiva y barbilla afilada.

Olivia, Olivia, Olivia… ¿Lo notaría en verdad, tal y como aquel imbécil decía? ¿Sería consciente de sus sentimientos? ¡Dios no lo quisiera! De lo contrario haría mofa de ellos sin la menor consideración. Conociéndola como la conocía, sabía que era capaz de arrancarle el corazón del pecho y usarlo como felpudo durante el resto de su vida, por supuesto, arrastrando sus hermosas y relucientes botinas sobre él una y otra vez.

Pero no, no era posible pensar en algo así. Él nunca le había dejado entrever sus sentimientos, no era tan estúpido. ¿O sí lo era?

—Y no me extraña, la pequeña fierecilla es en verdad bien bonita. Tan bonita como cualquiera de esas plantas que cultiva en su invernáculo, ¿sabes cuales te digo? Las carnívoras, que te acercas a ella embelesado por su belleza y cuando menos te lo esperas te arrancan media mano de un bocado.

—¿Cómo te atreves a hablar de ese modo de la señorita Moongrove? ¡Deberías lavarte la boca para hablar de ella! —Se expresaba entre dientes, emitiendo a la vez un gruñido que arrancaba desde más abajo y más profundo del esternón—. ¡Y tú sí deberías besar el suelo que pisa, desgraciado!

El otro resopló divertido.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso su condición la hace diferente de cualquier otra mujer? Una vez desprendidas de sus elegantes enaguas todas son iguales, Jack. *Tu* señorita Moongrove no es mejor que Betty, la lavandera, o que Ingrid, la hija del lechero, e incluso que cualquiera de las rameras del pueblo. Puede que sus calzones sean de seda, pero lo que esconde entre sus piernas es igual en unas que en otras. —Los ojos del hombre brillaron con lujuria mientras se disponía a reanudar su labor—. Aunque en el caso de Olivia Moongrove, y teniendo en cuenta su temperamento, apostaría a que bajo sus calzones plagados de encajes esconde un cepo para osos.

La mandíbula de Jack se tensó. Aquello era pasarse de la raya.

Avanzó hacia su interlocutor con un brillo homicida en la mirada. Una vez delante de él y sin pensárselo dos veces —no había nada que pensar—, descargó su puño, que en tales circunstancias resultaba poco menos destructivo que una maza de hierro, sobre su rostro colorado y peludo, para derribarlo como un fardo sobre el montón humeante de

estiércol. Y efectivamente, como un peso muerto, cayó Smith en toda su ingente envergadura, pataleando boca arriba como un miserable escarabajo incapaz de voltearse.

Desde su posición privilegiada Jack le dirigió una mirada furibunda.

—¡Jamás! ¿Me oyes? ¡Jamás vuelvas a hablar de la señorita Moongrove con tan poco respeto! ¡Y jamás la compares con una de tus fulanas! —Propinándole un último puntapié en un costado, que sacudió de arriba abajo las entrañas del caído, Jack se apartó de él para darle la espalda mientras intentaba contener la bestia que rugía en su interior. Una bestia que bramaba y perdía la razón cada vez que Olivia era mentada. Debía alejarse de allí, debía poner tierra de por medio o aquel necio podía terminar muy mal parado. Y él en la calle, o mucho peor: encerrado en una lóbrega celda.

Aun en el suelo, el agredido se apoyó sobre los codos para incorporarse levemente y concederse un mínimo de dignidad. Su nariz, probablemente partida, derramaba cuajarones de sangre.

—¡Me das pena, Jack Payton, mucha pena! ¡Pobre miserable enamorado de la inalcanzable señorita!

Pero sus palabras, por el bien de su integridad física, no fueron ni siquiera escuchadas, porque Jack se alejaba ya del lugar a grandes zancadas, como una fiera herida que es continuamente azuzada y necesita buscar refugio lejos, lo más lejos posible, y poder así lamer sus numerosas heridas en la intimidad.

2

—¿Has conseguido trasplantar tus rosales enanos, querida? —preguntó Ada a su hermana cuando esta irrumpió como un vendaval en la salita privada de la primera, luciendo manchas de tierra y verdín en los bajos de su vestido beis ribeteado de encajes y cintas de terciopelo marrón. También, por supuesto, llevaba el pelo revuelto y desprendido de sus horquillas, las mejillas coloradas y las botinas echadas a perder…

Ada suspiró, negándose a una inspección más profunda.

Olivia cruzó la estancia como una exhalación ignorando a Ada, que sostenía una de sus novelas favoritas abierta sobre el regazo con un dedo ejerciendo de marcapáginas entre las hojas mientras permanecía sentada cómodamente junto al fuego. Al alcanzar el amplio ventanal se sentó de medio lado sobre el alféizar mientras trataba de acomodar el polisón en su improvisado asiento, de hecho tuvo que pelearse un rato con la tela que se infló de forma inevitable a su alrededor. Doblemente ofuscada por semejante incordio cruzó los brazos con firmeza sobre el pecho mientras buscaba *algo* con detenimiento en el exterior. Sus labios adelantados en caprichoso mohín y el ceño fruncido a conciencia ejercían de innegable prólogo de un seguro berrinche.

¿Los rosales? ¿Si había trasplantado los…?

Apretó con rudeza la mandíbula hasta que los molares restallaron. ¿Quién podía pensar en los malditos rosales cuando la única imagen que perduraba en su cabeza, como si hubiera sido cosida a mala fe al interior de sus párpados, era la de Jack y su magnífico torso moreno y sudoroso? Jack y su largo cabello de azabache cayendo en gruesos mechones a ambos lados de su rostro…

—Lo hice a primera hora de la tarde —manifestó tajante.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

Olivia se encogió de hombros para evidenciar el fastidio que le suponía aquel interrogatorio.

—Descansando —soltó sin apartar la mirada de la lejanía.

—Haciendo el vago —corrigió su hermana. Por toda respuesta Olivia puso los ojos en blanco—. No deberías pasar tanto tiempo

ociosa, Olivia querida, no es bueno para una señorita de tu edad gastar sus días sin hacer nada de provecho.

Olivia hizo mofa de ella moviendo los labios y meneando la cabeza para remedarla en una cómica imitación de su regañina.

—Pero no he desaprovechado la tarde, Ada querida —comentó con retintín y altanería—, a primera hora, tal y como te he dicho, he trasplantado mis rosales.

Ada cerró el libro sobre el halda y dejó escapar el aire muy lentamente entre los labios. Discutir con Olivia era como chocar de frente contra un muro de insensatez y obstinación y por su vida que jamás había conocido un alma con semejantes dosis de ambas cualidades encerradas en un mismo sayo.

—Estoy deseando verlos, seguro que forman un delicioso *bouquet* junto al enrejado —concedió. Y luego en un tono claramente conciliador—: siempre se te han dado bien las plantas.

Y era cierto. A Dios gracias Olivia parecía encontrar momentos de calma y evasión en la jardinería, y practicarla de vez en cuando ayudaba a mantener a raya el mal genio que guardaba dentro. De hecho el señor Bonneville había dado en la flor de mandar levantar para ella un pequeño invernáculo donde Olivia daba rienda suelta a la energía que albergaba en su interior. También a sus rabietas, por supuesto, y cuando esto sucedía los tarros de barro y cerámica salían volando por doquier.

—Si tú lo dices —murmuró mientras escudriñaba con detenimiento a través de la ventana. Desde allí la visión de los establos y de los dos trabajadores debería ser perfecta, y sin embargo era incapaz de distinguir sobre la pila de estiércol al único de los empleados al que deseaba ver. El otro, por alguna extraña razón, permanecía sentado holgazaneando sobre los excrementos. ¡Menudo idiota!

Sacudió la cabeza con fastidio.

—¿Buscas a alguien?

Sorprendida en su debilidad apartó la mirada de la ventana para pasearla con nerviosismo por la habitación sin detenerla en ningún punto concreto.

—¿A quién podría buscar? —preguntó encogiéndose de hombros y obviando el rubor de sus mejillas. *¡Desde luego no debería buscar al idiota de Jack! ¡En realidad no debería malgastar ni un minuto de mi tiempo en él!* Exhaló de forma ruidosa. Estaba claro que tenía que cambiar de tema cuanto antes—. ¿Y el señor Bonneville? ¿Todavía no ha regresado?

Ada suspiró.

—Me temo que no. Esta tarde se reunía con otros terratenientes locales para tratar de llegar a un acuerdo acerca de lo que se debería

hacer respecto a la Union Pacific.

Olivia cabeceó con indiferencia. Sabía de lo que hablaba Ada pero, por supuesto, no era un tema que la emocionara en modo alguno hasta el punto de acaparar su interés. Por el rabillo del ojo dirigió una última mirada al exterior pero allí solo se encontraba aquel gordo y estúpido barbudo zanganeando con su horquillo. ¿Pero dónde diablos se había metido Jack?

Regresó con fastidio su atención al interior de la sala.

—¿Siguen insistiendo? ¿No se decía que se encontraban en bancarrota?

—Me temo que sí, continúan insistiendo —comentó Ada—. Y respecto a la bancarrota… —La dama se encogió ligeramente de hombros—. Pierce asegura que mantienen el firme propósito de desplegarse hacia el oeste pasando por esta zona —suspiró— pero insisten en que los granjeros les malvendan sus tierras. Ya ha habido altercados en varias granjas vecinas, han llegado incluso a amenazar a algunos con la expropiación si se niegan a vender.

Olivia miró a su hermana con fijeza. Estaba claro que debía participar en la conversación, que al menos Ada esperaba eso de ella. Podría hacer eso… o levantarse y marcharse de allí cuanto antes.

—Pues entonces tal vez esos granjeros deberían aceptar el dinero que se les ofrece y evitarse problemas —comentó con indiferencia —. Si los expropian perderán sus tierras y también el dinero.

—Pero no creo que sea justo, Olivia, ¡se trata de nuestros vecinos! —Ada negaba con la cabeza. —En la mayoría de los casos esas tierras pertenecieron a las familias durante generaciones, no creo que admitan someterse y abandonar el lugar donde siempre han vivido por un mísero puñado de dólares. Por eso Pierce y algunos otros están intentando interceder a favor de los granjeros, tratar de razonar con la compañía y alcanzar un trato justo. En nuestro caso y en el de nuestros vecinos los Coleman y los Mayfield, apenas nos afecta. Se trataría solo de vender unas tierras improductivas al norte que se encontrarían en la posible línea de construcción ferroviaria, a la altura de las viejas minas.

Olivia la miró de hito en hito. Sabía que los primeros Bonneville en asentarse en aquella parte del país habían florecido gracias a la explotación de una rica vena de cobre descubierta en sus tierras y que durante generaciones reportó gran fortuna y reconocimiento a sus descendientes, incluido su cuñado. Pero al desatarse la guerra civil catorce años antes, todos los hombres del lugar fueron reclutados, incluido el propio Pierce Bonneville, y las minas tuvieron que ser clausuradas, como la mayoría de los negocios del país. Fueron malos tiempos para todos, incluso para los ricos terratenientes y sus populosas familias, aunque sin duda ellos pudieron soportar los

rigores extremos de la guerra con mayor holgura que los granjeros y campesinos gracias a sus vastas despensas y al peso de sus arcas. Estas mermaron, obvio, pero resulta mucho peor cuando no existen fondos de los que echar mano en caso de necesidad.

Una vez finalizada la guerra Pierce Bonneville regresó a casa, por fortuna sin ninguna lesión a considerar más que el recuerdo de las calamidades que se había visto obligado a presenciar. Debía empezar de cero y buscar la luz en medio de tanta negrura, debía recuperar una mansión que la guerra había reducido apenas a cuatro paredes y un tejado y ofrecer un futuro digno a su familia. Una esposa joven y cuatro niñas pequeñas —amén de una cuñada consentida que daba más que hacer que todas juntas— confiaban en él en su rol de cabeza de familia. Teniendo en cuenta la abundancia de tierras, áridas e inhóspitas en aquellos momentos, optó por plantar, algo que nunca antes había hecho ninguno de sus ancestros. Con ánimos renovados y con la esperanza de salir adelante, trató de levantar de nuevo la propiedad para dedicarse esta vez al cultivo del maíz.

Fueron comienzos difíciles pero a menudo y cuando la adversidad es tanta, resulta necesario pasar página y comenzar de la nada. Reinventarse a uno mismo y buscar el final del túnel, por más atemorizante que resulte la negrura. Con empeño e ilusión, con la ayuda de los antiguos trabajadores —aquellos que regresaron con vida—, poco a poco la antigua propiedad minera pasó a convertirse en la renaciente Plantación Bonneville.

Olivia se llevó las manos al talle y exhaló, aprovechando para levantarse y alisar los amplios pliegues de su falda. Tanto su paciencia como su nivel de empatía habían alcanzado la cuota soportable. No tenía necesidad, ni ganas, de seguir tratando aquel tema ni un solo segundo. Le resultaba tan aburrido como inútil y existían muchas otras cosas a las que dedicar sus pensamientos, aunque el objeto de todos ellos no se lo mereciera en modo alguno.

—No te preocupes, Ada, son asuntos de hombres y estoy segura de que tanto nuestros vecinos como el señor Bonneville sabrán lo que tienen que hacer para llegar a un acuerdo con la compañía. Y en cuanto a esas tierras del norte, ¡que las venda! Al fin y al cabo las viejas minas llevan más de diez años clausuradas, no tiene sentido alguno conservarlas tan solo como un referente de lo que fueron en su día.

Ada, que se había adelantado ligeramente en su asiento para atender al discurso de su hermana, se dejó caer resignada contra el respaldo del sillón.

—Puede que tengas razón. No creo que vuelvan a reabrirse nunca más, se trata de un terreno totalmente inútil que estará mejor invertido en el crecimiento del país —concedió—. Pero en el caso de

muchas pobres familias… perderían sus tierras y hasta sus casas, ¡sería una auténtica calamidad!

—No te pongas en lo peor —cortó Olivia, no porque lo creyera en realidad, sino porque deseaba finalizar aquella charla de una buena vez y retirarse a su alcoba—. Llegarán a un acuerdo con la compañía, estoy segura de ello. Y en el peor de los casos estoy convencida de que los terratenientes echarán una mano a toda esa gente para que no se vean de pronto completamente desahuciados.

Ada sonrió, complacida ante el buen corazón y el buen tino que mostraba de pronto su hermana con sus palabras, lo cual resultaba absolutamente inaudito. Desconocía la incauta de Ada que no existía en su ánimo nada de ello, solo la necesidad imperiosa de terminar con aquel momento y hacer mutis para atender a sus asuntos, los únicos que en realidad le importaban.

—Si me disculpas, Ada, desearía retirarme para asearme un poco antes de la cena. —Fingió una sonrisa condescendiente mientras inclinaba la cabeza en una estudiada reverencia—. Con permiso, hermana.

—Es propio —concedió Ada complacida.

Olivia cerró la puerta de su alcoba de un sonoro portazo, cruzó la estancia en cinco amplias zancadas y se sentó de golpe en un gesto que denotaba indignación, hastío e inmadurez frente al adornado tocador de palisandro para fingir recolocarse el peinado. Una vez frente al espejo ovalado bufó, sin dejar de marcar con los dedos los caracolillos dorados que caían a ambos lados de su rostro.

Había conseguido librarse de la compañía de Ada para poder permanecer por fin a solas con sus pensamientos. Aunque sus pensamientos en ese instante fueran del todo airados e imprudentes, dedicados a un necio que no hacía nada por ser merecedor de ellos.

¿Quién se había creído aquel idiota para silbar su contraseña secreta en presencia de otro sirviente? ¿Acaso no estaba más que avisado?

“No se te ocurra jamás ponerme en evidencia en presencia de los demás, Jack, o de lo contrario te arrepentirás, le había dicho tantas veces que ahora no podía creer que aquel bobo hiciera oídos sordos a su advertencia; nadie debe saber que somos amigos, ¿lo entiendes, verdad? Tú solo eres un mozo de cuadra y no tienes nada que perder pero yo me rebajaría hasta el mismísimo fango si alguien me relacionara contigo. No me comprometas, no me pongas en evidencia, y todo irá bien”.

Y sin embargo hoy la había desafiado. Había silbado su melodía secreta en presencia de aquel gordo barbudo, provocando que saliera

confiada de su escondite para mostrarse ante él. ¡Ante los dos!

Apretó los labios y frunció el ceño. De forma casi inconsciente agarró el elegante cepillo de hueso para estrujarlo tan fuerte que los nudillos tornaron blancos y el mango se incrustó en la nívea palma.

Semejante osadía iba a salirle muy cara al idiota de Jack. ¿Quién se había creído para actuar por su cuenta?

Lo castigaría por su insolencia. ¡Por su vida que sí!

Y sabía perfectamente cómo hacerlo.

3

Jack Payton siempre había sido un tipo solitario y taciturno, sociabilizar con el resto de la humanidad no entraba en sus planes, aunque también era cierto que el resto del mundo jamás se había molestado en preocuparse por él. Y estaba bien de ese modo. No quería nada de nadie, no esperaba nada de nadie.

Tan solo el patrón, el señor Bonneville, se había ocupado de recibirle y ofrecerle un trabajo al volver de la guerra, cuando no tenía dónde caerse muerto y sí muchas ganas de morirse en realidad.

Había trabajado para el señor Bonneville toda su vida, del mismo modo que ya lo habían hecho su padre y su abuelo para los antepasados del patrón, allá arriba en las viejas minas. No obstante, no confiaba en que tras aquella maldita guerra el señor deseara volver a contratar personal y a arrancar de los cimientos. Era una época convulsa en la que nadie sabía a ciencia cierta qué esperar del futuro… ni del prójimo. No obstante, Pierce Bonneville sí se decidió a arriesgar y a confiar y dar una nueva oportunidad a aquellos conocidos que le habían sido leales en el pasado.

Se liberó de la camisa arrojándola sobre el camastro para revelar con ese gesto una espalda formidable, unos brazos musculosos y una piel curtida por el sol. Despacio, con la calma y la resignación que acompañan a una jornada de trabajo duro, encendió la bugía que colgaba de un clavo en una viga cercana. Un leve haz de luz se recortó en aquella sombría estancia para arrancar de las sombras todo lo que conformaba el pequeño universo de Jack. Un sencillo camastro, un baúl a los pies del lecho, una caja de madera que ejercía de mesita de noche y el lavamanos de forja frente al que se encontraba de pie.

Hundió los brazos en la jofaina para tratar de refrescarse y arrancar de la piel la mugre de todo un día de trabajo duro. Cuando terminó con aquel aseo frugal peinó hacia atrás con las manos la larga melena oscura, que le caía sobre los hombros humedecida y lacia. Ni siquiera se molestó en echar un vistazo al deteriorado reflejo que ofrecía aquella esquina de espejo que aún sobrevivía en un saliente de la pared. ¿Para qué? Sabía perfectamente la imagen que debía ofrecer.

Se acercó a la lucerna que el tejado abuhardillado situaba a la

altura de su rostro y buscó en la noche la mansión. La impresionante mole cuadrada apareció a cierta distancia, adornada con decenas de candilejas que le conferían a su fachada color salmón un aspecto majestuoso. Observó iluminación en la planta baja. Olivia se encontraría allí, detrás de aquellas enormes ventanas enmarcadas en blanco.

La princesa en su jaula de oro.

Y a esas horas sería una princesa muy enfadada. Lo intuía por la mirada desafiante que le había dirigido esa tarde o por la forma en cómo abandonó el jardín para dirigirse al trote hacia la casa, igual que una potrilla salvaje e indomable, lo que realmente era.

Esbozó una media sonrisa rebosante de resignación. Había tenido suerte de que no le hubiera soltado una coz durante el proceso.

Se llevó una mano a la nuca y presionó para acallar la punzada de dolor que aquejaba sus cervicales al tiempo que trató de enfocar en la oscuridad.

Ojalá la distancia no fuera tanta y pudiera espiarla a través de las enormes cristaleras. No era la primera vez que lo hacía, agazapado en el jardín como un maldito furtivo en pos de su presa de caza. De su adorada presa de caza.

Le gustaría poder verla en aquel mismo instante. Contemplar los labios fruncidos en caprichoso mohín, o la arruguita que se formaba en su entrecejo para evidenciar su disgusto. Seguramente cruzaría los brazos sobre el pecho y dejaría que la velada transcurriera sin hacer el menor caso de ninguno de los restantes integrantes de la familia. Pero incluso disgustada, corajinosa y mudable era la criatura más hermosa bajo las estrellas. La única para él, de hecho.

Su luna[1] preciosa.

Esbozó una sonrisa cáustica.

Sabía que había sido un error silbar su canción en presencia de otro sirviente; se lo tenía estrictamente prohibido. Del mismo modo que era consciente de no poder dirigirse a ella, o tan siquiera mirarla, en presencia de nadie más. Exactamente como la luna, alta e inalcanzable como la mismísima diosa argentada e, igual que ella, tan solo permitía ser admirada desde la distancia por aquellos estúpidos que osaran aspirar a su presencia.

“Preciosa cara de luna, hermosa cara de lunar, frío corazón de hielo que no se deja entibiar”.

Aquel pequeño desliz —inmenso e imperdonable para ella— sería utilizado como excusa para castigarlo durante el tiempo que considerara oportuno.

Olivia, *su* adorada Olivia, su hermoso rayo de luna, se avergonzaba de él. ¿Y acaso no resultaba entendible? Entre los dos se erguía un abismo insondable, el talud más escarpado e insalvable que divide con

absoluta impiedad las distintas clases sociales. Olivia se encontraba en lo más alto de dicho abismo, en la cumbre, mientras que él se arrastraba por su base como un miserable reptil. ¿Por qué maldito capricho del destino había osado posar su mirada en ella, tantos años atrás? ¿Por qué maldito capricho del destino no se había quedado ciego la primera vez que hubo de posarla en alguien como ella?

"Estúpido, ¿qué esperabas en todo caso? No tienes ningún derecho a ambicionar un trato diferente, ni siquiera deberías pensar en ella. Alguien como ella está totalmente prohibida para ti y fuera de tu alcance —se dijo—. Esto es lo que eres, Jack Payton, nada".

Y se apartó de la lucerna.

Pierce Bonneville hizo al fin su aparición en la mansión horas más tarde, con las primeras luces del anochecer, justo cuando la estrella del norte principiaba a titilar en lo alto de una bóveda de límpido terciopelo azulón.

Irrumpió en la sala de té en disposición de una presencia de ánimo entusiasta, lo cual daba a entender que la reunión con el resto de terratenientes del condado había resultado satisfactoria. Se hacía acompañar por Horatio Gibbs, administrador de la propiedad y perpetuo escudero del caballero.

—Esta noche contaremos con un invitado especial en nuestra mesa, querida —anunció a su esposa tras servirse él mismo una generosa copa de brandy y agasajar con una similar a su administrador.

Ada arqueó una ceja mientras Olivia, sentada en un rincón, se esforzaba por bordar un girasol en un pequeño bastidor. En vano. Olivia no poseía el menor talento para ninguna tarea doméstica más allá de la jardinería. Ni bordado, ni pintura, ni repostería. Los continuos chasquidos de lengua a modo de protesta, sumados a los taconazos que propinaba al suelo para exteriorizar su frustración, así lo evidenciaban.

—¿Y se puede saber quién es tan misterioso personaje?

—Richard Grandison —anunció risueño—, un emisario que la Union Pacific ha tenido a bien enviar expresamente para tratar el asunto de la venta de las tierras. —Bonneville entornó los ojos para protegerlos de la vasta humareda del cigarrillo que acababa de encender.

Un sonoro chasquido procedente del rincón donde Olivia se peleaba con su hilo captó la atención de todos, distrayéndolos de la conversación durante unos segundos. Olivia aparecía acalorada y completamente involucrada en su peculiar contienda, ajena a todo lo demás.

—No estaría de más que causáramos una buena impresión en

nuestro invitado, teniendo en cuenta que de él dependerá el buen éxito de esta negociación —comentó, dirigiendo a su cuñada una mirada admonitoria.

Olivia, ignorando la advertencia del caballero y posiblemente también el hecho de haberse convertido de pronto en el centro de atención de los presentes, rompió de un tirón y con muy poca sutileza el nudo formado en la hebra. Acto seguido dio un puntapié disimulado al suelo y se cruzó de brazos, enfurruñada como una niña pequeña.

Bonneville meneó la cabeza con cierto disimulo y abundantes dosis de resignación.

—Al menos están dispuestos a escuchar —comentó Ada, retomando la charla—, es un buen comienzo y toda una muestra de buena voluntad por su parte.

—Así es —concedió su esposo—, después de los últimos disturbios en algunas de las pequeñas granjas del condado, muchos temíamos que estallara una revuelta.

—Los lugareños no están preparados para enfrentarse a algo así —intervino Gibbs—, no después de lo que hemos pasado apenas hace una década. Por eso sería buena cosa que todo se arreglara del mejor modo posible.

—Por supuesto —Ada se frotó las manos en un gesto que denotaba su preocupación —, y si han de vender, por lo menos que el precio sea razonable y les permita empezar de cero con dignidad.

Olivia, desde su discreta posición, contuvo un bostezo. Por fortuna nadie se percató de su falta de entusiasmo.

—Haremos todo lo posible. Tanto los Coleman, los Mayfield como yo mismo estamos dispuestos a donar nuestras tierras a la compañía con tal de conseguir un mejor precio para los granjeros. Además de ofrecerles a muy bajo coste nuevos terrenos donde levantar sus granjas una vez hayan concretado la venta. De ese modo no se verán obligados a abandonar la tierra que los vio nacer.

Ada entremezcló una sonrisa con el eco de un leve suspiro. ¡Se sentía tan orgullosa de su esposo! ¡Todos los terratenientes del lugar habían acordado ayudar a esa pobre gente!

—¡Entonces que no sea por nuestra causa que las negociaciones no lleguen a buen puerto! —exclamó ampliando su sonrisa—. Mandaré sacar nuestra mejor vajilla y advertiré a las doncellas que esta noche no economicen en velas. No queremos que el señor Grandison se lleve una pobre impresión de nosotros.

De forma inconsciente los tres dirigieron la mirada a Olivia que, al saberse el centro de atención de los presentes, se quedó de piedra y con la respiración en suspenso. Para tratar de salir del aprieto, esbozó una sonrisa torcida, más fría e indiferente que la que pudiera mostrar una esfinge de piedra.

—Desde luego —murmuró sin una pizca de entusiasmo—, haremos lo posible por contentar al caballero.

[1] Apelativo con el que Jack se refiere a Olivia durante toda la historia, haciendo referencia al juego de palabras que forma su apellido: Moongrove.

4

Richard Grandison era un joven que creía poseer el don innato de la palabra. Y hablaba y hablaba y hablaba sin cesar, como uno de esos grandes pájaros de colores que algunos terratenientes hacían traer para sus esposas desde las Indias occidentales. De hecho Olivia acabó por convencerse antes de terminar con los entrantes de que el tono de voz de aquel petimetre era, en efecto, muy parecido al tono chirriante de aquellas aves. Y el colorido de su vestuario, también.

¿Un *cravat* bermellón con una chaqueta verde musgo? ¡Por el amor de Dios! ¿Quién se creía que era, un *leperchaun*[2]?

Pero Grandison no parecía muy consciente de lo ridícula que sonaba voz aflautada ni del desagrado que su pintoresco vestuario producía en la señorita Moongrove. De hecho, su escasa estatura —Olivia casi se atrevería a asegurar que rayaba con la suya o que incluso lo situaba un palmo por debajo—, y el desatino de su atavío le hacían semejar un duendecillo del bosque. Tan solo precisaría una barba poblada y la nariz colorada para cumplir perfectamente tal propósito.

Sin embargo, obedeciendo al dicho de que no hay mayor ciego que el que no quiere ver, el joven caballero ignoraba todo eso y tan solo parecía ser capaz de apreciar las miradas ensimismadas del resto de contertulios y los gestos de asentimiento con que recibían su discursiva, lo cual ayudaba a engrosar un ego muy superior, por cierto, a su envergadura.

Olivia, no obstante, se encontraba muy lejos de sentirse presta a la adulación. Cierto que los presentes habían decidido de antemano mostrarse complacientes con su invitado con el propósito de obtener su beneplácito, y cierto también que Ada le había pedido —rogado— personalmente prudencia y moderación en su trato, pero ella no albergaba el menor deseo de agasajarlo con lisonjas, pues de hecho en toda su vida se había molestado en lisonjear o adular a nadie.

Y mucho menos para congraciarse con un personajillo tan extremadamente ridículo.

Quizás de haberse tratado de un caballero de buen porte y en posesión de otras cualidades a considerar se le hubieran podido

perdonar sus aires afectados y sus continuas sonrisitas de eterna complacencia, pero en su caso, siendo como era a simple vista un insignificante petimetre, jamás en la vida podría obviar sus faltas y celebrar sus constantes muestras de vanidad mal encauzada.

Richard Grandison sabía el papel que jugaba en aquella velada. Los lugareños sabían que de él dependía la decisión que tomara la Union Pacific, y era muy consciente de la adulación constante que, a consecuencia de ello, estaba recibiendo por parte de los terratenientes locales. La negociación se anticipaba dura y agotadora, pero también era consciente de tener por delante largas jornadas de lisonjas, de risas engoladas, de comida y bebida a manos llenas. Y al final, si había suerte, también un suculento beneficio en el bolsillo.

Aquellos necios le lamerían las botas y le endulzarían el gaznate a cada paso con tal de ganárselo y llevárselo a su terreno. Y todo ello le agradaba y le complacía a partes iguales. De hecho, no podría mostrase más inflado y complacido si se tratara de un pavo en Acción de Gracias.

Por tanto, como poseedor de semejante poder absoluto, consciente del respeto que su simple presencia debía generar en aquellas gentes, gozaba de su supremacía sin ningún tipo de prudencia o disimulo.

¿Y por qué disimular?

Nunca había sido un hombre modesto a pesar de haberse criado en la miseria más absoluta. Semejante precariedad, impuesta durante gran parte de su vida, le había dotado en el presente, momento justo en el que las tornas habían cambiado grotescamente a su favor, de una arrogancia dañina que nace y se fortalece precisamente en las almas ruines que surgen del fango y van ascendiendo en la vida, no mediante el trabajo arduo y los propios méritos, sino a consecuencia de malas artes o trabajadas adulaciones a las personas correctas.

Le gustaba la supremacía que poseía entre aquellos terratenientes, por más poderosos que estos pudieran llegar a ser en sus respectivos entornos, pues al fin y al cabo eran ellos los que en esos momentos debían complacerle, rebajarse y agradarle a él. El estado se encontraba de parte de la Union. Aquellos lugareños lo sabían. Una negociación fallida, una negativa por su parte, y todos aquellos estúpidos, ricos y pobres, se arriesgarían a una expropiación.

Sabían que la decisión estaba en sus manos, al igual que las tierras de aquellos idiotas.

En un momento dado de la velada, ya con los postres sobre la mesa, decidió dar por finalizada la charla con su anfitrión para dirigir la atención a la joven señorita que había permanecido durante toda la noche sentada en silencio frente a él, mostrando la cabeza inclinada y

los labios apretados. Ataviada con un bonito corpiño brocado en verde, generoso escote que mostraba níveas y sobresalientes clavículas al descubierto y mangas ajustadas hasta el codo, lucía radiante en su hermosura. Porque era bella, blanca y dorada como el sol de la primavera.

Como buen presuntuoso que era, supuso que el silencio de la joven y su mirada baja obedecían a la timidez implícita en una dama de su posición, por lo que pensó en divertirse un rato provocando encantadores rubores en una rosa timorata como aquella. Al fin y al cabo no solo había llegado a Misuri a negociar, también tenía derecho a divertirse.

—¿Puedo preguntar qué opina usted, señorita Moongrove, acerca lo que se ha tratado esta noche? —preguntó con osadía.

Olivia arqueó las cejas, sorprendida ante la impertinencia de aquel gallo colorido. ¿Por qué demonios se dirigía a ella? ¿Acaso su falta de interés y entusiasmo había sido tan evidente durante toda la velada que el muy bobo necesitaba recolectar también lisonjas de su boca? ¡Menudo idiota!

Levantó la mirada de su pudin para fijarla con fastidio en el rostro ridículamente sonriente que se erigía frente a ella, al otro lado de la mesa.

—¿En serio le interesa mi opinión?

—¡Pero, por supuesto! Un hombre debería siempre tener en cuenta la opinión de una bella dama.

Olivia hizo caso omiso de aquel absurdo halago. Los restantes comensales inclinaron la mirada sobre sus postres, temiendo que Olivia, a la que conocían bien, fuera incapaz de conducirse con la debida moderación.

—Pues bien, debo confesarle que sus esfuerzos por impresionarnos esta noche a base de palabrería y sonrisas vanas no ha conseguido deslumbrarme en modo alguno. —Grandison enarcó una ceja, visiblemente sorprendido y tocado en su vanidad. Bonneville, desde su cabecera, encajó la mandíbula y cerró los ojos, tratando de aplacar la indignación que principiaba a bullir en su interior. Ahí estaba la temible Olivia: desatando su lengua sin la menor prudencia—. Por fortuna para usted mi opinión no tiene mayor importancia, no es conmigo con quien ha de negociar.

Y dicho eso, Olivia realizó un gesto con los hombros que demostraba su falta de interés al respecto. Para secundar sus palabras se llevó a la boca la cucharilla de pudin y paladeó a placer el dulce bocado, ignorando por completo al invitado.

Grandison inclinó la cabeza, ladeándola ligeramente para centrar su atención en aquella joven a la que había atribuido una timidez y una mansedumbre de las que, por lo visto, carecía por completo. La

altivez de aquella naricita respingona y el brillo suspicaz de sus ojos le alertaron de inmediato de la viveza de un carácter intrépido e independiente. No, aquella joven no era como las demás. Sin duda su apariencia frágil y desvalida escondía en su interior un firme combatiente.

—¡Vaya! Me alegra entonces no verme obligado a tratar estos asuntos directamente con usted, señorita Moongrove, tiene toda la pinta de ser una dura negociadora. —Grandison se enderezó, cuadró los hombros y carraspeó para aclarar la garganta. Parecía nervioso por vez primera en toda la noche.

—Puede darlo por sentado, señor Grandison —confirmó ella—, yo no le permitiría abandonar Misuri con un dólar que no mereciera en su cartera.

Un incómodo silencio empañó la cordial atmósfera del comedor, redimiendo a sus ocupantes de caer en el mutismo más absoluto gracias a los sonidos aislados de los cubiertos chocando contra la loza o a algún incómodo carraspeo por parte de los comensales. Grandison se esforzaba por mantener la sonrisa, aunque en su interior maldijera una y otra vez a aquella descarada que pretendía retarlo con sus palabras.

—¡No haga caso del afilado aguijón de Olivia! —exclamó Bonneville, intentando romper el hielo y abogar en favor de su invitado, a la vez que lanzaba una mirada admonitoria a su joven cuñada. Olivia inclinó la suya, obligándose a callar ante la soberana intervención del señor Bonneville—. Es posible que al principio intimide, pero le aseguro que no reviste el menor peligro.

La joven se obligó a sonreír, aunque la mirada que lanzó al invitado hubiera sido capaz de fulminarlo de haber sido sostenida el tiempo suficiente. También su sonrisa resultó de todo menos creíble. Si un oso pudiera sonreír su rostro compondría exactamente la misma mueca.

—Por el contrario, señor Bonneville, resulta muy agradable encontrar a una joven dama tan dispuesta a velar por la economía de sus vecinos.

La aludida contuvo un jadeo, para disimular su indignación centró su atención en terminarse el postre.

—Sin duda esa es una de las numerosas cualidades de Olivia: la empatía —continuó Bonneville hilvanando el pretendido velo de lisonjas con el que adornar a su veleidosa cuñada. Desde el fondo de la mesa Gibbs por poco hubo de atragantarse con su comida y Ada también tuvo serios problemas para no espurrear el vino ante la descarada mentira de su esposo—. Otra de ellas es la jardinería.

Grandison elevó las cejas, sorprendido ante tal noticia.

—¡Oh, qué maravilla! —Dirigió una mirada condescendiente a

Olivia—. Desconocía que fuera usted una hadita de las plantas.

Olivia puso los ojos en blanco y bufó, sin molestarse en esconder su fastidio.

—Nuestra Olivia se pasa horas y horas en su invernáculo privado cuidando de sus plantas —intervino Ada con cierto sofoco—. Creo que a estas alturas cuenta con más de treinta especies diferentes, algunas de ellas muy exóticas.

Richard Grandison sonrió con lisonja, sin apartar sus ojos de la mirada entonces desafiante de Olivia.

—No lo dudo, señora Bonneville. Estoy convencido de que sus jardines podrán sentirse halagados de contar con una aliada tan entusiasta. —Alzó su copa galantemente hacia la señora, y a continuación repitió el gesto hacia la joven, que ignoró su cortesía mirando al frente y limitándose a beber un sorbito de su vino de naranja.

—Algún día podrías mostrar tu invernáculo al señor Grandison, ¿no te parece, Olivia? —insistió Bonneville, y en su tono no existía un ápice de sumisión, sino una orden velada—. Estoy seguro de que nuestro invitado sabría apreciar tu pericia.

La joven apretó la mandíbula tan fuerte que un dolor considerable traspasó sus sienes, pero se obligó a tragar la bilis y a sonreír con los labios tan apretados que acabaron reducidos a dos finas líneas rojas transversales.

—Algún día, señor.

“Cuando las ranas críen pelo”.

Grandison le devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza en una engañosa reverencia.

“¡Estúpido presuntuoso!”, jadeó, dispuesta a ignorarlo durante el resto de la velada.

“¡Pequeña arpía del demonio!”, pensó él, deseoso de sentarla sobre sus rodillas y propinarle un buen par de azotes.

[2] Criatura fantástica propia de la mitología irlandesa. Presentado con un abrigo verde y sombrero del mismo tono.

5

Richard Grandison, sentado frente al fuego en compañía de Gibbs y de su adulado anfitrión, mantenía la mano en el bolsillo de su chaqueta y de ese modo se entretenía jugueteando en silencio con la florecilla que guardaba secretamente en su interior y que había formado parte del ornamento de la mesa aquella noche.

Sus dedos acariciaban la suave textura de los pétalos y de algún modo su calenturienta imaginación lo llevaba a imaginarse esos mismos dedos acariciando otras superficies que intuyó de igual donosura.

—Entonces, Grandison, ¿cuándo podremos reunirnos con los granjeros para ofrecerles una respuesta en firme? —inquirió Bonneville desde su sillón orejero, donde daba buena cuenta de su habano y de una generosa copa de brandy.

El ingeniero abandonó su privado jugueteo para recibir la bebida que un lacayo acababa de servirle.

—Confío que en pocas semanas, señor Bonneville. Mis superiores están esperando que les haga llegar informes al respecto. Primero tenía pensado reunirme con ustedes, los hacendados, y llegar a un acuerdo satisfactorio, firme promesa de lo que se negociará después.

—Nosotros solo pretendemos lo mejor para todos —afirmó Bonneville—. No tendremos ningún problema en vender nuestras tierras, e incluso donarlas a la causa, mientras nuestros vecinos no salgan perjudicados.

Grandison esbozó su deslumbrante sonrisa, ganándose a los dos hombres en el acto.

—No tengo la menor duda de ello, señor.

—Nos quedaríamos mucho más tranquilos si tuviéramos la certeza de que la compañía está dispuesta a pagar a toda esa gente un precio justo por sus tierras. Supongo que no se habrán embarcado en semejante proyecto con la idea de manejar todo este asunto por cuatro dólares.

Grandison elevó la barbilla con marcada altivez al tiempo que un ligero sonrojo coloreaba sus mejillas. No estaba dispuesto a permitir que nadie, por más poderoso que fuera en aquellos lares, cuestionara

ni su papel ni sus capacidades.

Mucho menos iba a consentir que estorbara sus planes.

—La Union Pacific fue la compañía ferroviaria más importante del país, señor Bonneville —respondió con voz firme y rubores constantes, prueba inequívoca de su irritación—, y aunque es posible que en este instante no se encuentre en su momento más fuerte, lo cual resulta razonable después del episodio vivido hace una década, está intentando reorganizarse y extenderse hacia el oeste con nuevos ramales. No será la falta de dinero lo que frene este proyecto.

Bonneville sonrió complacido y Grandison sumó la suya a la complacencia de su benefactor, aunque su sonrisa albergaba cierta maledicencia. Había tomado como afrenta personal el hecho de que aquel pez gordo cuestionara la solvencia de la ferroviaria y, por tanto, le restara poderío a su persona. Que lo tuvieran a menos era algo que no iba a tolerar.

Poco a poco los coloretes se fueron difuminando, al mismo tiempo que se aplacaba su rabia entremezclada con los amargos vapores del alcohol, para devolver a la piel del convidado su habitual tono lechoso y a sus labios una constante sonrisa rezumante de almizcle.

—Esperemos que así sea, Grandison, tenemos nuestra confianza puesta en usted.

El joven encajó la mandíbula, dispuesto a resarcirse de la reciente puñalada.

—Y yo confío en que todo el mundo actúe de forma razonable. A menudo mucha gente puede creer estar en posesión de oro cuando tan solo dispone de cobre. —Dio un trago a su copa para evitar continuar hablando.

Tanto Bonneville como Gibbs obviaron la pulla, aunque no disimularon las miradas achicadas que intercambiaron entre los dos. De todas formas debían tragarse su orgullo, amén de las insolencias de aquel joven perito, con tal de alcanzar un acuerdo satisfactorio, especialmente en lo que se refería a los granjeros del condado.

Durante un rato se hizo el silencio en la sala y Grandison se dedicó a juguetear con su copa, ensimismado con el cadencioso vaivén del líquido ambarino que se mecía en su interior. Sin duda ampliamente complacido de haber puesto límites a aquel inflado terrateniente para marcar a fuego su propio territorio. Que se anduviera con ojo el cretino de Bonneville o su impaciencia le saldría cara. De hecho, esperaba que le saliera cara de cualquier modo.

—¿Comparte su familia su opinión respecto a las tierras de sus vecinos? —preguntó de pronto, sin apartar la mirada de la marea ondulante de brandy—. Creo haber percibido cierto recelo en la señorita Moongrove.

Bonneville enarcó una ceja y, para disimular su desconcierto,

sonrió.

—Olivia es una criatura peculiar, señor Grandison. Siempre ha sido la niña mimada, incluso después de haber nacido mis propias hijas; creo que a menudo compite con ellas por ver quién acapara una mayor atención, lo cual no es más que una muestra de su notable inmadurez. Pero le aseguro que en el fondo es una buena muchacha.

Grandison asintió mientras enviaba un largo trago de su copa. ¿Aquella criatura una buena muchacha? Desde luego en ese punto no podía mostrarse más en desacuerdo con su anfitrión.

Se disponía a argumentar su oposición cuando por el rabillo del ojo percibió a través de las puertaventanas una neblina verdosa, rauda y etérea, coronada de rizos dorados, cruzando la terraza exterior para perderse de nuevo entre las sombras.

Olivia, hastiada de una noche que hasta el momento no le había reportado más que un soporífero tedio y sintiéndose decepcionada al no haber podido contar durante la velada al menos con la presencia de Wendoline, decidió eludir el sopor que habitualmente envuelve las tertulias femeninas para salir a la terraza y disfrutar de la brisa nocturna de primeros de agosto.

Ansiaba un poco de paz tras una cena en la que no había presenciado más que vergonzosas adulaciones por parte de su invitado. Y condescendencia por parte de todos los demás. Incluso del siempre regio señor Bonneville. ¿Acaso se habían vuelto todos locos hasta el punto de derretirse como mantequilla ante aquel pequeño presuntuoso? ¿De dónde demonios había salido, por cierto? ¡Jamás había visto antes un hombrecillo tan estúpido y a la vez tan dispuesto a considerarse en posesión de la verdad absoluta!

Apoyó los codos sobre la balaustrada, cerró los ojos y disfrutó del silencio y la quietud de una noche sin apenas luna. Solo un minúsculo gajo coronaba el cielo, tan pequeño e insignificante que apenas agasajaba el miserable suelo mortal con su deseable claridad argentada. A sus pies y escondidos entre la negrura del parque, los grillos parecían tomar las pulsaciones a la noche.

Suspiró satisfecha.

El rumoroso borboteo de los múltiples estanques que ornaban el jardín ascendía hasta ella llenando el aire con el adormecedor murmullo del agua corriente. El aroma de la madreselva, de las clavelinas y del dondiego parecía invadirlo todo, desplazándose a lo largo de la terraza gracias a la suave brisa que peinaba la noche y elevaba al infinito sus fragancias.

Y en medio de tanta paz y tanta belleza natural, las risas taimadas de los caballeros llegando en volandas desde la sala de recreo, como

una imparable marea de socarronería masculina, la apartaron de su estado de apacibilidad para enardecerla hasta límites insospechados. Se llevó los dedos a las sienes y presionó con ahínco.

Estaba claro que Grandison tan solo pretendía lucrarse y que el hecho de que aquel proyecto saliera bien o mal le importaba más bien poco, siempre y cuando previamente sus bolsillos se hubieran llenado lo bastante como para alegrarle la vida. ¡Y se los iba a llenar, estaba convencida de ello! ¿Es que nadie era capaz de verlo así?

Aunque los demás permanecieran cegados por su presencia, de un modo u otro ella debía desenmascarar a aquel cretino. Y no se trataba de inocente altruismo por su parte, sino del certero hecho de que si aquel ridículo papagayo arruinaba al señor Bonneville, ¿qué haría ella sin dinero y sin un elevado estatus social? Se negaba a renunciar a los lujos y a la buena vida a la que se había acostumbrado. Ya había tenido que percibir diversas estrecheces durante la guerra, y durante un cierto tiempo después, y eso que por aquel entonces solo era una niña de nueve años.

En el momento presente, considerándose toda una mujer, no podía consentir verse privada de todo aquello que necesitaba a su alrededor para sentirse medianamente feliz.

Un rumor atenuado de pisadas sobre la grava del sendero que cruzaba serpenteando los jardines a sus pies la apartó de sus cavilaciones, obligándola a inclinarse sobre la balaustrada para escudriñar con atención, pero la noche era demasiado oscura y la terraza se encontraba demasiado elevada como para distinguir a alguien en la negrura. Solo la escalera principal emergía resplandeciente bajo sus pies, solitaria, infinita, derramándose en toda su magnificencia como una poderosa lengua de mármol blanco.

Cerró los dedos sobre la barandilla de piedra, abrió los ojos cuanto pudo y trató de enfocar en aquel abismo de oscuridad con la esperanza de descubrir al posible intruso. Allí abajo había alguien.

—Señorita Moongrove, tal y como reza su apellido, es usted la luna más bella surgida entre los árboles, de hecho es la única que corona el cielo esta noche.

Olivia se giró dando un respingo cuando una voz resonó a su espalda. Richard Grandison permanecía de pie a escasa distancia asomando a su semblante una sonrisa maliciosa. En su mano derecha sostenía un vaso de licor. La izquierda permanecía oculta tras la espalda.

—¡Por el amor de Dios, señor Grandison, me ha asustado usted! —reprochó, llevándose la mano al escote para intentar aplacar el acelerado vaivén de su pecho.

—¿En serio? —Lejos de sentirse avergonzado, el caballero sonrió

festejando la turbación de la joven—. ¡Permítame dudarlo, señorita Moongrove, estoy seguro de que existen pocas cosas capaces de asustarla!

Olivia achicó los ojos para observarlo con desconfianza. ¿Qué diablos quería?

—¿Así que aquí es donde se esconde? —Paseó la vista por la amplia terraza y asintió, dando su aprobación. Olivia se sintió arder de indignación. ¿Quién se creía que era para juzgar *sus* dominios?

—No me escondo —cortó, recuperando su posición sobre la balaustrada e ignorándolo descaradamente—. Jamás me he escondido de nadie.

Grandison sonrió. No lo dudaba. Aquella criatura salvaje no tenía por qué esconderse de nadie… salvo de sí misma, y así mantener al mundo a salvo de su presencia.

—Me temo que ha sido usted muy poco benévola conmigo esta noche, señorita Moongrove —regañó—, y me gustaría comprender el motivo.

—Desconocía que le hubiera dado tiempo, entre plato y plato, a formarse siquiera una impresión acerca de mi benevolencia. —En una firme demostración de absoluta indiferencia, ladeó la cabeza, estiró el cuello y escudriñó sin disimulo sobre la balaustrada, en la oscuridad derramada sobre el parque a sus pies. Allí abajo había alguien. Alguien que había estado observándola. Que quizás todavía la observaba.

Grandison enarcó una ceja, consciente del extraño proceder de la joven y de su ánimo de ignorarlo por completo, pero se animó a continuar hablando.

—Pues así es, me jacto de poseer una gran perspicacia, señorita, así como una inteligencia notable. —Olivia puso los ojos en blanco. ¿En verdad era necesaria tanta palabrería? ¿Para decir qué?—. Todas estas virtudes —continuó con un ánimo insultantemente entusiasta— en perfecta coalición me han permitido comprobar que no ha sido usted nada amable conmigo durante la cena. Si la opinión del señor Bonneville dependiera de la suya, estoy seguro de que a estas alturas me encontraría irremediablemente perdido.

La joven chasqueó la lengua. Aquel idiota estaba distrayéndola. ¿Por qué insistía en estorbarla con su presencia y con su incansable perorata cuando ella no tenía el menor interés en soportarlo? ¡Maldito pajarraco! ¡Su voz chirriante, su presunción, los colores de su vestuario y hasta los almizcles de su fragancia la irritaban sobremanera!

—¿Usted o la negociación?

Grandison ensanchó la sonrisa. Chica lista. Demasiado, tal vez.

—Ambos.

Olivia suspiró.

—Es una suerte que tenga las cosas tan claras, señor Grandison, de ese modo al menos no se llamará a equívocos en el futuro. Hágase un favor a usted mismo y limítese a hablar con el señor Bonneville, al menos mientras mi cuñado se encuentre dispuesto a prestarle atención, y no pierda su tiempo —dirigió a Grandison una mirada cargada de intención— ni me lo haga perder a mí.

Grandison jadeó su incredulidad y meneó la cabeza con condescendencia, como si se encontrara ante una niña que colmara su paciencia.

—¿Está intentando despacharme, señorita Moongrove?

Pero la señorita continuaba sin hacerle el menor caso, y eso parecía disgustar a Grandison, tan acostumbrado como la dama a ser siempre el centro de atención.

—Es usted un auténtico jeroglífico, desde luego.

—Muchos científicos aseguran que descifrar jeroglíficos resulta un entretenido pasatiempo.

—Sin duda, pero ni yo soy científico ni resulta usted fácil de descifrar. —Apoyó los antebrazos en la barandilla—. ¿Por qué esa coraza? ¿Qué sentido tiene? Le aseguro que no va a parecer más débil a mis ojos por mostrarse mínimamente agradable de vez en cuando.

La muchacha se enderezó despacio para observarlo sin ningún tipo de disimulo. Su rostro mostraba la misma frialdad que las piedras de hielo.

—Jamás temería parecer débil ante usted, señor Grandison, porque no lo soy. —Él asomó el esbozo de una sonrisa—. Y tampoco agradable.

El caballero desvió la mirada al frente.

—No hace falta que lo jure… —farfulló. Por fortuna solo el elegante lazo de su *cravat* fue capaz de escucharle.

En un nuevo gesto de absoluta descortesía para con su invitado, Olivia siguió concentrada en su empeño de descubrir al espía oculto en la oscuridad. ¿Y se si trataba de Jack? El corazón brincó de júbilo dentro de la delicada carcasa de su pecho y una sonrisa involuntaria asomó a sus labios. Sintió un malicioso regocijo al intuir los celos de Jack, observándola desde las sombras conversar con aquel idiota. Casi podía sentir su rabia, su impotencia, su turbación… Y le encantaba.

—¿Busca algo? —preguntó Grandison de pronto, frunciendo el ceño e inclinándose a su vez sobre la barandilla—. Tal vez pueda ayudarle.

Olivia se enderezó de inmediato.

—¿Cómo dice?

—Ahí abajo —señaló la negrura con la barbilla—, parece demasiado entretenida buscando algo… o a alguien.

—¿A quién podría buscar en los jardines en mitad de la noche? —resopló en tono de mofa.

—No lo sé. —Arqueó una ceja—. ¿Algún pretendiente con el que se haya citado a escondidas, tal vez? ¿Es por eso que se muestra usted tan arisca?

Olivia encajó la mandíbula, apretó los labios, achicó los ojos y exhaló lentamente por la nariz.

—¿Cómo dice?

Grandison sonrió con pedantería.

—Ahora lo entiendo: me temo que sin habérmelo propuesto estoy estorbando sus planes.

—¡No sea ridículo! —siseó.

—Haremos algo: yo le guardo el secreto de su cita clandestina si usted promete no volver a indisponerse contra mí.

Olivia abrió unos ojos como platos mientras cerraba las manos en puños a los costados.

—¿Cómo se atreve a tomarse la licencia de hablarme con tal familiaridad? ¡Usted no me conoce, señor, así que le deniego semejantes confianzas!

Grandison alzó la mano que aún sostenía el vaso en un gesto a modo de conciliación.

—¡Vamos! ¿Pero se ofende usted? Calma, señorita Moongrove, le aseguro que yo solo busco un buen entendimiento entre usted y yo.

Acto seguido su mano izquierda revoloteó hacia Olivia en una colorida reverencia para ofrecerle la misma florecilla que, minutos antes en la sala de fumadores, mantuvo oculta en el bolsillo de su chaqueta. Estaba convencido de que su obsequio actuaría como bandera conciliatoria.

—Y he aquí mi ofrenda de paz.

Sin embargo, y ante su completa estupefacción, la joven frunció el ceño, volteó el rostro y elevó la barbilla, ignorando descaradamente su ofrecimiento.

—Pues le aseguro que usted y yo jamás vamos a entendernos. Con su permiso, señor, es hora de que me retire —soltó de golpe, deseosa de dar por finalizado aquel inservible intercambio verbal.

—A los jardines, supongo… —Las palabras de Grandison surgieron de su boca como un débil murmullo.

Ella regresó una mirada indignada hacia su persona al tiempo que boqueaba sin ser capaz de decir nada, tal era su estupefacción ante la insolencia del caballero.

—¡No es algo que le incumba a usted, desde luego!

Sonrió Grandison en amplitud, devolviendo la vista a la negrura de los jardines.

—Oh, desde luego, desde luego, no pretendo retenerla ni estorbar

sus propósitos por más tiempo.

Olivia bufó.

—¡No sea insolente!

—Podemos continuar discutiendo por toda la eternidad —pausó su discursiva para suspirar en profundidad— o podemos firmar la mentada tregua en este instante, señorita Moongrove. —Volvió la mirada para encontrarse con aquellos dos icebergs fijos en su persona —. Me temo que a partir de ahora estaremos obligados a vernos con cierta asiduidad. Yo visitaré la plantación Bonneville de forma habitual y a usted, de un modo u otro, no le va a quedar más remedio que soportar mi presencia; en nuestra mano está convertir ese hecho en algo mínimamente tolerable. —Le tendió la mano—. ¿Podemos ser amigos?

Olivia observó aquella mano tendida, lechosa, fina y de alargados y huesudos dedos, como quien observa una cucaracha reptando por un impoluto suelo de mármol blanco.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Grandison. Soy una persona que se cuida mucho a la hora de elegir sus amistades… y usted no se encuentra en mi selección. Prefiero decantarme por asumir su presencia como un hecho por completo intolerable.

Y tras una rauda reverencia, se retiró, arrolladora en su altivez, dejando al joven perplejo ante tan viva muestra de autodeterminación.

Aquella damita era una criatura indómita y sin duda resultaría entretenido tratar de bajarle los humos. Aunque doblegarla podía resultar una tarea hercúlea, digna de un auténtico héroe griego.

Se regocijó, no obstante, al pensar que quizás acababa de encontrar otro nuevo y divertido aliciente para permanecer cerca de la plantación Bonneville y de sus arcas durante un tiempo conveniente. Si todo salía como había planeado, no solo se marcharía de Misuri con los bolsillos llenos, sino que su entrepierna podría entretenerse un rato con las fierecillas locales.

6

—Ha sido una auténtica descortesía por tu parte no asistir a la cena de anoche —reprochó Olivia haciendo un mohín mientras, sentada bajo la sombra de los tamarindos en aquel discreto rincón del jardín, desmenuzaba con gesto enfurruñado el césped que crecía a su alrededor—. Es posible que no sea capaz de perdonarte nunca.

Junto a ella, con la voluminosidad de su falda formando un amplio círculo de tela a su alrededor, Wendoline Gibbs hacía girar un trebolillo entre los dedos. Había aprendido a no hacer caso de las amenazas de Olivia, puesto que, al igual que sucede con los niños pequeños, su ánimo era de continuo combatiente y de natural enfurruñado.

—No te enojes conmigo, Olivia, papá nos explicó que se trataba tan solo de una aburrida cena de negocios —trató de justificarse—. Consideró que ni la presencia de mamá ni la mía resultaban en verdad necesarias.

—¡Tampoco lo era la mía, y me vi obligada a resistir durante toda la velada! Creo que no hay cielo que compense mi sacrificio —resopló Olivia.

—No digas eso, Olivia. Estoy segurísima de que exageras, como siempre. —Olivia puso los ojos en blanco—. Papá aseguró que el señor Grandison era un caballero versado en infinidad de temas interesantes. Y muy bien vestido.

La expresión de horror en el rostro de la señorita Moongrove no se hizo esperar.

—¿Bien vestido? —resopló. Acto seguido se llevó un dedo a la barbilla para componer una pose pensativa—. Depende de con quién lo compares, por supuesto. Al lado de un mercachifle parecería un gran señor, es cierto.

Wendoline ignoró el tono de burla de su compañera.

—¡Háblame de él! ¿Es guapo, inteligente, apuesto?

—Por Dios, Wendoline ¡No! —sentenció—. ¿Apuesto? ¿Inteligente? ¿Guapo? ¿Hablamos del mismo hombre? —Olivia jadeó—. ¡Richard Grandison es tan guapo como pudiera serlo un sapo croando en su

charca! Jamás he conocido un caballero tan arrogante, presumido y vanidoso como el señor Grandison de la Union Pacific, puedo asegurártelo.

Wendoline pareció decepcionada.

—Pero el caso es que jamás has conocido a ningún caballero, Olivia, porque no consientes en que se te acerquen, así que tu opinión podrá ser todo menos fiable.

Efectivamente, Olivia enviaba de vuelta y a una velocidad asombrosa a toda la cohorte de pretendientes que mostraba el *descaro* y la *indecencia* de osar cortejarla. En los últimos tiempos pocos lo habían intentado, a decir verdad. Había que tener arrojos y paciencia a raudales para acercarse a semejante criatura.

—¿Y ha de ser este ridículo duendecillo que viste y habla como tal el primero con el que trate? —Olivia puso de nuevo los ojos en blanco y Wendoline suspiró.

—Estoy convencida de que cambiarás de idea con respecto al señor Grandison. Un hombre de negocios culto, elegante y encantador, tal y como todo el mundo asegura —insistió, recalcando sus palabras— no puede resultar una decepción en modo alguno. Ya solo por la novedad que aporta al condado se merece un poco de consideración. Mi padre…

—¡Tu padre está tan engatusado con él como el propio señor Bonneville! ¡Y como todo el mundo en este maldito lugar! —cortó Olivia. Y tras semejantes palabras y un conveniente resoplido, se levantó de un salto. Necesitaba cambiar de tema, de aires y de escenario.

—¿Adónde vas ahora?

Olivia se alisó las faldas despegando una a una las briznas de hierba que se habían quedado adheridas a la tela, después colocó con pericia el polisón, que permanecía ladeado. Con aire impaciente consultó el diminuto reloj de plata que colgaba de la cinturilla de su vestido.

—Ya sabes adónde voy… —susurró, elevando las comisuras de los labios en una sonrisa.

Wendoline meneó la cabeza con desaprobación. ¡Por supuesto que lo sabía! Hacía mucho tiempo que había sido informada de ello, muy a su pesar. Era una de las desventajas de ser la única confidente de un alma tan trepidante y disparatada como la de Olivia.

—¡Pues no deberías! ¡Oh, Olivia, siéntate aquí ahora mismo! —ordenó, blandiendo el dedo acusador contra su amiga y señalando después con él el césped a su lado—. ¡Sabes que con tu comportamiento estás alimentando un imposible!

Olivia frunció el ceño y oprimió los labios hasta reducirlos a una fina línea transversal.

—No se trata de un imposible, es… divertido —dijo encogiéndose de hombros.

Wendoline volvió a negar con la cabeza. Aquello no tenía nada de divertido. Puede que para Olivia resultara un juego entretenido, un pasatiempo más del que echar mano cada vez que el aburrimiento la embargaba; pero estaba claro que lo que para Olivia suponía un juego, para el segundo implicado podía ser algo muy serio. Y con el tiempo, más pronto que tarde, su travesura acabaría acarreando nefastas consecuencias.

—¿Divertido? ¿Divertido? ¿Cómo puedes comportarte con semejante liviandad, Olivia, cuando sabes a ciencia cierta que lo que haces es del todo reprobable?

—¡Oh, pero no me regañes, santa Wendoline, no estoy haciendo nada malo en realidad!

Wendoline ensombreció la mirada.

—¿Que no estás haciendo nada ma…? —jadeó—. Creo que lo que pasa es que en realidad no tienes ni idea de lo que estás haciendo, Olivia Moongrove. —Olivia movía a su vez los labios para imitar la perorata de su amiga—. No está bien, Olivia, no está bien en absoluto. El señor Bonneville, tu hermana… ¿tú crees que lo aprobarían? —Wendoline se llevó una mano a la frente y gimió—. ¡Santo cielo, sabes que no sin el menor lugar a dudas! Ni yo misma, que te quiero y trato de entenderte, a menudo sin conseguirlo, me siento capaz de apoyarte en esto. —Olivia torció el gesto y chasqueó la lengua, pateando el suelo con impaciencia—. Acabarás haciéndole daño a él y haciéndotelo a ti misma.

Olivia cruzó los brazos con vehemencia sobre el pecho, enfurruñada. Alzó la barbilla y miró hacia ninguna parte, a la lejanía en realidad, al cielo, al infinito que se perdía mucho más allá de donde alcanzaba la vista. ¿La estaba sermoneando? ¿Aquella poquita cosa se atrevía a sermonear a Olivia Moongrove?

—No te metas, Wendoline, no eres nadie para juzgar lo que hago o dejo de hacer —murmuró en un registro bajo y sombrío, achicando los ojos y apretando los dientes.

—¡Soy tu amiga, maldita sea! ¡La única que te soporta, en realidad! —exclamó la joven, levantándose para encarar a una perpleja Olivia—. Parece que no te das cuenta de que todo esto no es más que un capricho. —La aludida se mordió el labio inferior hasta hacerse daño—. Le romperás el alma en añicos, Olivia, y condenarás la tuya…

Herida en su vanidad, la señorita avanzó dos pasos para rebasar a su amiga, tropezando a propósito con su brazo hasta provocar que se tambaleara levemente. Una vez libre de su escrutinio se detuvo para

dirigirse a ella por encima del hombro.

—Que eso no te preocupe, Wendoline, porque yo carezco de alma.

Horrorizada, Wendoline se santiguó al tiempo que observaba cómo la muchacha agarraba las faldas con ambas manos y se alejaba de su presencia con paso firme y decidido.

—Pues que el Señor se apiade de ti, Olivia Moongrove, y de esa alma que dices no poseer.

7

Al término de los jardines posteriores y antes de que cualquier paseante se adentrara en la plantación, sobre un elevado altozano se levantaba un magnífico limonero que, a juzgar por su porte y sus dimensiones, debía rebasar el siglo de vida. Su tronco oscuro y nudoso, sus grandes bifurcaciones y sus proporciones descomunales evidenciaban su longevidad. De hecho los trabajadores y el propio señor Bonneville llamaban a aquel inmenso frutal el abuelo, pues al parecer debía haber sido plantado por el propio abuelo del actual señor.

Permanecía Olivia sentada bajo la olorosa sombra de aquellas ramas doblegadas por el peso de los limones, manteniendo el talle erguido y la cabeza apoyada sobre su tronco. En esa postura tan predispuesta a la evasión, entornaba los ojos y se dejaba llevar por el rumoroso cántico de los pajarillos escondidos entre el follaje y el murmullo que el viento creaba al mecer la vivificante fronda verde.

Desde hacía tres años y cada vez que el tiempo lo permitía, solía escaparse a aquel lugar cada tarde. Y con un único objetivo en mente: Jack también lo hacía.

Aunque esa semana ella se había ausentado aposta durante un par de días para castigarlo por su insolencia de cierta tarde, junto al barbudo barrigón, en la pila de estiércol.

Un alegre silbido agitó su corazón en la delicada carcasa de su pecho. Porque sabía a ciencia cierta que no era el silbido de ningún ave silvestre.

Abrió los ojos.

Descendió la cabeza de su acomodo.

Y lo vio acercarse.

Jack Payton caminaba hacia ella con aire desgarbado, sin dejar de mirarla. Y la fuerza de aquella mirada, tan hipnótica como pudiera serlo la mirada sugestiva de una serpiente, provocó que su corazón dejara de latir, y su inactividad creó un vacío inmenso donde antaño existía vida.

Jack se acercaba a la treintena. Era un hombre alto cuyo porte ancho y fuerte recordaba al de un auténtico guerrero. Al de un

magnífico guerrero. Poseía un cuerpo habituado al trabajo duro, una complexión curtida, firme y regia que clamaba ser observada con la boca abierta. Y de hecho ella, por más que le pesara reconocerlo, era incapaz de observarlo de otro modo.

Caminaba con el cabello oscuro flotando a su espalda. La amplitud de su pecho velludo se adivinaba fácilmente bajo una ligera y sucia camisa de hilo, abierta hasta la altura del esternón.

—¡Jack, siéntate a mi lado! —Con una intencionada caída de pestañas, destilando a raudales vana coquetería, Olivia lo invitó a acompañarla. Él obedeció de inmediato, tumbándose junto a ella y usando los brazos, apoyados contra el tronco del limonero, a modo de almohada. Como si fuera lo más natural del mundo ocupar aquel espacio a su lado.

—No sabía si te encontraría hoy aquí… —murmuró él respirando hondo y cerrando los ojos.

Olivia lo miró en silencio, perfilando con la mirada el hermoso rostro masculino. Jack era sumamente atractivo, poseía un perturbador encanto salvaje que recordaba al que debía poseer ese pirata o ese bandolero por el que todas las señoritas de buena cuna suspirarían.

Cejas pobladas y oscuras enmarcaban dos felinas pupilas de color gris. La sempiterna barba de varios días se dibujaba en torno a unos labios amplios, carnosos y seductoramente torneados que remataban en una mandíbula cuadrada y prominente. El cabello largo y fuerte con hebras más claras a causa del deslucimiento del sol descansaba libre más abajo de los hombros.

—¿Por qué no iba a estar aquí, tonto? —coqueta, la joven apartó varios mechones desparejos de aquella frente amplia y surcada de frunces.

—Ayer no viniste —dijo secamente—, y antes de ayer tampoco.

Olivia sonrió para sus adentros, satisfecha de que su castigo hubiera surtido efecto.

—Bueno, quizás deberías detenerte a pensar el motivo, ¿no crees?

Jack nada dijo. Sabía perfectamente cuál había sido la causa de su ausencia. Olivia enojada, Olivia imponiendo su sentencia, Olivia mostrándose implacable con aquellos que osaban desafiar su criterio.

—Llevo viniendo cada día desde hace tres años, ¿no es cierto, Jack? —instigó con dureza—. Debería ser más que suficiente para ti.

—Yo también he venido cada vez que he podido.

Olivia elevó la barbilla con altivez.

—No siempre.

Todavía con los ojos cerrados, Jack suspiró.

—Porque tengo que trabajar, Olivia, no puedo escaparme cada vez que quiera. Y lo sabes.

Olivia hizo un mohín.

—Trabajo, trabajo… ¿A quién le importa?

Él abrió los ojos y, desde su posición acostada, le dedicó una mirada serena, carente de exigencias inútiles.

—A mí me importa.

—¿Es más importante el trabajo que yo, acaso? —Caprichosa, cruzó con firmeza los brazos sobre el pecho plagado de encajes y botonadura de perlas—. Sí, ya veo que sí lo es.

Jack permaneció unos segundos mirándola, observando aquellas pupilas de hielo que parecían burlarse constantemente de él. ¿Acaso era incapaz de razonar? Ya no era una criatura, debería entrar en razón.

—Yo dependo de mi trabajo, del trabajo depende mi vida —mientras Jack hablaba, Olivia sacudía la cabeza, ponía los ojos en blanco y movía los labios burlándose de él—, ese es el día a día de un simple trabajador, aunque tú seas incapaz de comprenderlo.

—Bla, bla, bla… me agotas con tu palabrería. —Y para corroborar su posición, emitió un exagerado bostezo que apenas se molestó a cubrir con la mano.

Jack la miró con mayor intensidad, frunciendo el ceño ante su puerilidad.

—Olvidas que yo no soy una niña consentida a la que se lo dan todo hecho.

Olivia se enderezó, cuadrándose de inmediato. Su mirada se volvió gélida, dura y cortante como el filo del arma más mortífera. Sus palabras a continuación hicieron más daño que cualquier puñalada asestada por un arma semejante.

—¡Por supuesto que no! —concedió con un siseo—. ¿Cómo olvidar algo así teniendo en cuenta tus pintas y la forma en la que hueles? ¡Tú no eres más que un vulgar sirviente! —Le miró de arriba abajo con pretendido desprecio—. ¡Y ni siquiera eso! ¡Eres un simple mozo de establo, el escalafón más bajo del servilismo!

Jack tragó espeso. Ya estaba: la fiera desatada. Las dos caras de la luna: la bella y radiante opacada por la oscura, mortífera y cruel. Nunca se podía disfrutar tranquilo de la primera sin que apareciera la segunda para estropearlo todo.

Apartó la mirada y la relajó en algún punto de la despejada bóveda celestial. No quería discutir. Otra vez no. Hacía dos días que no la veía, que no la tenía solo para él…

—Un mozo que tiene que trabajar para vivir.

Olivia frunció el ceño y peleó contra sus demonios internos; recordar la condición de Jack le hacía daño, admitir que se sentía atraída por él, muchísimo más. Apretó los labios y deseó combatir a muerte contra esos demonios que la torturaban. Porque admirar el

físico perfecto de aquel hombre era una cosa, reconocer que ese físico no pertenecía a un caballero al que considerar para una relación, y que jamás lo haría, sino a un vulgar y miserable mozo de cuadra que le estaba vetado, era otra.

—Pues quizás deberías volver al trabajo de una vez y dejarte de tonterías, si quieres comer esta noche —dijo en voz baja, inclinando la cabeza hacia el otro lado y fingiendo palabras que se desmentían a través de sus ojos.

Jack apretó los labios, tragándose la bilis, y las ganas de darle un par de azotes bien dados. Porque Olivia no era más que una niña malcriada que se divertía insultándolo y provocándolo. Constantemente.

Trató de aparentar serenidad cuando habló a continuación, luchando por cambiar de tema y empezar de nuevo:

—Acaba de llegar una visita a la mansión y supuse que quizás estarías allí para recibirla, por eso dudaba encontrarte aquí.

Olivia mantenía un aire de dignidad que casi empujaba a la risa. Pretendía parecer ofendida cuando en realidad había sido ella la única en ofender.

—Es la señora Bonneville la que atiende a las visitas, no yo —dijo cortante.

Jack obvió su enfurruñe.

—Se trata del mismo hombre que cenó ayer con la familia.

Olivia volvió la cabeza muy despacio para mirarle.

Sin poder evitarlo, mostró unos ojos vidriados bajo un ceño profundamente fruncido, evidenciando así el combate interno llevado a cabo, y era obvio que no era ella la victoriosa.

No era justo que Jack resultara tan fascinante, no era justo que despertara en ella un sinfín de sentimientos contradictorios, no era justo que su corazón diera un vuelco hasta silenciarse bruscamente, o que miles de mariposas revolotearan por su vientre cada vez que él se encontraba cerca. ¡No lo era!

—¡Oh! Entonces se trata de Richard Grandison —anunció con desinterés—, un recién llegado al condado, embajador de la Union Pacific. El señor Bonneville y los demás plantadores pretenden hacer negocios con él. Sinceramente espero que no lleguen a ningún tipo de acuerdo.

—¿Por qué?

Tragó saliva mientras se alisaba concienzudamente los pliegues de la falda. Demasiado concienzudamente. No quería hablar de Grandison. En realidad quería que Jack le hiciera caso, que se olvidara del resto del mundo y se centrara en ella, solo en ella. Podría tomarla de la mano. Podría besarla. ¿Por qué nunca lo hacía si estaban solos?

—Porque se trata de un tipo arrogante, vanidoso e insufrible… ¡no

lo soporto!

Jack se enderezó a medias, apoyándose sobre un codo, sintiendo de repente un súbito interés.

—Cualquiera lo diría. Anoche os vi juntos en la terraza, y parecíais muy a gusto.

El corazón de Olivia brincó en su pecho. ¡Así que se trataba de él! ¡Él era el intruso que la había estado observando desde la oscuridad!

—¿Me estabas espiando? —No pudo evitar que una sonrisa ensanchara su rostro y que dos simpáticos hoyuelos horadaran sus mejillas. Las pupilas azules refulgieron—. ¿Acaso estás celoso, Jack Payton?

"Dime que sí, dime que sí…".

Jack la miró muy serio durante un eterno segundo, calibrando su futura respuesta. Observando el chispear divertido de aquellas pupilas de hielo. ¿Para qué mostrar una realidad que tan solo podría reportarle daño… y burlas?

—Creo que no tendría ningún derecho a estarlo, señorita Moongrove.

Y Olivia se sintió furiosa. Impotente. Coartada en su alegría.

—¡Por supuesto que no tendrías ningún derecho! ¿Cómo ibas a tenerlo, por el amor de Dios? —Afianzó los brazos sobre el pecho con el mismo brío que mostraría una niña caprichosa frustrada en sus propósitos para mirar con desidia hacia otro lado. Sus labios apretados evidenciaban de forma graciosa su estado de irritabilidad—. Los jardines no son lugar para un mozo, ¿se puede saber qué demonios hacías tú allí en lugar de dormir en tu establo?

Jack puso los ojos en blanco. Allí estaba la luna oscura otra vez. La temible, la cruel.

—Además —le miró con desdén por el rabillo del ojo—, todavía hueles a estiércol, deberías asearte antes de mostrarte en mi presencia. ¿Cómo te atreves a venir a verme estando sucio y oliendo tan mal?

La mirada intensa y sosegada de Jack obligó a Olivia a variar el rumbo de la suya de inmediato. ¡La frustraba tanta quietud, tanta calma! ¿No tenía acaso sangre en las venas? ¿Un hombre tan grande era incapaz de reaccionar como se esperaba de él?

Él no pudo evitar sonreír ante el mohín de aquella muchachita consentida, mientras con el dorso de uno de sus dedos perfilaba el contorno del brazo de Olivia en ademán juguetón. El contacto con la textura áspera de su piel, con aquellos dedos agrietados y ennegrecidos, provocaron en la joven una fuerte sacudida.

—¿De verdad vas a enfadarte conmigo? —preguntó manso.

—¡Es lo que te mereces! —rugió ella—. ¿No ves que eres un tonto?

Jack suspiró resignado. Era tonto, e imbécil, desde luego, por continuar martirizándose con aquel dichoso juego que ningún bien

podría reportarle. Olivia era una niña grande, caprichosa y altiva como la que más. Orgullosa y déspota como cualquier tirano. Pero era… su luna.

—No podía dormir y salí a respirar la brisa de la noche. No creo que me esté prohibido disfrutar del aire nocturno lejos de los establos, pequeña fierecilla. —Sonrió con intención. Olivia adelantó el labio inferior—. Fue entonces cuando os vi, juntos, sobre la balaustrada.

—No creo que me esté prohibido disfrutar del aire nocturno en la terraza, tonto sirviente —repitió ella componiendo un tono burlón.

Jack aspiró una gran bocanada de aire. Empezaba a perder la paciencia. Tan solo quería verla, estar con ella, escuchar su voz… ¿Por qué tenía que ser todo siempre tan difícil con Olivia? ¿Por qué todos sus encuentros tenían que terminar con insultos y desprecios? Estaba agotado después de un largo día de trabajo y aquel era el broche final menos deseado para un corazón locamente enamorado. Un corazón loco, estúpido e insensato.

—Por supuesto que no; estás en todo tu derecho de disfrutar de la brisa y de los jardines y de pasearte por ellos con quien a ti te plazca —sentenció con resignación apoyando ambas manos sobre el suelo trebolado, dispuesto a marcharse y poner fin a otro encuentro frustrado.

Adivinando la intención de Jack, Olivia lo retuvo al sujetarlo por el antebrazo. Él se quedó quieto, suspendido a media altura. Ahora fue ella la que fijó en él sus enormes ojos azul turquí.

—¿Qué sentiste al verme con él?

Su mirada inquisitiva parecía no aceptar cualquier respuesta. Necesitaba escuchar de labios de Jack las palabras mágicas.

“Dilo, dilo, maldita sea, di lo que llevo tanto tiempo esperando oír…”.

Jack tragó saliva sin dejar de mirarla. ¿Debía decir la verdad? ¿Decir que si aquella noche hubiera tenido el valor suficiente…? ¡Maldita sea! ¿Decir que si en ese instante tuviera el valor suficiente para obedecer el mandato imperioso de su corazón, atraparía el rostro de Olivia Moongrove entre sus toscas manos y la devoraría en un beso interminable? ¿Debería exponerse y hablar claro de una maldita vez?

La respuesta estaba clara: nunca.

— ¿Qué podría permitirme sentir?

—No sé, yo no estoy en tu cabeza. Dímelo tú.

—Sinceramente no entendería que pudiese llegar a gustarte alguien como ese tipo —respondió, recuperando su posición recostada.

Ella retuvo el aliento al tiempo que soltaba el brazo de Jack de su agarre. Se encontraba al borde del histerismo.

—¿Y solo vas a argumentar eso? ¿Que no entenderías que pudiera

llegar a fijarme en un caballero como el señor Grandison?

—Yo no le he llamado caballero…

—¡Pero por el amor de Dios, Jack! —exhaló con desdén, paseando con nerviosismo la vista de un lado a otro—. ¿Es todo lo que tienes que decir?

Jack la miró con el ceño fruncido. Apoyándose de nuevo sobre las manos se irguió, escupiendo más que pronunciando las siguientes palabras:

—¡Sí, es todo lo que tengo que decir, maldita sea!

Olivia pateó el suelo con el tacón de su botina.

—¡Aarrgggg! —exclamó, mirándolo desde su posición inferior—. ¿Y por qué no podría fijarme en alguien como él? Dime, ¿qué tiene de malo?

—¡Por Cristo, pero si tú misma acabas de decir que no le soportas! ¡Quién te entiende, mujer? —rugió, fulminándola con la mirada. Definitivamente su paciencia había tocado a su fin—. ¿Te agrada? ¡Pues quédate con él! ¡Es un pusilánime, un hombre sin sangre en las venas, un presumido que tan solo se preocupa de su apariencia!

—¿Eso crees? —azuzó ella—. ¿De verdad lo crees? ¿Un presumido y un cobarde?

—¡Sí, lo creo! Mientras que tú… —Las pupilas se dilataron ocultando casi por completo el gris de sus ojos—. Tú te mereces algo mejor.

Olivia se sintió arder por dentro.

"¿Y entonces por qué no lo tengo?".

Despacio, muy despacio, se incorporó para adquirir una posición más ventajosa. Frente a él tuvo que alzar la barbilla para mirarlo a través de esa cabeza que le sacaba de altura.

—¿Quién te crees que eres, Jack Payton, para elegir mis compañías?

—Entonces es cierto que se trata de una nueva compañía…

Olivia gruñó desesperada. Oprimió con rabia los puños atrapando el vacío entre los dedos.

—¡Oh, Jack, y a ti qué te importa! ¡De todas formas los asuntos de la casa no conciernen a la servidumbre! ¡Maldita sea, vete a sacar estiércol y déjame en paz!

La misma puñalada rastrera de siempre. Olivia actuaba así continuamente. Podía mostrarse todo lo dócil y amable que su naturaleza caprichosa y egoísta le permitía, podía incluso dejar asomar muy de vez en cuando un ápice de afecto al nido de víboras que tenía por corazón, pero cuando las cosas no seguían el cauce pretendido, enseguida se revolvía como una cobra, atacando con crueldad a todo aquel que la amenazara con su presencia. Y realmente Olivia podía ser muy cruel si se lo proponía.

—Tan solo digo que ese *petimetre* no estará jamás a tu altura —dijo en tono conciliador.

—¿Y quién estaría a la altura, dime? ¿Alguien como tú? ¿Crees que tú eres mejor que él, Jack Payton? ¡Mírate, por el amor de Dios, no eres más que un sucio mozo que no tiene ni donde caerse muerto! —Ante el insultante silencio del hombre se llevó las manos a las acaloradas mejillas, intentando concederse un poco de alivio—. ¡Oh, y además de mugriento, un ciego estúpido que ni ve ni entiende nada! Jamás entenderás nada, ¿verdad?

Jack no sabía qué decir.

—Si tan estúpido te parezco, ¿por qué demonios llevas tres años acudiendo al limonero para reunirte conmigo?

Olivia boqueó como un pez arrojado de su cuidado estanque, pero no fue capaz de contestar. Solo pudo mirarlo con ojos desorbitados y labios apretados. Jadeó, resopló y se tragó a desgana su mala sangre. Finalmente, blandiendo en alto el dedo acusador, se dirigió a él con el tono nervioso y poco convincente de aquel a quien han dejado sin argumentos.

—¡Te prohíbo que vuelvas a silbar *nuestra* canción en presencia de otro sirviente! ¡Te lo prohíbo, ¿me oyes?! —Su voz alcanzó un registro bajo y sombrío—. No juegues conmigo o haré que te echen.

Tras escupir sus palabras huyó de allí a la carrera. Su rostro surcado de lágrimas reflejaba la irritación ante los sentimientos no correspondidos. Ante la pasividad del único hombre que desearía que mostrara su lado más salvaje frente a ella y que sin embargo jamás había hecho amago de hacerlo.

Todo él parecía un témpano de hielo. Wendoline tenía toda la razón del mundo: ¡era una estúpida por perder el tiempo con él!

—Al menos yo sabría amarte del modo que te mereces… —murmuró Jack mientras veía alejarse a la única mujer que había amado, y que amaría, en su vida.

8

Olivia irrumpió en la sala de té sintiéndose completamente encendida. Sus ojos vidriosos, su aliento breve y el enrojecimiento de la punta de su nariz evidenciaban las lágrimas recientemente derramadas.

Cruzó arrolladora la estancia ante la mirada perpleja de su hermana para posicionarse de pie a la luz de los ventanales, manteniéndose erguida delante del cristal mientras retorcía cruelmente sus manos unidas frente al talle. En la lejanía observó cómo una silueta oscura se incorporaba bajo el limonero y avanzaba con aire derrotado para perderse tras la hondonada. Una punzada de rabia aguijoneó su pecho obligándola a tragarse la marea de frustración que quemaba su garganta. ¡Maldito cobarde! ¡Odiaba a Jack Payton con toda su alma!

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ada alzando una ceja—. Te noto afligida y acalorada.

Antes de hablar y de un modo muy poco femenino ni decoroso, se sorbió ruidosamente la nariz.

—Ha sido a causa del ejercicio reciente, no te preocupes. Acabo de acompañar a Wendoline hasta la entrada y he hecho el camino de vuelta corriendo, eso es todo. —Se llevó una mano al talle y respiró hondo bajo la presión del corsé. El violento zumbido de sus sienes amenazaba con volverla loca.

—No deberías correr por el campo con el sol tan bajo, querida, un día de estos agarrarás una insolación.

“Un día de esos lo que iba a darle era un infarto, por culpa de aquel…”.

Olivia suspiró de forma audible descolgando los hombros y dejando caer la cabeza hacia atrás. Y Ada supo entonces que debía variar enseguida el rumbo de la conversación. Su hermana resultaba demasiado vehemente como para aceptar consejos, y mucho menos amonestaciones, por muy reprobable que resultara su comportamiento.

—El señor Grandison acaba de irse —anunció tras dar un último sorbito a su taza de té, observando a su hermana de forma inquisitiva

por encima del borde de la porcelana. Olivia permaneció indiferente, mirando a través de la ventana el punto exacto donde hasta hacía un segundo se recortaba la silueta de un hombre estúpido.

—Ajá… —murmuró sin interés.

—Ha preguntado por ti…

—¿Ah, sí? —Suspiró, volviendo hacia su hermana una mirada más ausente que la de una estatua de alabastro—. Tal vez se aburriera y decidiera pasarse por la plantación para entretenerse provocando a la señorita Olivia Moongrove —su tono se ensombreció—, por lo visto parece ser el mejor pasatiempo para una tarde de miércoles.

—Olivia, no seas antipática… —regañó Ada—. Ha venido a despedirse. Parte esta misma tarde rumbo a Kansas, después de haberse entrevistado por la mañana con Coleman y Mayfield, para reunirse con algunos directivos de la compañía, según ha confirmado él mismo. Es probable que permanezca fuera unos días.

—Lástima que de camino no encuentre una tormenta que le obligue a permanecer aislado durante una semana entera, por lo menos.

—¡Olivia! ¿Cómo se te ocurre? ¡Pobre señor Grandison!

—¡Oh, sí, pobrecito! —bufó—. No te aflijas, hermana, seguro que el peso del dinero que conseguirá timarnos a todos aliviará de algún modo el sufrimiento consecuencia de semejante trasiego.

Ada suspiró.

—En serio que no deberías hablar o pensar tan mal de él. ¡Ni yo debería consentir en escucharte, santo Cielo! —suspiró—. ¿Timarnos? ¡No va a timar a nadie! ¡Él es un simple embajador, el representante legal de la compañía! Está aquí para hacer un favor a los granjeros, a todos nosotros, en realidad. Los raíles van a pasar por esta zona de un modo u otro, mejor será que se consiga llegar a un acuerdo y los afectados puedan cobrar un dinero justo por sus tierras, ¿no lo crees? Él solo es un enviado.

—El enviado de los cielos —concedió Olivia en un tono claramente burlón—. No me gusta ese hombre, hermana, estoy segura de que saldrá beneficiado con el acuerdo, que nos engañará a todos, que conseguirá embolsarse un buen dinero y regresará por donde ha venido, sin más.

—No puedo estar de acuerdo contigo en modo alguno. Y si tú misma te molestaras en conocerle, no te resultaría tan desagradable ni desconfiarías tanto de él. ¿Por qué no le concedes una oportunidad?

Olivia bufó.

—¡Oh, por el amor de Dios, tampoco tú deberías concedérsela! Aunque por lo visto ya lo has hecho ¡y bastante rápido!

Ada frunció el ceño, ignorando tal vez que su hermana se

encontraba en esos momentos a punto de resquebrajarse por dentro. Olivia, por su parte, estaba llevando a cabo una tarea hercúlea al tratar de contener las lágrimas que oscilaban en las cunas de sus ojos. Su alma se desgarraba a jirones por culpa de Jack Payton y Ada porfiaba por hablarle de ese *petimetre* de Richard Grandison.

—No contamos con muchas visitas y un buen entendimiento con el señor Grandison resulta verdaderamente importante para todos. ¿Por qué no haces un esfuerzo e intentas sonreír cuando se dirija a ti en lugar de mostrarte como un sabueso a punto de lanzarse sobre su presa? No vas a morirte por mostrarte agradable de vez en cuando.

Olivia puso los ojos en blanco. La misma maldita frase que aquel lechuguino había dicho:

"Le aseguro que no va a parecer más débil a mis ojos por mostrarse mínimamente agradable de vez en cuando".

Encajó la mandíbula mientras inhalaba en profundidad, obligando a la muselina que reposaba sobre su escote a elevarse de forma discontinua. El color que ofrecían sus mejillas conseguía hacer arder su rostro hasta el punto de sentirse asfixiada dentro de su propio cuerpo. Haciendo un esfuerzo encomiable, evitó mirar a su hermana para continuar observando impávida el horizonte. Un horizonte vacío, desolado… un horizonte sin Jack.

—Cualquiera que no te conozca podría deducir que eres una muchacha sumamente infeliz, Olivia, al menos esa es la impresión que das a cada instante.

¿Y acaso no lo era? ¿Acaso no lo era cada vez que pretendía llamar la atención de Jack Payton y a cambio solo obtenía indiferencia? ¿Acaso Ada, o el señor Bonneville, podrían siquiera llegar a imaginar su atormentada inclinación por aquel cobarde estúpido? Ni él mismo era consciente de nada, pedazo de alcornoque.

—¿Qué sabrás tú lo que siento en realidad? —El intenso picor que crecía tras sus párpados amenazaba con alcanzar proporciones peligrosas—. ¡Te lo ruego, Ada, déjame en paz!

"¡Cállate, cállate o conseguirás que hable más de la cuenta!".

—¡Pues cuéntamelo! —Ada se revolvió, ligeramente molesta—. ¡Sincérate conmigo! ¡Soy tu hermana, santo Cielo! ¿No he cuidado siempre de ti?

—¡Nunca te lo he pedido! —rugió.

—¡Pero lo he hecho! Y no me pesa.

—¡Por tu conveniencia! —Olivia sentía que no podía parar. Ada había destapado la caja de los truenos y la tormenta era inevitable. Ahora iba a pagar sus frustraciones, iba a descargar contra ella todo el odio que estaba sintiendo hacia Jack, hacia sí misma y hacia el universo entero por confabular contra ella—. ¡Me apartaste de la

abuela porque tenías celos de mí!

Ada tragó saliva y la observó impertérrita, al menos en apariencia, apretando los labios y conteniendo el torrente de lágrimas retenido en sus ojos. No iba a llorar. No iba a flaquear. Aguantaría hasta quedarse a solas y después daría rienda suelta al dolor que oprimía su corazón.

—¿Me acusas de haber intentado ofrecerte una vida mejor? Por el amor de Dios, ¿qué te falta?

Olivia se cubrió el rostro con ambas manos y estalló en un sollozo.

"Jamás entenderías lo que me falta, lo que más anhelo bajo las estrellas… porque se trata de algo que jamás podré tener".

—¿Preferirías volver con la abuela? ¿Es eso lo que me estás dando a entender?

Olivia descubrió el rostro muy despacio y exhaló por la boca, mirando a su hermana con los ojos velados por el llanto. Tampoco era eso, no podía abandonar la plantación, ni a Jack, para regresar a St. Louis con aquella anciana caprichosa. Aquí vivía mucho mejor de lo que viviría con ella. Aquí, además, estaba Jack.

—¡Está bien, intentaré contener mis impulsos para no morder a *vuestro* querido señor Grandison! —remedó. Replegó los labios al interior de la boca—. ¡Líbreme Dios de destrozar con mi dentadura infame el elegante punto de su chaqueta!

Ada se repantigó en su asiento. Su dignidad había resultado herida, pero trató de mostrarse tan compuesta y respetable como siempre. No podía flaquear y mostrarse derrotada delante de su hermana pequeña; si lo hacía ya nunca más se daría a respetar. Además estaba obligada a mantener la cordura en semejante situación. Alguien tenía que hacerlo. Se alisó la falda con meticulosidad.

—Espero que a partir de ahora dejes en tu alcoba el yelmo y la pica cada vez que contemos con la presencia del señor Grandison. No puedo consentir que menoscabes el buen nombre de nuestra casa por tu carácter veleidoso.

Olivia jadeó su incredulidad. ¿Era un ultimátum?

—No sé qué tienes, Olivia, pero sea lo que sea debes intentar aplastar toda esa amargura que borbotea dentro de ti, o acabarás salpicándonos a todos.

Sin mediar palabra, con el fuego de la indignación brillando en sus pupilas, Olivia abandonó la estancia.

9

Pierce Bonneville, repantigado en el cómodo butacón de su despacho, escuchó perfectamente el portazo, pero su cuerpo no reaccionó más allá del respingo que el eco de aquel tremendo impacto provocó en él.

Olivia. Otra vez Olivia. Seguramente habría discutido con su hermana por cualquier nadería, le habría exigido alguna frivolidad —porque Olivia no pedía, *exigía*— y la mayor se la habría negado. ¡Y, ay de aquel que osara negar algo a Olivia! Ni siquiera sus hijas habían resultado tan antojadizas. Semejante puerilidad de carácter clamaba al cielo. Ojalá alguien pidiera su mano y se la llevase de una buena vez, aunque dudaba de que existiera bajo las estrellas el bendito capaz de cargar con hidra[3] semejante.

Suspiró en profundidad.

Cierto que con el tiempo había aprendido a soportar a aquella niña delgaducha de enormes ojos azules y nariz larga y afilada, pero solo porque amaba a Ada y por extensión respetaba y toleraba todo lo que concernía a su esposa; no porque la muchachita se hiciera querer, precisamente. Muy al contrario, con el paso del tiempo Olivia se había vuelto cada vez más insoportablemente caprichosa, egoísta y malintencionada. Así, sin paños calientes. ¿Para qué perder el tiempo adornando su imagen con las cualidades que una dama de su condición debería tener cuando en realidad Olivia no disponía de ninguna de ellas? Estaba convencido de que era incapaz de sentir cariño o gratitud por nadie, incluida su hermana mayor, quien siempre había cuidado de ella con ciega devoción.

Meneó la cabeza tratando de apartar de su mente la imagen de su joven cuñada para centrar de nuevo la atención en el artículo que alborotaba esa mañana la prensa nacional. Ya tendría dosis suficiente de Olivia cuando Ada viniera más tarde a darle las quejas de su actitud.

Deslizó una mirada ceñuda sobre las apretadas líneas de tinta que aparecían ante sus ojos bajo un titular de lo más significativo. Bonneville alternó durante la lectura sonoros bufidos con sacudimientos de cabeza, alzamientos de ceja y jadeos escépticos.

Tan concentrado se encontraba que ni siquiera desvió la mirada de las enormes hojas del *New York Sun* cuando Gibbs hizo acto de presencia portando un ejemplar similar.

—¿Lo ha visto, señor? —preguntó el administrador, ocupando el asiento frente al escritorio y desplegando sobre la mesa su propio ejemplar.

—¿Te refieres a la noticia que ocupa la primera página? —Esta vez, ya finalizada la lectura, Bonneville bajó el periódico y lo dobló con parsimonia—. Creo que no se hablará de otra cosa durante semanas en todo el país.

—No es para menos. Hay mucha gente implicada.

—No entiendo cómo ha podido suceder —bufó—, a esa gente se la ve venir de lejos. ¿Quién en su sano juicio dejaría su dinero a merced de un estafador?

Gibbs meneó la cabeza mientras leía él mismo la noticia de la que todo el mundo estaría hablando.

—No creo que resulte tan simple, señor; son grandes estrategas, embaucadores sin escrúpulos. Estudian a fondo a sus futuras víctimas hasta que lo conocen todo de ellos. Saben engatusarlos con sus mentiras y falsas promesas para conseguir sacarles hasta el último centavo. Debe de ser un don innato, me temo, de lo contrario no me explico de dónde obtienen semejante habilidad y sangre fría.

Bonneville dejó el periódico sobre el escritorio y se sirvió dos dedos de brandy.

—Pues no me gustaría estar en el pellejo de este rufián. Si dan con él correrá la suerte del perro apaleado.

Gibbs esbozó una sonrisa torcida sin dejar de leer.

—Tiene detrás a las autoridades de todo país, señor Bonneville, confiemos en que pronto le echarán el guante.

Bonneville esbozó una sonrisa socarrona.

—Si no le echan el guante las autoridades se lo acabarán echando los matones de esos terratenientes injuriados. Estoy seguro de que a esas alturas habrán encontrado la forma de tomarse la justicia por su mano. Hoy en día nadie perdona ni un centavo, y mucho menos cuando la pérdida te convierte en el vórtice de las condolencias y las burlas de tus camaradas.

Gibbs asintió. El orgullo y la vanidad podían resultar un arma letal.

—Lo bueno de estos infelices es que no pueden abandonar sus fechorías; no creo que tarde mucho en tratar de estafar a su siguiente víctima.

—Seguramente así sea. Y ahora que la noticia ha trascendido, todo el mundo estará en guardia.

—Así es. —Gibbs chasqueó la lengua—. Lástima que en el artículo no hayan incluido un retrato de ese tunante. Resultaría muy práctico a

la hora de desenmascararlo.

—Solo dice, según palabras de los propios damnificados, que se trata de un hombre joven con una apariencia impecable y una inteligencia vivaz, de otro modo jamás hubiera sido capaz de ganarse la aceptación de toda esa gente a la que ha conseguido embaucar. Actúa por lo visto en nombre de diferentes compañías, de las que se anuncia representante legal. Hasta el momento ha implicado a la Standard Oil[4] y a la Western Union Telegraph Company. —Bonneville meneó la cabeza—. No sabe dónde se está metiendo.

—Pero veo que también menciona —Gibbs paseó el dedo por la línea en cuestión— que dichas compañías están estudiando emprender acciones legales contra él por empañar su nombre e involucrarlos en semejante felonía.

Bonneville abrió mucho los ojos, buscando el párrafo en cuestión.

—No me había percatado de esa parte.

—Pues sí, lo dice bien claro —Gibbs se dispuso a leer después de aclararse la garganta—. “Dichas compañías están estudiando, con sus abogados, emprender acciones legales contra este individuo que se aprovecha del renombre que poseen en nuestro país para llevar a cabo sus estafas”.

—Estos timadores de tres al cuarto son una lacra para nuestra sociedad, confío en que le den caza pronto y no se vuelva a saber nada de él. ¡Que lo ahorquen o lo encierren para siempre y pague por lo que ha hecho! ¡Deberían obligarlo a devolver centavo a centavo todo cuanto ha estafado! —Inhaló en profundidad antes de esbozar una animada sonrisa y cambiar de tema—. ¿Sabemos algo de nuestro emisario? Ojalá pronto traiga noticias, y que estas sean buenas.

[3] En la mitología griega, antiguo y despiadado monstruo acuático con forma de serpiente.

[4] Standard Oil fue una empresa petrolera estadounidense fundada en 1870 que llegó a ser la más importante en su rubro.

10

Olivia llevaba una hora encerrada en su habitación holgazaneando sobre el hermoso tálamo adoselado. Su entretenimiento de la última media hora había consistido en juguetear con los pliegues de la falda blanca salpicada de florecillas verdes mientras la mirada permanecía fija e inamovible en alguna partícula invisible que flotaba sobre su cabeza.

Se había hecho peinar y encaracolar el cabello, había ordenado a las doncellas que perfumaran su cuello y arreglaran sus uñas y después de todo ello continuaba igual de aburrida que al principio.

De pronto, impulsada por ese invisible resorte que motiva a las almas inquietas —seguramente también a las imprudentes— abandonó la cama de un salto y se dirigió a la ventana para contemplar el exterior como el necio que contempla un fastuoso lienzo sin ser capaz de apreciar la calidad de las pinceladas.

Desde la atalaya de su alcoba poseía una visión privilegiada de buena parte de la propiedad. A lo lejos, aprovechando el ascenso natural de la ladera que circundaba la finca, se distinguía perfectamente la plantación, una inmensa marea ondulante verde que se mecía al son de la suave brisa y se extendía más allá de donde alcanzaba el ojo humano. También veía el viejo limonero, bastión del paso del tiempo y mudo testigo de las citas clandestinas que llevaban años celebrándose bajo su sombra.

Por completo hastiada apoyó la frente sobre el cristal para empañar la superficie con el vaho que exhaló de su boca. Una y otra vez. Una y otra vez.

Justo bajo la ventana los jardines emergían como la más hermosa y vasta creación concebida por la mano del hombre.

Sin embargo, los ojos de Olivia no mostraban la menor emoción o sensibilidad ante semejante despliegue de belleza natural. Seguramente su semblante continuaría reflejando la misma indiferencia si alguien hubiera sustituido aquella visión perfecta para colocar ante sus ojos un lienzo en blanco. Muy posiblemente ella ni siquiera se percatara del cambio.

Sin despegar la frente del cristal deslizó la mirada al ángulo

superior derecho de la ventana. En esa zona concreta se alzaban los establos y los cobertizos de los trabajadores.

Ada se había empeñado hacía unos días en levantar una pajarera en aquella esquinita de terreno sin amansar, y quizás por ello Jack se deslomaba en esos momentos cavando, levantando gruesos terrones y desgranándolos después con ayuda de una enorme maza.

Se enderezó en su posición, de repente interesada en aquello que aparecía ante sus ojos.

Jack trabajaba sin camisa bajo un sol inclemente y los músculos de los brazos y la espalda se revelaban con cada enérgico movimiento. Tan solo el color atezado de su piel y su larga melena oscura atada sobre la nuca le alejaban de la perfección marmórea de los dioses de piedra para acercarlo a una perfección más real: la de carne y hueso mortal.

Olivia inspiró en profundidad, se humedeció los labios y frunció el ceño. Un hondo agujero nació en el centro de su pecho, forzándola a boquear para expulsar el aire que acababa de cobijar en su interior.

Apretó los dientes hasta que le dolieron las sienes. ¿Por qué una señorita de su posición tenía que martirizarse de ese modo? ¿Por qué no podía arrancarlo de su cabeza? ¿Por qué aquel cretino osaba siquiera adentrarse en sus pensamientos y apropiarse de ellos? ¿Con qué derecho?

De nuevo empañó el cristal con el vaho de su aliento. Con un dedo dibujó un corazón sobre el cristal, provocando que la silueta lejana y diminuta de Jack permaneciera atrapada por completo dentro de él. Ladeó la cabeza y miró aquella representación.

Jack encerrado dentro de su corazón, Jack incapaz de salir de allí. Para siempre…

… Trabajando como un condenado, esforzándose como el pobre sirviente que era, también para siempre.

Una lágrima solitaria descendió por la pálida mejilla y detrás de la primera un centenar de ellas empañaron sus ojos, cegándola de forma momentánea. La barbilla principió a temblar, preludio de un llanto inminente. Bajo los bordados y encajes el agujero del pecho creció un poco más y empezó a doler, arrebatándole a la joven todo el aire, obligándola a llevarse las manos al escote y a apurar la respiración con tal de no hiperventilar.

No podía seguir mirando, no podía torturarse más. No tenía sentido alguno hacerlo.

Con gesto decidido se limpió la humedad de la mejilla y se sorbió ruidosamente la nariz. Tragó seco, obviando la presión que atenazaba su garganta.

De un firme manotazo borró el corazón, y a Jack, del cristal.

11

Jack abrió los ojos de golpe y los claroscuros de la habitación envolvieron su brusco despertar.

Se encontraba tumbado boca arriba, a medio vestir, encima de las mantas de su catre. En una estancia pequeña, humilde, oscura, rodeado por toscos tablones de madera y por las rudimentarias vigas del techo, la peculiar cúpula que conformaba todo su mundo.

Suspiró y se pasó la mano por los ojos tratando de alejar de sí ese halo de agotamiento que acompaña una noche de escaso descanso. Prueba de ello eran el incipiente dolor de cabeza que amenazaba con torturarlo durante el resto del día y el entumecimiento en las articulaciones.

Había soñado con Olivia, una vez más. Y una vez más, soñar con ella significaba despertar sin haber aprovechado en lo más mínimo las horas nocturnas.

Se llevó las manos a la frente, oprimió y gruñó. Aquello nunca iba a tener fin. Su alma nunca iba a encontrar descanso. Su cabeza nunca iba a dejar atrás aquel runrún que la martirizaba. ¿Nunca?

Recordó entonces a la Olivia niña. A aquella criaturita de cinco o seis años recién llegada a la propiedad. La primera vez que la vio, él había cumplido catorce. Había oído hablar de la niña Moongrove a los otros sirvientes; todos decían de ella que era una bruja, mala como la tiña y venenosa como la cicuta, pero jamás había prestado oídos a semejantes patrañas. ¡Por el amor de Dios: solo era una niña! ¡Ninguna niña alberga en su interior la personificación del mal!

Aquel día no debería haberse fijado en ella y sin embargo, a pesar de caminar entretenido en compañía de su padre cuando había ido a recibirle a su regreso de la mina, no había podido evitar reparar en aquella chiquilla que cruzaba el patio con una arrogancia ridícula para un cuerpo tan insignificante.

La niña abandonaba la casa a buen paso, barbilla en alto y brazos agitándose con brío a ambos lados de su cuerpecito. Tan solo era un alfeñique, un palo adornado con un rico vestido de gasas, lazos y muselina, pero sus andares eran tan briosos y su arrogancia tan brutal que

Jack no pudo evitar sonreírse al verla. ¡Menuda fierecilla!

Ya había rebasado los establos y se dirigía lo más lejos posible de la casa cuando, y quizás debido a lo exagerado de sus andares, la pequeña tropezó y cayó de bruces, con tan mala fortuna que fue a aterrizar encima de un montón de boñigas de caballo. Sus enaguas cayeron desmadejadas encima de ella, ocultándola por completo bajo la profusión de volantes y encajes para dejarla con los pololos al descubierto.

Jack al principio no supo si echarse a reír o si sentir compasión por aquella pequeña fuerza de la naturaleza, y aunque en un principio esbozó una buena sonrisa, su sentido común —amén del pescozón que le arreó su padre por distraerse mirando donde no debía— le hizo ver que no se trataba más que de una niña, una niña consentida y caprichosa, pero una niña al fin y al cabo.

Raudo como el viento, ignorando el llamado de su padre, no se le ocurrió otra cosa que acudir en su rescate. La sujetó por un brazo y la ayudó a levantarse. La pequeña había echado a perder su vestido, su rostro se había manchado con excremento y su peinado estaba arruinado y rebozado en boñiga y tierra. Realmente era digna de compasión, y muy posiblemente, la mirada de Jack reflejara en esos momentos la más sincera de las compasiones.

Los ojos azules de Olivia, escoltados por un ceño fruncido en profundidad, lo recorrieron de arriba abajo. Sus labios se fruncieron en una mueca de repugnancia y, de un empellón, apartó de sí a su benefactor.

—¿Cómo te atreves a tocarme, niño? —rugió fuera de sí. Acto seguido se observó a sí misma y sus mejillas se tiñeron de escarlata. Jack percibió el brillo de las lágrimas cintilando en sus vivarachas pupilas. Algo le hizo comprender en el acto que aquella niña orgullosa jamás se dignaría a llorar delante de él—. ¡No me mires! ¡Te ordeno que no me mires! —gritó, haciendo aspavientos y tratando de defenderse de alguien que no le haría el menor daño—. ¡Apártate, vete de aquí!

Jack alzó las manos mostrándole las palmas. No quería problemas, tan solo había pretendido ayudar a la pobre niña que se había caído como un cesto roto encima de una pila de excremento.

—¡Que te marches te he dicho! ¿No me oyes, patán? ¡Márchate! —rugió la pequeña. Y esta vez las lágrimas, sorprendentemente, empañaron sus ojos. Entonces, quizás picada en su orgullo, muy posiblemente sintiéndose humillada delante de un vulgar sirviente, la niña se lanzó contra él y le propinó un puñetazo que le hizo sangrar la nariz.

Para nada arrepentida de sus actos, la niña echó a correr hacia más allá de los establos.

Jack la vio alejarse mientras un extraño sentimiento se incrustaba en su corazón. Nunca había conocido a nadie con tanta fuerza ni con un carácter tan vivo. Nunca había contemplado una mirada tan salvaje, unos ojos azules tan brillantes y hermosos, fríos y peligrosos, o una

determinación tan imprudente y agresiva como la de aquella niña. Algo le dijo entonces que cuando la naturaleza obrara en ella su metamorfosis, la mariposa que surgiría de la crisálida de acero sería digna de contemplar.

Desde ese momento, por alguna extraña razón o capricho del destino, o quizás por la esperanza de descubrir algún día a la bella mariposa escondida, su existencia quedó unida para siempre a la de aquella niña a la que, desde lejos y con admiración, vio poco a poco hacerse mujer.

Aprendió a observarla desde la distancia, viendo sus juegos sin descuidar sus obligaciones en la finca. Primero con un marcado instinto protector, como un hermano mayor siempre pendiente de su problemática hermana pequeña. Riéndose ante sus rabietas y deseando darle un azote en el trasero cada vez que la veía alzar la barbilla en su presencia, o incluso sacarle la lengua. ¡Arrogante mocosa!

La vio deslizarse por la ventana para evitar las lecciones de piano y geografía; la vio corretear entre los macizos en flor aplastando aposta con los pies los brotes tiernos y los bulbos recién plantados. Fue testigo, a hurtadillas, de cada una de sus travesuras, y no pudo evitar sorprenderse ante la maldad que podía llegar a encerrar el corazón de una niña cuando la vio cazar saltamontes solo para entretenerse después arrancándoles las patas traseras con el fin de negarles la capacidad de saltar. Incluso en una ocasión dio en la flor de embadurnar un ganso viejo con brea hasta el punto de que no quedó más remedio que sacrificar al pobre animal.

Con el correr de los años aprendió a observarla como su más rendido admirador.

Para él era la criatura más imperfectamente perfecta que podía existir bajo las estrellas. Tan dura como hermosa, tan adorable como cruel. Tan cambiante como la luna.

Cierta tarde en la que había terminado temprano sus obligaciones se permitió subir hasta el altozano del viejo limonero. Le gustaba mucho aquel sitio, un punto de observación perfecto y lo suficientemente discreto como para permitirle descansar y estar en paz. Y observar el mundo sin ser observado. Allí gustaba de tumbarse bajo la vieja sombra y mirar el cielo encapotado mientras su cabeza se permitía soñar con lo que nunca podría llegar a ser. Con lo que nunca podría llegar a tener.

Jamás pudo imaginar que pocos minutos después Olivia se presentaría allí, como si aquello fuese lo más normal del mundo. Se enderezó con rapidez apoyándose sobre un codo, tan sorprendido como abrumado. ¿Qué debía hacer? ¿Inclinarse en una reverencia o levantarse y marchase todo lo discretamente que fuera capaz?

Olivia era una criatura tan imprevisible, y a la vez tan hiriente y despótica que, dependiendo de cómo hubiera amanecido, podía arrancarte la cabeza de un solo bocado. ¿Debería quedarse y comprobar cómo había

amanecido la señorita Moongrove?

Sin embargo Olivia se tumbó a su lado cuan larga era y fijó sus grandes ojos en lo alto de la bóveda celestial.

Jack volvió a tumbarse, tan despacio y receloso como se tumbaría si a su lado se hubiera acostado un puerco espín armado con púas venenosas.

Y de pronto, apenas en un susurro y sin apartar su mirada del cielo, Olivia empezó a tararear una canción muy dulce que él reconoció al instante: la misma canción que su madre le cantaba de pequeño para dormirlo y que quizás también la madre de Olivia, o su hermana mayor, empleó para el mismo fin.

Jack la miró asombrado y a la vez compadecido. Olivia parecía triste. ¿Echaría en falta a sus padres? Al fin y al cabo, y según tenía entendido, estos habían fallecido siendo Olivia apenas una criatura.

Y así transcurrió la media hora que conformaría el principio del resto de su vida: tumbado al lado, no de un puerco espín venenoso, sino de la mujer de sus sueños.

Sin hablar, sin mirarse, tan solo unidos por la sombra del limonero, por sus acompasadas respiraciones y por los dulces acordes de aquella hermosa canción de cuna.

Al cabo de un tiempo Olivia dejó de cantar, se levantó sin mediar palabra y ni tan siquiera mirarlo, se sacudió las faldas y se dispuso a marcharse. Antes de alejarse se giró hacia él y le dijo con absoluta naturalidad:

—¿Vendrás mañana?

Jack asintió. No hubiera sido capaz de decir otra cosa.

Aquella hermosa canción pasó a convertirse en su melodía secreta y, a la vez, en un eficaz reclamo capaz de unir a dos almas dispares como las de ellos dos.

Desde entonces sus extrañas citas bajo el limonero se convirtieron en diarias. Y la vida de Jack por fin pareció cobrar sentido.

Y a la vez a hundirse para siempre en el más profundo y fangoso de los abismos.

12

Jack descargó un brutal hachazo sobre el leño partiéndolo de inmediato en dos. Se llevó el antebrazo a la frente para limpiar los gruesos regueros de sudor que corrían por su rostro antes de levantar la vista con disimulo y divisar en un altozano del jardín la silueta erguida de Olivia, que permanecía sentada sin hacer nada, con la espalda enhiesta y el cuello estirado en su dirección.

No pudo evitar esbozar una complacida sonrisa ante la visión de la joven.

Cada vez que él se encontraba realizando algún trabajo en los alrededores de la mansión, Olivia se las ingeniaba para permanecer prudentemente cerca. Siempre había sido así. Aunque en realidad ella no estuviera haciendo nada, como sucedía en esa ocasión, y su presencia en el lugar no contara con ninguna justificación.

Olivia le miraba fijamente, como hacía siempre que él se encontraba entretenido trabajando. Tragó saliva mientras se mordía el labio inferior. ¿Cómo serían las caricias de Jack? ¿Cómo sería sentir esas manos fuertes, rudas, conquistando con avidez cada recoveco de su piel?

Como si la mente de la joven hubiera emitido algún tipo de señal delatora, Jack se volvió por completo para mirarla, relajando el brazo a un costado y sosteniendo el hacha apenas con la punta de los dedos. En realidad, aquel enorme instrumento parecía una pluma en sus potentes brazos.

En ese mismo instante Olivia apartó los ojos lo suficientemente rauda —y ruborizada— como para que él se diera cuenta de que se esforzaba por parecer indiferente, aunque estaba claro que no había dejado de mirarlo ni un solo instante desde que iniciara su tarea.

Jack sonrió mientras sacudía la cabeza con resignación.

“Chiquilla orgullosa… vendería mi alma a Lucifer por obligarte ahora mismo a volver el rostro y mirarme”.

Por supuesto, no le miró. Parecía empeñada en su porfía de mostrarse indiferente y ridículamente digna.

Mientras esbozaba una sonrisa ante el ya familiar carácter de la joven, Jack descargó por última vez el hacha contra el cepo para

clavar el filo sobre la horadada superficie. Se sacudió las astillas de la ropa y se dispuso a acercarse al lugar donde la señorita Moongrove permanecía sentada. No había ningún sirviente cerca y tampoco ningún miembro de la familia, así que tal vez podían intercambiar algunas palabras durante unos minutos. Aunque se tratara tan solo de un par de ellas, a Jack acabarían sabiéndole a Gloria. Cualquier migaja que Olivia se dignara a ofrecerle sería para él un regalo del cielo.

Pero algo le obligó a detenerse de inmediato. Otro gallo acababa de hacer su aparición en el corral. O mejor dicho, una pintoresca cacatúa cuyos saltitos incitaban a derribarla de una patada.

—¡Buenas tardes, señorita Olivia! —Richard Grandison, elegante como un pincel y sonriente como si acabara de ser laureado en la mismísima Casa Blanca, le ofreció una estilosa reverencia a la joven, alargando a su vez hacia ella un colorido ramo de invernáculo.

—¡Señor Grandison! ¿Ya ha regresado usted de su viaje? ¿Le esperábamos? —El gesto de sorpresa que se dibujó en el semblante de Olivia se encontraba perfectamente a la altura de su disgusto. Con cierto atropello tomó el ramo obsequiado y se lo llevó a la nariz, inhalando el aroma del elegante ramillete mientras trataba de ocultar su enfado tras la profusión de pétalos y pitiminí.

Grandison se tiró de los puños y de los extremos del chaleco con suficiencia antes de responder. Un chaleco elegantísimo en concordancia con el exquisito punto de una chaqueta que Olivia había prometido a Ada no destrozar a dentelladas.

—Esta misma mañana, señorita Moongrove. Y después de asearme y descansar un poco no he podido resistirme a hacerles una visita.

“¡Qué condenadamente atento, por Dios!”.

—Aunque me temo que llego quizás demasiado pronto. —Su sonrisa lisonjera adornaba un rostro perfectamente redondo y escoltado de rizos—. El señor Bonneville me ha invitado a unirme a ustedes durante la cena y soy consciente de que todavía faltan unas horas.

“¿Y me tocará a mí entretenerlo hasta entonces?”.

—¡Oh! —Olivia se esforzaba por mostrarse encantadora, pero fingir jamás se le había dado demasiado bien. Y podía decirse que tampoco la persona de Richard Grandison le motivaba especialmente a fingir complacencia cuando sentía hacia él una aversión notoria—. Lamento informarle entonces, señor Grandison, que ni el señor Bonneville ni mi hermana se encuentran en la propiedad en estos momentos. Me temo que han salido a visitar a unos vecinos y desconozco a qué hora decidan regresar.

—Pero no importa… —Se inclinó hacia ella, manteniendo los brazos recogidos tras los faldares de su chaqueta para expresarse en

un pretendido tono de confidencia—. Porque para mí será un placer hacerle compañía hasta entonces, si usted me lo permite.

Olivia se obligó a tragar saliva antes de dirigir una mirada al cobertizo donde Jack cortaba leña hasta hacía un minuto. Pero Jack se encontraba ahora de pie mirándolos como un pasmarote.

—¿Y debería permitírselo?

—Repliegue su coraza, señorita —Grandison parecía leer sus pensamientos— pues no creo que le haga falta esta vez. No deseo combatir y sin embargo usted continúa mirándome con aprensión. —Olivia apretó los labios. Grandison se forzó a sonar condescendiente a continuación—. Decidí presentarme antes de la hora acordada para limar asperezas, he ahí todo el misterio. Me disculpo por mi comportamiento de la pasada noche.

Olivia volvió a mirar a Jack con recelo. El hombre los miraba ceñudo, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho y la boca torcida en un gesto de desaprobación. Olivia suspiró. Su atención se dividía, por distintos motivos, entre aquellos dos hombres.

—Disculpas aceptadas —murmuró entre dientes. Quizás de ese modo optaría por irse, el muy cretino.

—¿No cree que sea posible que actuáramos como si nos acabaran de presentar? —insistió el caballero—. Una tregua. ¿Tan difícil le resulta?

Olivia tragó saliva, obligándose a encararlo.

—¿Qué quiere de mí, señor Grandison? ¿Por qué tanto interés en llevarse bien conmigo? ¿Qué más le da?

Grandison arañó el suelo con la puntera de su botín mientras inclinaba la mirada y sonreía con afectación.

—Después de nuestro último encuentro no albergo la menor duda de que es usted una joven de lo más interesante.

Olivia arqueó la cejas.

—No quisiera perder la consideración del señor Bonneville por el pobre hecho de no haber empezado con buen pie con usted. —Grandison estiró los labios en una amplia sonrisa—. Tire sus armas de una buena vez y concédame un sitio en la parcela de corazón destinada a sus amistades. —Miró alrededor y señaló con estudiado desinterés un pequeño bosquecillo de arces mientras se recolocaba un rizo que había osado abandonar su posición inicial—. ¿Qué le parecería dar un paseo por ese sendero bajo los árboles? Podríamos hablar y convencernos de que no resultaría tan malo llevarnos bien. Tal vez usted podría ilustrarme acerca de las plantas que a buen seguro crecen por los lindes del camino.

—No crea que va a convencerme tan fácilmente —rezongó ella—. Soy inmune a la palabrería.

—Permítame intentarlo, al menos. ¿Qué sería lo peor que le podría

pasar? ¿Haber perdido media hora de su tiempo?

“Se lo has prometido a Ada, se lo has prometido a Ada…”, repitió mentalmente.

—Está bien, daremos un paseo corto —concedió a regañadientes—. Haga el favor de esforzarse para no aburrirme.

Le había prometido a su hermana ser cortés, lo que no implicaba atender a la conversación de aquel petimetre, y mucho menos darle pábulo. Sería como un muñeco inanimado al lado de aquel cretino, un bonito adorno que asiente de vez en cuando y sonríe de cuando en vez. E ignora todo el tiempo.

—Ya empiezo a apreciar esa empatía a la que hacía referencia su cuñado. —Grandison tomó el brazo de la joven y lo enlazó con destreza por el hueco que formaba el suyo, depositando su propia mano después sobre la mano de la dama; sin duda una forma muy poco sutil de retenerla a su lado.

Olivia torció el gesto. Debería liberarse de aquel enojoso agarre que le quemaba como si hubiera introducido el brazo en un horno encendido; podría darle un pisotón e invalidarlo para cualquier caminata, podría decirle lo que en realidad pensaba de él y librarse de su presencia para siempre, clavarle las uñas en el brazo, sacarle los ojos… pero le había prometido a su hermana mostrarse agradable.

¡Maldita sea, se lo había prometido! Y debía mostrarse agradable. Si Ada o el señor Bonneville se disgustaban con ella podían enviarla de vuelta a St. Louis con la abuela.

Empezaron a caminar cuando un pequeño alboroto a sus espaldas captó la atención de ambos. Se giraron a un tiempo y sus miradas se encontraron con la silueta oscura de Jack Payton descargando el hacha contra los cepos y los troncos apilados en un rincón. Las astillas saltaban por todas partes y los troncos rodaban sin orden ni concierto, desmoronándose con gran estruendo de la perfecta pila en la que habían sido amontonados para rodar ladera abajo.

—¿Qué le pasa a ese energúmeno? —murmuró Grandison, recomponiéndose el *cravat* con nerviosismo, sin poder evitar palidecer ante el despliegue de salvajismo de aquel bruto.

Olivia no pudo evitar dar un respingo. Abrió mucho los ojos, tragó saliva y sus mejillas se mancharon de escarlata. Le llevó tan solo un segundo percatarse de que su corazón había dejado de latir; ya ni siquiera sabía con seguridad si continuaba dentro del pecho, porque en el sitio donde antaño latía y palpitaba, sentía ahora tan solo un dolor enorme. Un vacío enorme. Se moría por acercarse a Jack y abrazarlo… sus pies empujaban inconscientes en esa dirección. Pero su sentido común, o tal vez su orgullo y su vanidad, le empujaban a renegar de él y sentirse avergonzada. Parpadeó con nerviosismo tratando de reaccionar.

—Ah, es… se trata tan solo de un mozo de cuadra —respondió con tristeza.

—¡Qué comportamiento tan insólito! Desde luego hay hombres a los que el Señor no debiera haberles concedido la facultad de caminar sobre dos patas.

Jack seguía golpeando los maderos con el hacha y soltando gruñidos guturales ante el brutal esfuerzo que su empeño le suponía. Al fin y al cabo, pensaría el infeliz, aquello era lo único que se le daba bien y lo único para lo que había nacido: para trabajar como un maldito animal de carga.

—Continuemos nuestro paseo, señorita Moongrove, hay comportamientos que una dama no debería presenciar —dijo tirando de ella y evitándole la visión de aquel zafio. Pero los pies de Olivia parecían negarse a andar y el caballero tuvo que insistir con más rudeza de la necesaria. Un par de veces volvió la joven la vista atrás para comprobar entristecida cómo Jack continuaba descargando su rabia contra aquellos pobres maderos. Una rabia que sin duda iba dirigida tan solo a ellos dos.

Suspiró. Y por un instante odió a Richard Grandison y se odió a sí misma. A él por cruzarse en su camino, a sí misma… por no tener el valor suficiente para desoír a Ada y librarse de él.

Decididamente no iba a prestarle la menor atención a aquel idiota durante lo que durara el paseo.

13

Cuando los señores Bonneville regresaron a la mansión tras varias horas de ausencia, Richard Grandison se apresuró a presentar sus respetos a sus anfitriones, con el claro, aunque encubierto propósito, de monopolizar la atención del señor Bonneville desde aquel preciso instante y durante todo el tiempo que se prolongase la velada.

De ese modo Olivia pudo respirar tranquila al menos durante las horas previas a la cena, pues la solicitud y la vergonzosa adulación que el perito practicaba constantemente con su cuñado y su esposa consiguieron liberarla de su tediosa compañía.

¿Cuánto tiempo más se vería obligada a soportar la presencia de aquel personajillo, amén de su arrogancia y sus modales flemáticos, antes de estallar en su cara como una granada madura? Lo ignoraba.

¿Cuánto tiempo más podía esperar su hermana que se mordiera la lengua antes de lanzarse a su cuello y destrozar a dentelladas su estiloso *cravat*? No tenía la menor idea.

Tan solo era consciente de que tal asunto exigía una paciencia de la que en absoluto disponía y que Ada se portaba como una ingenua si esperaba de ella tal contención. Sobre todo después de lo presenciado aquella tarde, cuando Jack montó en cólera al verlos juntos.

Con semejantes pensamientos atribulando su cabeza y ante la permisividad que le concedía el disponer de un par de horas antes de arreglarse para la cena, se refugió en su invernáculo, buscando asilo para sus cavilaciones y para sus imperiosos deseos de intimidad.

Se anudó el delantal a la espalda con la pericia que concede la cotidianeidad para concentrarse a continuación en trasplantar varios bulbos de lirio de agua que la aguardaban en un pequeño balde de latón. Evitó ponerse los guantes pues aunque acababa siempre perdida de tierra y con las uñas mugrientas, encontraba un primitivo placer en el hecho de manipular los pequeños terrones con las manos desnudas. Además, sus adoradas plantitas se merecían ser acariciadas con las manos descubiertas.

Un liviano crujido de hojas secas a su espalda la interrumpió, obligándola a volverse. El corazón brincó en su pecho y una extraña algarabía de mariposas aleteó al unísono en su vientre. Algarabía que

trató de esconder bajo su mejor máscara de indiferencia.

—He venido a pedirte perdón… —murmuró Jack, anticipándose a la brusca respuesta que intuía le sería ofrecida.

—¿Pedirme perdón? —Olivia se alisó el delantal con fingida indiferencia mientras jadeaba su incredulidad. En realidad estaba temblando como una vara verde, como las livianas hojas del lirio que aún sostenía en la diestra—. ¿Y eso por qué? ¿Por haber sido desagradable conmigo el otro día o por comportarte hoy como un loco con un hacha?

Jack avanzó varios pasos, vacilante. Le culpaba de haber sido desagradable con ella cuando la única en mostrarse de ese modo había sido la propia Olivia. Se detuvo cuando se encontraban ambos a escasa distancia. De hecho puede que tan solo la planta que Olivia sostenía en las manos fuera el único obstáculo real entre los dos.

La mano de Jack temblaba cuando la adelantó para recolocar detrás de la oreja de la muchacha un mechón rebelde que caía sobre su nariz. Olivia recibió ese gesto con un sacudimiento apenas perceptible que, sin embargo, hubo de estremecerla por dentro.

—¿Por qué has venido a pedirme perdón? —preguntó de nuevo con la boca seca y la garganta cerrada.

“Porque siento que te estás alejando, que te desvaneces entre mis dedos… y que no podré retenerte por más tiempo”.

—Por todo, Olivia, no quiero que nos enfademos nunca más. Sufro. Te aseguro que sufro.

Olivia clavó en él los filos del color del cielo de sus ojos.

—Si no te comportaras a menudo como un bobo, no tendríamos por qué enfadarnos.

Jack estaba parado delante de ella, manteniendo la cabeza inclinada y la mirada baja.

—No me importa pedirte perdón mil veces si con ello consigo que continúes en mi vida. ¿Quieres que suplique? ¡Suplicaré! ¿Quieres que me incline ante ti? ¡Lo haré!

Olivia no pudo evitar enternecerse ante semejantes palabras. Poseía un corazón de hielo, cierto, pero Jack era el que se encontraba más cerca de caldear ese corazón. Era el único, de hecho, que sabía la ubicación exacta de la brecha que lo atravesaba, el único capaz de adentrarse en él a través de esa brecha.

—Hace años que somos amigos, Olivia, no quiero perder eso. Lo necesito —dijo de pronto. Aquella tarde, cuando la vio alejarse en compañía de aquel cretino, cuando la vio enlazar su brazo alrededor del brazo de aquel presuntuoso… cielo santo, toda su cordura cayó bajo el salvajismo brutal de los celos. Y se convirtió en un animal. En el animal que realmente era. Por eso manipuló el hacha como un demente, volcando sobre los lechos toda la mala energía que

rezumaba.

Olivia por respuesta suspiró, inclinando la cabeza y volviéndola a un lado.

“Amigos… sí, lamentablemente hace tiempo que tan solo somos amigos”.

—También he venido a traerte esto, aunque me temo que no es la única ni la mejor ofrenda que has recibido esta tarde… —Alargó hacia ella un modesto ramillete formado por desiguales espigas de lavanda. Un ramillete que despedía un intenso olor a lavanda recién cortada.

Olivia dejó a un lado el bulbo de lirio de agua para tomar el ramillete con avidez. Alzó hacia él unas pupilas brillantes. Los ojos de Jack se clavaron en los suyos.

—Me encanta, Jack, sabes que la lavanda es mi planta favorita.

—Lo sé.

“Lo sé todo de ti”.

Olivia forzó una sonrisa con el rostro hundido en el fragante ramillete.

—Lamento que mi regalo sea más sencillo que el que de ese… señor Grandison. Jamás podré regalarte un ramo tan bonito como el de él… —Alzó la mano para acunar la suave mejilla de la joven.

Olivia bajó la guardia un instante, cerró los ojos y disfrutó del contacto rasposo de aquella mano grande y caliente contra su rostro.

—Pero me temo que eso ya lo sabes.

Olivia suspiró, abriendo los ojos para fijarlos directamente en él.

—Me disgustaría que lo hicieras. Dejarías de ser tú.

Jack encajó la mandíbula y exhaló largamente por la nariz.

—A menudo me gustaría no ser yo.

Olivia frunció el ceño.

—¿Por qué?

Durante varios segundos se instaló un profundo silencio entre los dos. Tan solo las miradas inamovibles, anhelantes y vidriosas de ambos los mantenían firmemente unidos.

—Para poder ser digno de ti. —Los músculos de la mejilla de Jack palpitaron ante la terrible presión ejercida por la mandíbula fuertemente encajada.

Sin desviar la mirada de ella y sin ni siquiera parpadear se inclinó para acercar los labios muy despacio a los labios de Olivia, acariciándolos con la misma ternura con la que el sol acariciaría la luna durante su breve encuentro en la triste hora del atardecer. Existía tal adoración en aquel gesto, tanto respeto y tanta devoción, que se limitó a acariciarlos apenas con los suyos, un roce fugaz y timorato, sabiéndose incapaz de ir más allá. Se sentía como un beato en presencia de la imagen de su venerado Dios, y de hecho poder siquiera rozar los labios de Olivia era para él lo más parecido a poder alcanzar

una reliquia sagrada después de muchos años de peregrinación. No se atrevió a tocarla. Las manos permanecían suspendidas a ambos lados del rostro de la joven, incapaces de descender sobre él pero también indispuestas a alejarse.

Alzándose de puntillas Olivia reaccionó del mismo modo que reaccionaría el mar embravecido del norte al estrellarse contra una enhiesta roca que, a su contacto, ya no parece serlo tanto. Enlazó los brazos alrededor del cuello de Jack y, apretándose contra él, bebió de aquellos labios con una urgencia devastadora. La sorpresa de él fue grande, pero también lo fue su prudencia y mucho más su contención, que hasta entonces desconocía que poseyera en tan elevado grado.

No quiso —no pudo, no debía— responder a la urgencia de ella.

Continuaron sus manos suspendidas en el aire, a escasa distancia del rostro de ella, incapaces de aposentarse o descender, incapaces de reaccionar de otro modo más que aquel que implicaba una falta de animación absoluta. Y aunque su cuerpo clamaba por poseerla, por tomar lo que se le ofrecía y parecía dispuesto a ser entregado, debía obligarse a respetarla. No era una mujer cualquiera. Era Olivia. *Su* Olivia.

—¡Oh, Jack…! —consiguió susurrar entre jadeos. Las lágrimas danzaban en el arco dorado de sus pestañas. Las rodillas le temblaban y todo a su alrededor, aún con los ojos cerrados, parecía dar vueltas. Bajo la apretada muselina que cubría su pecho, el corazón zumbaba en un único y loco movimiento.

—Vas a volverme loco… —gimió Jack contra sus labios, tratando de aportar cordura a aquel momento. Se apartó un poco, cerró los ojos y apoyó la frente en la frente de Olivia. Descendió entonces las manos para asentarlas en el fino talle. Por vez primera en su vida fue consciente del temblor que le embargó al tocarla. Entre sus brazos se veía tan menuda, tan frágil y delicada, que un inevitable instinto de protección luchó en su interior contra el más voraz y salvaje deseo de poseerla allí mismo—. ¿Por qué juegas conmigo, Olivia?

Ella mezcló su sonrisa con un liviano jadeo. Tenía también los ojos cerrados mientras la frente de él apoyaba en la suya.

—No juego, no juego Jack…

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

En el tono de él se vislumbraba un terrible sufrimiento. Una impensable necesidad. El fruto de la cruel tortura a la que llevaba años sometido y que ahora rugía clamando ser liberado.

—No tiene por qué serlo. Puede ser tan fácil como nosotros queramos…

Jack negó y gruñó, apretando los párpados. Su rostro se había transformado en una lastimosa máscara de dolor y sufrimiento.

—Eso no es posible, jamás podré hacerte feliz…

Como si le doliera hacerlo, apartó las manos del fino talle para llevarlas a ocultarse prudentemente tras la propia espalda. Había sido demasiado, no podía permitirse el lujo de mantener las manos sobre su cuerpo durante más tiempo.

—Tú no sabes nada, Jack, nunca lo has sabido…

Sabía demasiado. Sabía que estaba a punto de volverse loco, sabía que estaba a punto de perder la razón. Haciendo uso de una fuerza de voluntad encomiable dio un paso atrás para poner distancia entre los dos.

—¿No te das cuenta de que no puedo? ¡No puedo…! —exclamó. Sollozaba.

Olivia avanzó hacia él, tomándole con urgencia el rostro entre las manos, le obligó a mirarla. Los ojos de ella brillaron por primera vez sin el duro fulgor del hielo. Pero cuando se disponía a decir algo, la voz de su hermana reclamándola desde algún lugar en el jardín la obligó a silenciarse y a ponerse en guardia.

—¡¡Olivia!! ¿Estás aquí? ¿Dónde te has metido? ¡Wendoline y su padre acaban de llegar para la cena! ¿No crees que deberías arreglarte un poco?

Raudo, Jack se separó de ella. Sin desligar de su delicada figura sus mansas pupilas grises, retrocedió hasta perderse y desaparecer entre los utensilios de jardinería que abarrotaban el invernáculo.

Olivia le vio alejarse con el corazón en un puño y un ejército de mariposas revoloteando en su estómago. Se llevó los dedos a los labios y cerró los ojos. Acababa de pasar.

Jack se había decidido a romper las barreras que les separaban y la había besado. Escondió la sonrisa más amplia del mundo detrás de su mano. Todo tenía que ser diferente a partir de ahora. ¡Por fuerza! Las cosas tenían que cambiar. Jack no podría seguir mostrándose indiferente. Su ridícula coraza de piedra había caído como un velo, todas sus inútiles defensas se habían venido abajo ante la realidad de aquel beso.

—¡Olivia, por el amor de Dios! ¡Si estás en el invernáculo, sal, es hora de que te arregles para la cena!

Su sonrisa se difuminó hasta reducirse a un suspiro, un puntapié en el suelo y un frustrado chasquido de lengua.

—¡Ya voy, Ada, ya voy!

14

Jack cerró de una patada tras de sí la puerta de los establos y ascendió con paso enérgico la tosca escalera que conducía al altillo.

Con el aliento breve y la mirada nublada caminó tambaleante hasta el catre, apoyándose en el proceso contra las paredes de tabla que parecían reblandecerse por momentos para terminar por ceder y doblegarse sobre su persona, como si hubieran sido construidas en lingotes de mantequilla. Cuando alcanzó el jergón se dejó caer de espaldas sobre él con todo el peso de su cuerpo. La habitación con su techo posteado giraba como un molino al viento. Él mismo giraba como un maldito molino de cara al viento. Cerró los ojos y suspiró.

Acababa de besar a Olivia. Y ella no solo no le había rechazado, sino que le había correspondido con una voracidad impensable. ¿Por qué? ¿Se trataba de otro juego o en realidad aquella muchachita malcriada podía sentir algo por él?

Meneó la cabeza desestimando de inmediato la idea.

Olivia Moongrove jamás fijaría sus bellos ojos en un sucio mozo de cuadra. Olivia Moongrove jamás lo tomaría como otra cosa distinta a un pasatiempo con el que ocupar sus horas ociosas.

Cuando la señorita se aburría recurría a él y simulaba incluso prestarle atención; pero a la hora de la verdad, llegado el momento de volver las cartas sobre la mesa, renegaba de su persona para arrojarlo directamente al olvido, al fango, a la pila de estiércol.

Se llevó las manos a la frente y apretó con fuerza hasta que una punzada de dolor le traspasó. Gruñó en voz alta su frustración, como la fiera herida que se oculta en lo más profundo de su covacha para tratar de lidiar con las dolorosas saetas que atraviesan su cuerpo malherido. Las reducidas dimensiones del altillo le devolvieron el eco grotesco de sus alaridos.

Los recuerdos del pasado invadieron entonces su mente, desbordándose por todas partes como el agitado oleaje sobre el espigón del puerto durante una horrorosa galerna. Las imágenes se sucedían ante sus ojos, tan nítidas, tan reales y tan imborrables como si hubieran sido pegadas a mala fe en el interior de sus párpados. Imposible obviarlas. Imposible apartarlas de sí.

Recordó cierta tarde de hacía tres años, cuando permanecía tumbado bajo el limonero, como tantas otras tardes, esperando a Olivia. La muchacha se retrasaba y Jack supuso que se habría entretenido con tonterías, quizás escogiendo caras y elegantes telas para un nuevo vestido o tal vez diseñando otro sombrero de alambre con el que sorprender al vecindario.

Era una tarde de verano, los grillos tomaban las pulsaciones a la tarde con sus monótonos chirridos y el sol pegaba fuerte, tan fuerte que a esas horas se agradecía el fresco que corría bajo la sombra del viejo limonero. Seguramente a causa de todo ello y del cansancio acumulado tras una dura jornada de trabajo, en algún momento debió de quedarse dormido.

Desconocía el tiempo que pudo dormir, no debió de ser mucho, sin embargo. Solo recordaba que una molesta picazón en la nariz le obligó a despabilarse mientras trazaba aspavientos en el aire para tratar de apartar de sí al molesto tábano. Cuando abrió los ojos ya completamente despabilado vio a Olivia, que no dejaba de reír, sosteniendo delante de su cara una enorme mazorca de maíz, con cuyas barbas doradas se entretenía restregándoselas por la nariz.

Jack se incorporó hasta permanecer sentado y la observó durante largo rato, tan confuso como molesto. Tan serio que en modo alguno podía inducir a la risa.

—¿Sabes que roncas cuando duermes? —pinchó ella, agitando la mazorca ante sus ojos una y otra vez—. Igual que un cerdito. ¡Oink oink! ¿Quieres maíz, cerdito?

Jack la miró, ceñudo e indignado, incapaz de entender la gracia. De un manotazo arrancó la mazorca de la mano de Olivia hasta hacerla volar lejos de allí.

Olivia se puso seria de golpe, enderezándose y cruzando los brazos sobre el pecho, sin duda sorprendida ante aquel inesperado acceso de violencia.

—Sabes que no deberías estar durmiendo, ¿verdad Jack Payton? ¡Deberías estar trabajando! —Entrecerró los ojos y frunció los labios en una mueca despectiva—. ¡Para eso se te paga, holgazán!

Jack achicó los ojos hasta reducirlos a dos finas ranuras transversales.

—Tienes razón: para eso se me paga —apoyando ambas manos en el suelo, se dispuso a levantarse—, no para aguantar las bobadas de una niña malcriada.

Olivia abrió los ojos y la boca a partes iguales. No daba crédito a la osadía de aquel sirviente. ¿Cómo…? ¿Cómo demonios se atrevía? ¡Deberían azotarlo por impertinente! ¡Deberían…! Furiosa, le propinó una patada en la pantorrilla sin permitirle terminar de incorporarse.

—Alguien debería darte una buena lección —gruñó Jack entre dientes, obviando el dolor y levantándose del todo.

Olivia entrecerró los ojos, apretó la mandíbula en un mohín rabioso y se dispuso a propinarle una nueva patada que, de haberse sucedido, le hubiera ocasionado un importante dolor. Sin embargo, Jack fue más rápido. La agarró por el talle y con un ágil giro que en realidad imitaba un vigoroso paso de baile, la tumbó en el suelo, consiguiendo situarse de inmediato sobre ella para inmovilizarla por completo.

La sorpresa en el rostro de Olivia fue más que evidente. No se había hecho ningún daño pues, aunque de pronto se vio en volandas girando sobre sí misma, Jack la depositó con cuidado sobre el suelo trebolado. Era el hecho de ser consciente del peso de él sobre su propio cuerpo, del calor que emanaba, del olor varonil que los envolvía a ambos y de la calidez de su aliento en torno a su cuello y a su escote lo que la mantenía en ese nivel de asombro e incredulidad.

—¿Insinúas que ese alguien vas a ser tú, Jack? —retó muy seria.

Jack no dijo nada, bastante tenía con tratar de acompasar la agitada respiración. Con gusto le daría la tan merecida lección y al tiempo le diría cuatro cositas bien dichas a aquella criatura que conseguía sacarle de quicio mientras aplastaba con saña su corazón. No obstante sabía que nada de eso podría llegar a suceder. A decir verdad consideraba que estaba condenado a padecer de por vida ese brutal aplastamiento capaz de segarle la vida y devolvérsela al mismo tiempo, sin poseer la más mínima capacidad de defenderse.

Despacio, como quien se arranca la venda de una herida con el temor a desangrarse o despegar la costra, la liberó del peso de su cuerpo y se levantó para alejarse de allí.

15

Aquella misma noche Wendoline tuvo la oportunidad de conocer en persona al tan nombrado señor Grandison y tal como le había prevenido su amiga, el caballero no dio opción a la joven Gibbs de meter baza en ningún momento de la velada. En realidad Olivia estaba segura de que el grotesco caballero de rubios caracolillos y rostro de porcelana terminaría la noche sin conocer siquiera el tono de voz de su amiga.

De hecho y lo que para cualquier mortal con dos dedos de frente podría resultar sumamente descortés hasta el punto de ser intolerable —como no permitir ni siquiera al propio anfitrión pronunciar una frase completa—, para Richard Grandison parecía no tener la mayor relevancia, pues su tono aflautado era el único que resonaba en toda la estancia, a pesar de contar con seis acompañantes más.

Olivia y Wendoline intercambiaban intencionadas miradas cada vez que el joven abría y cerraba la boca expulsando por ella una incesante retahíla de halagos a su encumbrada vanidad, y ocultaban sus risas tras los pliegues de las servilletas cada vez que el muchacho parecía apercibirse de su juego y les dirigía miradas reprobatorias. Olivia incluso se había permitido ir más allá, moviendo los labios sin llegar a pronunciar palabra y agitando los rizos, para imitar la perorata de aquel cansino personaje. La respuesta de Wendoline, bastante más comedida y prudente que su compañera, pasaba por ruborizarse, replegar los labios e inclinar la cabeza a un lado.

En un momento de la velada Pierce Bonneville consiguió liberarse de la sombra de Grandison para dedicarse a su esposa y disfrutar de una de sus exquisitas interpretaciones frente al pianoforte, separación repentina que obligó al caballero a buscarse la vida y procurarse nuevas compañías que le proporcionaran un fin de velada aceptable.

Sin disponer de otro acompañamiento más que el de la señorita Moongrove y su joven amiga, no le quedó más remedio que acercarse a las señoritas con tal aire de afectación que las jóvenes tuvieron que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para contener la carcajada.

—Está usted absolutamente radiante esta noche, señorita Moongrove —inclinándose ante Wendoline—, señorita Gibbs.

—Usted siempre tan adulador, señor Grandison. ¿No se cansa de ser siempre tan… *amable*? —Olivia le sonrió con sarcasmo.

Grandison le dirigió una mirada aviesa en tanto dilataba las aletillas de la nariz en una airada inhalación. Olivia Moongrove le atacaba de nuevo, y esta vez delante de testigos. Estaba claro que el paseo de esa tarde y su propuesta de una tregua habían caído en saco roto.

—La amabilidad y la cortesía son cualidades innatas en un caballero que se precie de serlo, *señorita* —masculló, recalcando con malicia el tratamiento a la dama.

—Pero no es preciso que se muestre constantemente como un caballero de brillante armadura en nuestra presencia, señor, descanse y acepte beber algo para humedecer el gaznate —con un gesto de la mano señaló la mesa auxiliar más cercana, bien provista de licores—. Vaya, busque un refrigerio. No malgaste con nosotras su verborrea, no somos en absoluto dignas de ella, le aconsejé en una ocasión guardársela para aquellos que se muestren realmente interesados, como el señor Bonneville y el resto de terratenientes. —Le dirigió una ensayada mirada olímpica—. Por cierto, ¿ha conseguido al fin llegar a algún acuerdo con ellos?

—¿Tal asunto le satisfaría?

—¡Por supuesto! —Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la joven. Grandison no pudo evitar sorprenderse ante tanto entusiasmo, cuyo origen desconocía—. El fin de la negociación implicaría que usted se viera libre de regresar a su hogar, dondequiera que este se ubique, y pueda finalmente abandonar el condado… para siempre.

Grandison encajó la mandíbula con evidente disgusto, al hacerlo la rabia que derramaba por cada poro de su lechosa piel hizo temblar su barbilla. Elevó esta para observar a su feroz interlocutora con desdén y expresarse a continuación a través de los dientes firmemente apretados.

—La señorita Olivia Moongrove, un claro ejemplo de espíritu de contradicción, tan amable en un momento —dijo, evocando su paseo de la tarde— y tan punzante al siguiente. ¿Existe algo más cambiante que usted? —Achicó los ojos, fingiéndose pensativo—. Mmm, déjeme ver. ¡Sí, la luna! Aunque sin duda ella resulta más inofensiva y generosa; al menos a ella se la puede contemplar sin correr el riesgo de salir descabezado.

—Al menos ella no sufre el continuo acecho de nadie que merezca ser descabezado —respondió, esbozando una sonrisa forzada. Acabaría doliéndole la cara como se viera obligada a continuar con aquella farsa por más tiempo.

Wendoline no sabía dónde meterse y, para ocultar su vergüenza y los delatores rubores que caldeaban su cara, trató de esconder el

rostro tras una copa de vino de naranja.

No hubo lugar a más conversación, así que durante un rato tan solo se escucharon en la sala los acordes del piano manipulado por la señora Bonneville. Wendoline y Olivia enviaban discretos sorbitos de sus copas de tanto en tanto, intercambiando entre ellas miradas que venían a expresar lo incómodo de la situación pues Grandison continuaba a su lado.

Finalmente, tras finalizar la anfitriona su interpretación y ofrecer dos discretas reverencias a sus forzosas acompañantes, el caballero tuvo a bien retirarse para ocupar un confortable asiento frente al fuego, a la espera de que el señor Bonneville resolviera agasajarlo de nuevo con su compañía.

—¡Eres terrible, Olivia! —amonestó Wendoline, sujetando a su amiga por el brazo y llevándosela consigo hacia un ángulo apartado de la sala—. ¡He sufrido con tu descaro! ¡De verdad que sí!

—¿Y eso por qué? ¿Piensas acaso que he sido descarada y descortés? —Olivia se encogió de hombros—. Simplemente me he limitado a decir lo que pienso. Sabes que no se me da bien fingir y bastante desolador resulta que mi propia hermana me obligue a bailarle el agua a ese estúpido como para que encima él llegue a creer que me cae bien —se inclinó hacia Wendoline para cuchichearle al oído—, en realidad no le soporto.

—¿En serio? ¡Ni se me ocurriría pensarlo! —se burló su amiga poniendo los ojos en blanco.

Y entre charada y charada, teniendo siempre como protagonista al señor Grandison, las jóvenes gastaron la velada sin sufrir durante más tiempo la inoportuna y molesta presencia del emperifollado perito, puesto que como bien dice el refrán: el gato escaldado del agua fría huye.

Lo que todos los integrantes de aquella sala desconocían era que, oculta tras los arbustos del jardín y entre las sombras de la noche, una silueta oscura observaba la escena que acababa de tener lugar en la iluminada estancia con el ceño fruncido y un rictus furibundo dibujado en los labios.

Silueta que, pese al fresco de la noche y al rocío que vestía de plata el jardín, permanecía incandescente ante los celos que le carcomían el alma y ante la certeza de que entre el engolado perito y la traviesa señorita existía algún tipo de relación que quizás en breve sería anunciada públicamente.

¿Acaso no habían conversado durante un tiempo más que prudente? Apretó la mandíbula hasta que sus muelas restallaron. Al menos a él se le había hecho eterna la conversación.

Algo se estaba fraguando entre Olivia y aquel cretino. Lo presentía. ¿Y acaso no era viable? Olivia era una muchacha hermosa en edad de

desposar. Poseía una dote apetecible capaz de tentar a cualquiera con dos dedos de frente… ¿y por qué no a aquel estúpido, que encima gozaba de la aprobación y la confianza del señor Bonneville?

Sabía que era algo que podía suceder, ¡y que acabaría sucediendo tarde o temprano! ¿Quién era él para evitarlo? ¿Serviría de algo ser el juguete favorito de Olivia a la hora de intentar reclamarla? ¡Estúpido! Solo quedaría bajar la mirada y dejarla marchar.

Descargó un puñetazo contra el tronco del árbol más cercano. Y mientras sus nudillos se teñían de escarlata tuvo la certeza de que no estaba dispuesto a perder a Olivia para siempre.

16

Aquella noche, Olivia se despertó sobresaltada y transida de frío. A su alrededor percibía con claridad los gélidos dedos de la noche acariciando cada parcela de su piel, adentrándose con descaro bajo la seguridad que ofrecían las sábanas y deslizándose con osadía entre su ropa interior. Se incorporó de medio cuerpo apoyándose sobre los codos, parpadeando de forma nerviosa con el fin de acostumbrar sus ojos a la penumbra de la alcoba. Las mantas reposaban enrolladas a la altura de la cintura. No era de extrañar que se encontrara helada. Echó un vistazo al rincón donde se emplazaba la chimenea para descubrir que no había en su interior ni una miserable chispa, ni un breve indicio de brasero que pudiera proporcionarle calor.

"¡Menuda contrariedad! Ahora tendré que levantarme, salir de la habitación y despertar a un criado para que suba a encender la chimenea".

Resopló resignada al asumir que una vez avivados sus sentidos y a causa de la despabilación forzosa a que obligan las bajas temperaturas nocturnas sería incapaz de retomar el sueño con prontitud, por lo que se decidió a abandonar el lecho envolviéndose en un grueso chal de lana.

"Mañana amaneceré resfriada… ¡malditas sean mi suerte y la incompetencia de los sirvientes, incapaces de encender un fuego lo suficientemente generoso como para que resista toda la noche ardiendo!".

Para corroborar sus quejas, un estornudo resonó en la alcoba.

"¡Maldita sea, ya me he resfriado! ¡Menudo atajo de incompetentes! ¡Debería hacer que los despidan a todos!".

Descalza, expulsando blanquecinas vaharadas por el labio entreabierto y sintiendo todo su cuerpo completamente helado, descorrió los visillos que la separaban de la inmensidad de la noche para entretenerse observando las creaciones vegetales que se recortaban debajo su ventana bajo el llanto argentado de la luna.

Un pasillo de cipreses decoraba la vasta alfombra verde que se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista, así como

senderos de grava que imitaban el curso plateado de un río, y fuentes de granito cuyo abundante chorro brillaba bajo el claro de luna.

En medio de la artística profusión de boj, macizos florales y ángeles de alabastro, una imagen igualmente inanimada, pero mucho más oscura y ubicada en un lugar que no le correspondía, captó de inmediato su atención.

"¿Qué diablos…? ¿Qué está haciendo ahí?".

Iluminado parcialmente por los rayos oblicuos de la luna, Jack Payton permanecía inamovible como un espectro de la noche bajo la ventana de la señorita Moongrove.

La primera reacción de Olivia fue la de retirarse al interior de la alcoba, apoyar la espalda contra la pared, apretar los párpados e intentar apaciguar la respiración entrecortada que amenazaba con ahogarla. Pero en el interior de sus párpados, como si hubiera sido cosido sin su consentimiento, aparecía el rostro de Jack acercándose a ella en el invernáculo para atraparla bajo la hambruna de su boca.

En recordatorio de ese momento se llevó los dedos a los labios y los acarició con delicadeza, del mismo modo que Jack los había acariciado con la mansedumbre y la calidez de los suyos. Sintió arder los labios y revolotear mariposas en el vientre, sintió el corazón bombear con un frenesí enfermizo y las rodillas doblegarse en una extraña debilidad. Se rodeó el talle con ambos brazos y suspiró. Jack suponía para ella mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir, mucho más de lo que sería cuerdo aceptar, mucho más de lo que podría sacarse a la luz.

Se volvió muy despacio para observar entre los visillos y, al hacerlo, no pudo evitar morder el labio inferior con desesperación.

El cabello de Jack aparecía húmedo a causa del rocío de la noche y caía lacio, como dos pesadas cortinas de terciopelo bruno, a ambos lados de su rostro. Un rostro anguloso, sombrío, impasible, en el que destacaban la claridad gélida de los rasgados ojos grises y la calma dolorosa que derramaba su mirada.

Jack alzaba la cabeza en dirección a la ventana de Olivia, manteniendo los brazos laxos a los costados y su habitual pose desgarbada. Vestía una camisa sucia que pudo presumir de haber sido blanca en algún tiempo y que aparecía ahora desabrochada con insolencia, permitiendo la visión de un torso atezado al descubierto.

Quizás el alma de Olivia había intuido la cercanía de la de Jack y había actuado por cuenta propia, obligando a aquel sayo egoísta y arrogante a abandonar el lecho y dirigirse a la ventana como una autómata.

—¿Qué le pasa a ese loco? ¿Qué diablos está haciendo ahí? ¿No se da cuenta de que podrían verlo? —susurró al elaborado cuello de encajes de su camisón, obligándose a esconderse de nuevo en el

interior de la estancia—. Así no se hacen las cosas, Jack, ¡maldita sea!, no se te ocurra ponerme en evidencia otra vez…

Cruzó los brazos con firmeza sobre el pecho y trató de avivar en el interior de su pecho la peligrosa llama del enfado en el interior, trató de hacer fluir dichas llamas por todo su cuerpo, obligando a la sangre de sus venas a transformarse en un fuego líquido desquiciante y abrasador. Pero el recuerdo de aquel beso, de aquellos labios tersos y suaves aplastados contra los suyos, la obligó a jadear y transformó de golpe aquel breve asomo de flama en una hoguera creciente demasiado fácil de avivar, no con el soplo del enojo, sino con la fuerza imparable de la pasión.

Respiró hondo y se volvió hacia la ventana para mirar al exterior.

Jack continuaba impasible en su pose hierática, como un auténtico Adonis de hielo. ¿Qué le pasaba esa noche? ¿Se habría arrepentido de su encuentro en el invernáculo? ¿Vendría a disculparse? ¿Renegaba del beso? No podía ser. ¡Maldita sea! ¡No se había acercado tanto para nada!

Reclamó su atención con un gesto de la mano, pero Jack continuaba sin moverse ni un ápice, como un auténtico pasmarote; de hecho parecía que ni parpadeaba ni respiraba.

"¿Qué demonios pasa contigo? ¿Es que no vas a reaccionar?".

De nuevo Olivia alzó su mano, esta vez para indicarle que esperara, que no se moviera. ¡Cómo si Jack mostrara la menor intención de moverse!

Rauda, ciñendo con fuerza el chal alrededor de los hombros, se calzó las zapatillas y abandonó la alcoba con el sigilo propio de una criatura de la noche. Consiguió cruzar los pasillos sin hacer el menor ruido a pesar del sonoro zumbar que embotaba sus oídos y pulseaba en sus sienes para finalmente salir al exterior de la mansión.

La brisa de la noche le golpeó la cara tan fuerte que parecía que tratara de abofetearla. Y ciertamente, la noche y la realidad la abofetearon con rudeza… porque en el jardín ya no había ni rastro de Jack Payton.

Se había esfumado como el espectro de la noche que era.

Un suspiro profundo y prolongado la desinfló por dentro, vaciando su alma, su vida y su cordura. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué no había esperado cuando ella le había dejado claras sus intenciones?

Volvió el rostro hacia los establos que se alzaban un poco más allá, al fondo del jardín, y apreció una breve iluminación a través del tragaluz que horadaba el tejado.

Decidida, aprovechando la claridad de una noche de luna creciente, salvó con paso firme la distancia que la separaba de aquel

cobertizo para traspasar su umbral con la determinación de un demente que, a pesar de los mil peligros y nefastas consecuencias que encierran sus actos, sabe perfectamente adónde va.

Jack ni siquiera se percató de su presencia, puesto que se encontraba de espaldas. Se había desprovisto de la camisa y parecía dispuesto a terminar el día con resignación. Olivia sintió cómo se le secaba la garganta ante la visión de aquel hombre y de su formidable espalda.

Algún sonido debió emitir ella, puesto que Jack se giró de pronto en su dirección para clavar en la joven su mirada.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonó cansada y sumisa.

Olivia caminó despacio para acercarse a él, se detuvo tan cerca que pudo percibir el calor que emanaba de su torso desnudo.

—¿Por qué te has marchado del jardín?

Jack encajó la mandíbula con fuerza, haciendo palpitar un músculo en su mejilla.

—Precisamente para evitar esta conversación.

Olivia frunció el ceño.

—¿Por qué querrías evitarla? ¿Acaso no quieres verme?

—No deberíamos vernos, Olivia. —De nuevo apretó los dientes hasta que las muelas restallaron—. Esto no nos lleva a ningún lugar. Tú y yo… nosotros… ¡Maldita sea, ni siquiera debería haber un *nosotros!*

—Pero lo hay, y no podemos cambiar eso.

Jack meneó la cabeza.

—Pues debemos cambiarlo. —Desvió la mirada, forzándose a no fijar en ella sus ojos ni su atención. Tal esfuerzo provocó que sus pupilas se vidriaran de inmediato.

—Me has besado. ¡Nos hemos besado! ¿Acaso lo has olvidado? ¡Porque a mí me ha gustado ese beso!

—Vete, Olivia.

—Quiero más de ti, Jack, y quiero que vuelva a suceder.

—Olivia, debes irte… ¡ahora!

Ella boqueó, estupefacta.

—¿Me estás echando?

—Olivia, vete, te lo suplico.

Presa del asombro y la indignación más absolutos, continuó boqueando.

—¿Pero de verdad te atreves a echarme, Jack? —exclamó—. ¿Quién te crees que eres para echarme *ahora*? —Fuera de sí, levantó la mano para tratar de descargarla sobre aquel rostro impasible.

Jack cazó aquella mano en el aire antes de que pudiera alcanzar su objetivo. Con un gesto igual de rápido atrajo el puño, entonces

cerrado, y a su propietaria, contra su propio cuerpo.

—Te vi con ese imbécil en la sala… —siseó entre dientes, arrastrando las palabras— ¡y no puedo soportar verte con otro hombre! ¿Es que no lo entiendes?

Inmediatamente el puño cerrado de ella se relajó, al tiempo que una mirada perdida se reflejaba en las pupilas azules.

—Eres tú el que parece no entender: no tienes por qué soportarlo…, si no quieres.

Jack aflojó también su agarre hasta liberarla del todo con cierta brusquedad.

—¡No sabes lo que dices…! —rugió—. ¡Y tampoco sabes lo que quieres! ¡Eres una veleta, una mujer sin corazón ni sensatez alguna!

Lentamente Olivia se humedeció los labios, deslizando la punta sonrosada de la lengua por aquellos suaves e incitantes manjares de fresa.

—Sé perfectamente lo que quiero: te quiero a ti…

La mirada de Jack permanecía enlazada con firmeza en la inmensidad de aquellos dos lagos turquís que le miraban con un anhelo capaz de llevarlo a la perdición. Miró después los labios llenos y entreabiertos para él, la lengua que los recorría sinuosa, y de ese modo se sintió completamente perdido. Y no le importó. Por vez primera nada importó. De hecho resultó un alivio dejarse ir.

—Pues entonces creo que los dos somos rematadamente estúpidos… —Suspiró.

Sin concederle opción a réplica buscó aquellos labios con desesperación, como el sediento que lleva días deambulando por el desierto y al fin encuentra el oasis soñado en medio de las dunas interminables. Olivia respondió al beso con idéntica urgencia, enlazando los brazos alrededor del cuello de Jack para acercarlo a su cuerpo y tratar de fundirse con él.

Aquello consiguió derribar las últimas reticencias que aquel hombre, el siempre contenido, el prudente y el más sensato de entre todos, pudiera mostrar.

Sin separar la firme ligadura que formaban sus labios en inherente conjunción, acarició los suaves muslos de Olivia en dirección ascendente, llevándose en el proceso el camisón entre los dedos. Al alcanzar la cadera deslizó ambas manos hacia atrás para encajarlas bajo las nalgas desnudas e izarla en un único y enérgico movimiento. Aprovechó ella para enredar las piernas alrededor de la cintura de Jack y encajarse a su cuerpo, del mismo modo que la voraz hiedra se engarza a un tronco más fuerte para subsistir y crecer.

—Olivia, pídeme que me detenga… —suplicó contra su boca.

Ella sonrió.

—Jamás…

—Por favor, pídemelo…

—Nunca, Jack…

La intención primera de Jack hubiera sido la de tenderla sobre la cama, por más indigna de ella que resultara aquel catre mugriento, pero con Olivia nada sucedía como se tenía previsto. Olivia lo desestabilizaba todo.

La pasión del momento, la proximidad cálida de su centro y el apretado ceñimiento de sus piernas de seda resultaban demasiado demoledores como para ser capaz de racionalizar lo que estaba sucediendo. De ese modo la encajó contra la pared mientras continuaba devorándola a besos y con la mano libre se deshacía de la pretina del pantalón. Con una única embestida se abrió paso a su cuerpo para dejarse envolver por los apretados pliegues que rodearon su miembro de cálida sedosidad.

Olivia le recibió ahogando un grito mientras sentía su cuerpo a punto de estallar en mil pedacitos imposibles de recomponer. Un dolor agudo y penetrante traspasó sus entrañas, llenando sus ojos de lágrimas. Fue solo un instante, sin embargo, pues la suavidad cadenciosa con la que Jack se mecía dentro de ella, sumada a la pasión con la que continuaba devorando su boca y la calidez de su cuerpo al cubrirla por completo, consiguieron amainar aquellas primeras punzadas.

De ese modo se sintió envolver por la fuerza implacable e imparable de un océano furioso cuyas olas, cada vez más grandes y furiosas, amenazaban con tragarla hasta hacerla desaparecer bajo la fuerza insondable de su empuje. El vibrante oleaje la sacudía cada vez con mayor bravura, flagelando todos sus miembros, dilatando sus entrañas e inflamando su alma de un maremágnum de sensaciones nunca antes conocidas. En un momento dado, justo cuando se sentía en lo más alto y a punto de rozar la bóveda celeste con la punta de los dedos, sintió el poder palpitante de ese mismo océano dentro de su propio cuerpo, sintió romper las olas en su interior hasta estallar en cientos de miles de gotitas de espuma que se desperdigaban por todas partes.

Así se sintió estallar ella por dentro.

Su cuerpo laxo acabó a merced de las olas, aferrado al cuerpo de Jack del mismo modo que el náufrago se aferra con desesperación a un madero a la deriva.

—Te quiero… —jadeó, exhausta contra el hombro desnudo y sudoroso, abrazando la amplia espalda que se había convertido en escudo y bastión.

Jack, que también se había relajado en pos del éxtasis recién alcanzado y cargaba entonces con el cuerpo desmadejado de Olivia, con sus piernas aún enlazadas a su cintura y sus brazos alrededor de

los hombros, como quien carga con el más valioso de los tesoros, tragó seco al escuchar semejantes palabras. Y aunque escucharlas consiguió por un momento dar alas a su corazón, no permitió que esas alas consiguieran siquiera batirse un solo segundo. No podía llamarse a engaño.

Porque resultaba una estupidez, y una completa locura, tratar de darles algún crédito.

Olivia era incapaz de querer a nadie… más allá de sí misma.

17

A la mañana siguiente, durante el desayuno, sentados alrededor de la elegante mesa de castaño que ornaba el gran comedor, la familia guardaba un silencio casi sepulcral. El matrimonio Bonneville degustaba el jamón frío y las demás viandas dulces con sincero apetito, sin intercambiar más que unas cuantas palabras y amorosas sonrisas en el proceso. Y aunque hubieran intercambiado mucho más era posible que Olivia no se hubiera percatado de nada.

En su cabeza solo existía cabida y voluntad para rememorar una y otra vez la noche que había pasado con Jack en el establo. Para aquel acto de pasión desenfrenada que les había estallado a los dos entre las manos, como si de una vejiga de agua demasiado llena se tratara. Había sucedido sin planificarlo, había sido un arrebato momentáneo, uno tal vez inevitable después del padecimiento manifiesto durante años. ¿Si se arrepentía de algo? ¡Jamás! De hecho vendería su alma a quien fuere menester por poder pasar cada noche del resto de su vida siendo amada por Jack.

Nunca se había sentido más plena ni más convencida de haber llevado a cabo un acto semejante como lo había estado entre los brazos de aquel hombre. Le había entregado su doncellez y, en efecto, era consciente de no haber podido entregársela a nadie más.

—¿Qué noticias trajo consigo el señor Grandison después de su visita a Kansas? —preguntó Ada a su esposo en un momento dado—. No has tenido a bien contarme nada —reprochó sin ánimo real de recriminarle nada—. ¿Ha conseguido persuadir a los directivos?

Bonneville se tomó su tiempo para sopesar una respuesta en aras de masticar a conciencia el reciente bocado.

—No te he mencionado nada porque no hay nada definitivo, en todo caso —concluyó—. Por lo visto la negociación puede ir para largo pues la compañía cuenta con varios accionistas que no están del todo de acuerdo con algunos términos.

Ada compuso una expresión de desaliento.

—Grandison ha mencionado, no obstante, la posibilidad de agilizar la negociación y terminar con esto en apenas unas pocas semanas… con un pequeño coste.

Olivia, que por alguna extraña razón —tal vez sufriendo un momentáneo golpe de lucidez en medio de la vorágine de recuerdos apasionados que bullían en su sesera— captó la última frase de su cuñado, arqueó una ceja en un gesto de suspicacia.

—¿Un pequeño coste? —preguntó Ada—. ¿A qué se refiere?

—Bueno, Grandison dice que, por una pequeña suma y en su papel de representante legal de la compañía, puede por una vez saltarse el protocolo y mediante una firma realizar él mismo la compra de los terrenos en nombre de la Union Pacific.

A punto estuvo Olivia de espurrear el té que acababa de ingerir.

—¿Es eso legal? —inquirió Ada.

—No se trata de cuestionar la legalidad de la gestión, si no en todo caso de realizar un pequeño sacrificio para terminar con esto de una buena vez —explicó—. De todas formas no hay nada resuelto. Coleman y Mayfield no terminan de verlo claro.

—Creo que tienen razón, Pierce —añadió Ada—, ¿no resulta suficiente persuasión que ofrezcáis vuestras tierras sin ningún tipo de coste a cambio de que actúen con legalidad en el resto del pueblo? ¿Es necesario pagar además una comisión?

Pierce suspiró.

—A veces los negocios funcionan así, querida; en las trastiendas de la mayoría de las grandes compañías se enconden infinidad de trapos sucios, y chanchullos de lo más variopinto.

—¿Se ha sabido algo más de ese famoso timador del que tanto hablan los periódicos? —dijo Olivia de pronto, dejando los cubiertos con tranquilidad sobre la mesa.

Ada y Pierce la miraron con curiosidad. Debía de ser esa la primera vez que Olivia se implicaba en una conversación que no la atañera directamente.

—Por ahora no, solo que trae en jaque a las autoridades —Bonneville la miró con suspicacia—. ¿Cómo te has enterado? Tú no sueles leer la prensa.

—Wendoline se lo ha oído decir a su padre —comentó.

Mientras Ada continuaba atendiendo a su desayuno, Bonneville se repantigó en su silla y, mirada fija en su joven cuñada, cabeceó su asentimiento.

—El pillastre ha tenido mucha suerte al pasar desapercibido, pero no sé cómo le va a ir a partir de ahora. Ha estafado a personajes notables, y grandes sumas de dinero por cierto; si no dan con él las autoridades, lo harán los secuaces de los prohombres ultrajados.

—¿Así funciona el mundo? —preguntó Ada, acompañando sus palabras de un suspiro—. ¿Se tomarán la justicia por su mano?

Bonneville esbozó una sonrisa mordaz que daba a entender que no

solo comprendía esta forma de proceder, sino que él mismo haría otro tanto en el caso de ser el injuriado.

—Siempre se ha procedido de este modo, querida. Los caballeros solemos ser muy pacientes, pero no soportamos que otros jueguen con lo que nos pertenece y tanto nos ha costado ganar.

Olivia dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. La información que acababa de recibir le daba mala espina pero por alguna extraña razón —en absoluto extraña o desconocida en realidad —no deseaba seguir participando de aquella conversación. Quería, ¡necesitaba!, salir de allí y dedicarse a lo que en realidad le interesaba. A lo único que le interesaba en ese instante.

—¿Adónde vas? —preguntó Ada al verla retirarse de la mesa.

—Al invernáculo.

Pero cuando abandonó la casa sus pies tomaron otro camino muy distinto.

Jack permanecía ocupado cavando en los terrenos de labradío que se erigían en el extremo norte de la plantación. Le habían encomendado profundizar en aquella parcela en concreto para construir un nuevo pozo.

Allí el suelo era duro y agreste y el pico rebotaba una y otra vez haciendo vibrar sus brazos. Si había agua, le llevaría semanas llegar hasta ella.

Pero Jack era tan testarudo como pertinaz y no iba a consentir que un terreno yermo le ganara la batalla. Además, cavar y sudar, esforzarse hasta que le doliera la espalda y los pulsos se resintieran era lo que necesitaba en esos momentos para olvidarse de todo lo que le aturullaba la cabeza.

Y era mucho.

Había hecho el amor con Olivia. Después de tres largos y tormentosos años había conseguido saborear la dulce miel de su cuerpo. Pero no se sentía ni feliz ni satisfecho por ello.

No podía estarlo. Porque ahora que se había despojado ante ella de la coraza que tan fielmente le había protegido durante todo ese tiempo… ahora era completamente vulnerable.

Estaba perdido.

Se sentía como el ratoncito al que encierran en la caja de la serpiente para formar parte de su alimento. Pero el ratoncito sabe que la serpiente no se limitará a devorarlo agasajándolo con una muerte rápida, sino que antes lo torturará jugando impíamente con él. Y su corazón, el corazón del pobre e indefenso ratoncito, no podría soportar continuar siendo el juguete de aquella ninfa caprichosa.

A lo lejos, una movediza pincelada de color gris captó de pronto su

atención pues de algún modo destacaba sobre la vívida acuarela verde que conformaba la propiedad. Enseguida la reconoció. ¿Y cómo no hacerlo si conocía de memoria cada pequeño detalle de su fisonomía y hasta cada uno de los movimientos con los que adornaba sus airados ademanes?

Frunció el ceño cuando la vio acercarse. Caminaba despacio, atravesando el campo con la liviandad de un hada en medio de la foresta. Bella y suave como solo él sabía que era bajo esa coraza de seda y encajes con la que se cubría. Bajo la coraza con la que la preciosa luna llena cubría su cara oculta.

—Hola —dijo cuando se detuvo a su lado, con los brazos plegados frente al talle y enlazados a la altura de las muñecas. En verdad parecía una princesa. Los bullones de las mangas que se estiraban hasta el codo, las rosas bordadas del corpiño y los elegantes encajes que adornaban el escote cuadrado la revelaban como tal.

Jack apoyó el pico en el suelo y, descansando el antebrazo en el mango, la miró todavía ceñudo. Aunque fascinante en su hermosura, desconfiaba de ella. Si algo había aprendido durante esos años era que Olivia era una criatura en la que no se podía confiar. Bella como la luna, cambiante como la luna, atrayente y lejana como ella.

—¿Qué haces aquí?

Olivia ladeó el rostro para mirarle con coquetería. Jack apreció el gesto y meneó la cabeza con desaprobación.

—Quería verte. ¿No puedo venir a verte?

—No deberías hacerlo, y lo sabes.

—¿Por qué?

—Estamos en campo abierto, Olivia, cualquiera podría vernos. ¿Y cómo justificarías entonces tu presencia aquí?

Ella jugueteaba con el bordado del corpiño, deslizando los dedos arriba y abajo con sutil cadencia.

—Anoche no te importó que acudiera al establo.

—Anoche estaba loco. —Suspiró.

Olivia se humedeció los labios y adelantó la mano derecha para acariciar la mejilla de Jack, acunando la piel rasposa en la cuenca de su mano de porcelana. Por un instante Jack se permitió cerrar los ojos, tragar saliva, inhalar profundo y olvidarse del resto del mundo. Se permitió sentir la suavidad aterciopelada de aquella piel fragante y nívea contra su rostro ensombrecido con barba de varios días. Se permitió sentir a Olivia una vez más.

—Jack, yo creo que en toda mi vida he estado más cuerda que durante la pasada noche —murmuró ella—. Te echo de menos…

Con los ojos todavía cerrados, Jack frunció el ceño y apretó los párpados.

—No te creo, Olivia… —susurró al borde del sollozo.

—¡Pero es cierto! —gimió ella—. He pensado en ti toda la mañana. Dime que tú también has estado pensando en mí.

Jack abrió los ojos y se movió para retirarse de aquel contacto que lo enardecía y lo condenaba a partes iguales. ¿Sería verdad lo que decía aquella hada traicionera? ¿Sería su alma al desnudo lo que le estaba ofreciendo, del mismo modo que la pasada noche le había ofrecido su cuerpo?

—Dímelo, Jack, dime que no has podido tampoco arrancarte de la mente lo sucedido entre los dos…

—Olivia… —gimió. No pudo terminar porque no sabía qué deseaba decir en realidad. En su interior confluían emociones tan divergentes que se sentía aturullado. Iba a volverse loco. Iba a volverlo loco. Porque la quería cerca, pero sabía que debía mantenerse lejos de ella. Lo que para él suponía un mundo entero, para ella sería solo un pasatiempo.

—Yo quiero verte todo el tiempo, Jack, quiero estar cerca de ti —afirmó Olivia—. Y si fueras lo suficiente valiente reconocerías que tú sientes lo mismo.

Jack encajó la mandíbula y fijó en ella una mirada que revelaba lagos insondables y océanos inexplorados. ¿Pretendía que reconociera abiertamente sus sentimientos? ¿Pretendía que se expusiera ante ella para condenarse para siempre? Frente a la tortura que experimentaba él, una sonrisa coqueta, incitante, acudió a los labios femeninos.

—¿Me dejarás ir a verte esta noche? —pidió coqueta. Jack abrió los ojos espantado—. O mejor: podrías venir tú a la casa y trepar por mi ventana. El establo no es lugar adecuado para una señorita.

—¿Te has vuelto loca?

—Loca de remate. Bésame —pidió.

Jack inhaló en profundidad, consciente de la fuerte sacudida que estremecía sus entrañas, para mirarla como si ante sus ojos se hubiera materializado un espectro del Averno.

—Bésame y me iré, te lo prometo.

Tras dudar apenas unos segundos —muy pocos, pues en realidad se moría por besarla— y mirar en derredor en busca de testigos indeseados, se inclinó lentamente hacia ella hasta hacer encajar sus labios con los suyos. Fue apenas un roce, una caricia sensual tan solo insinuada, beber de una fontana deliciosa capaz de saciar la sed de cualquier sayo marchito… hasta que Olivia abrió los ojos de golpe y se apartó con brusquedad, llevándose ambas manos a los labios.

—¡Oh Dios mío, señor Gibbs! —exclamó, dirigiendo una mirada horrorizada a algún punto perdido a su espalda.

Preso de un temor creciente, Jack se volvió de inmediato, tan solo para descubrir el campo despejado y completamente solitario tras de

sí. Cuando devolvió la mirada al frente se encontró con el rostro de Olivia ensanchado en base a su hilaridad y con las hirientes carcajadas que la brisa desplazaba con total impiedad.

—No te imaginas la cara que has puesto —jadeó entre risas, llevándose las manos al talle.

Jack encajó la mandíbula hasta que los molares restallaron y un músculo delator palpitó en su mejilla.

—¡Eres… eres…!

En ese momento, si le hubieran encajado un puñetazo en el estómago y una patada en la entrepierna, no se hubiera sentido más humillado ni menos ridículo. Lágrimas de indignación pulsearon en sus pestañas, pero se obligó a aplastarlas en el acto para no perder la poquísima dignidad que le restaba frente a aquella pequeña y sensual tirana.

—Soy tu maravillosa y adorada Olivia Moongrove, y lo sabes.

Furioso consigo mismo volvió a agarrar el pico con fuerza para descargar sobre la tierra árida su frustración. Mientras picaba y mellaba el suelo como si de un terrible enemigo se tratara, fue consciente del nudo que apretaba su garganta, dificultando la respiración, y de la rabia que borboteaba en su interior pugnando por salir. ¡Dios de los cielos, si no se hubiera tratado de Olivia…! ¡Si el ultrajador hubiera sido otro!

Gruñó en voz alta su desesperación, por fortuna ese gesto pudo camuflarse con el descomunal esfuerzo que suponía la tarea a realizar.

¡De no tratarse de Olivia jamás hubiera soportado, durante todos aquellos años, ofensas semejantes!

Ella continuó un rato riéndose a solas hasta que, cuando se dio cuenta de que ya no iba a disponer de la atención de Jack, decidió darse la vuelta y regresar por donde había venido, satisfecha con el beso que le había robado a Jack Payton.

18

Las postreras luces del atardecer se filtraban por una fina rendija de las contraventanas para caer de forma oblicua sobre la pared de papel pintado y la débil cabecera de forja, llenando la estancia de danzarinas motas de polvo que bailaban en la débil pasarela de luz.

La estancia era realmente pequeña, estaba mal ventilada y olía a sudor y a humedad. No disponía de otros muebles más allá de la vieja y destartalada cama y un aguamanil bastante descascarillado. En el suelo latía una lámpara de aceite a media llama.

Un hombre permanecía sentado en el borde del lecho con la espalda arqueada y los codos apoyados sobre las rodillas. La piel blanca e impoluta de su torso desnudo destacaba en la sobriedad del lugar, también sus rizos dorados, sin afeites, cayendo desordenados sobre su rostro seráfico.

A su espalda una mujer restregaba su desnudez entre las sábanas, aprovechando sin duda los últimos instantes de calidez que ofrecía el lecho en recordatorio de la pasión recientemente derrochada sobre él.

El hombre se puso en pie y empezó a cubrir su torso desnudo con una camisa, abotonando con parsimonia cada botón en su ojal correspondiente.

—¿Te vas, August? —ronroneó ella con coquetería, deseosa de que se quedara y pudieran volver a retomar lo que había terminado poco antes.

Él no se volvió para mirarla, sino que se limitó a seguir vistiéndose con absoluta displicencia. Ahora era el turno de la chaqueta de terciopelo azul. Ojalá no se hubiera arrugado ni manchado de moho en aquel cuchitril.

—Tengo que irme, me esperan —dijo secamente.

—¿En la mansión de ese plantador?

—Así es. Negocios que atender.

La mujer reptó por la cama hasta alcanzar el borde. Hacía un par de semanas que había entregado su cuerpo y su alma a aquel hombre, del que se sabía por completo enamorada. Él le había asegurado que estaba a punto de cerrar un negocio muy importante con algunos plantadores del lugar y que después de eso podrían casarse e iniciar

una nueva vida lejos de allí. Le prometió que irían a Europa, le prometió una casa con la fachada tableada pintada de amarillo y una valla blanca en el jardín. Le prometió una vida acomodada y muchos niños. ¿Y cómo hacer oídos sordos a semejante idea del paraíso cuando ella era una pobre huérfana de veinte años que malvivía trabajando de posadera en una tasca local? No había más que mirar alrededor y apreciar la *magnificencia* de aquel cuartucho que le rentaba el patrón para desear huir de allí a toda prisa.

—¿Cuándo volveré a verte?

August cuadró los hombros, asentando sobre ellos el perfecto corte de aquella costosa chaqueta azulona. Acto seguido empezó a anudarse el *cravat.*

—No lo sé, en cuanto pueda me pasaré —chasqueó la lengua con fastidio—, ya lo sabes. Esos plantadores son huesos duros de roer.

Ella pareció contentarse con la respuesta y se entregó a una amorosa observación de su persona. ¡Era tan guapo y perfecto: sus rizos dorados, su tez nívea e impecable! Había sido una suerte que se fijara en ella. Siempre había creído que tendría que contentarse con alguien del pueblo, un jornalero o algún vulgar granjero. Y entonces aquel caballero de elegante porte había entrado, ¡a saber por qué estrambótico designio del destino! en la taberna en la que ella trabajaba. Sin duda la vida empezaba a sonreírle por fin.

—Ten paciencia y piensa en Europa.

Y se despidió de ella con un parco beso en la frente antes de abandonar aquella asquerosa covacha donde Mary le esperaba sin exigir a cambio más que la promesa de un futuro en común.

Jack se levantó de un salto.

Ni siquiera sabía por qué había ido allí… o quizás sí lo sabía. Y ser consciente de sus debilidades le humillaba todavía más de lo que conseguía hacerlo aquella niña mimada.

Resentido consigo mismo se sacudió el polvo del trasero de los pantalones y se dispuso a abandonar la sombra del limonero cuando la vio subir la ladera a buen paso, agarrándose las faldas para facilitarse el ascenso.

Llevaba el pelo suelto, sujeto tan solo sobre las sienes por horquillas plateadas. El vestido de color coralina ceñía su fino talle con una cinta de terciopelo del mismo tono, tal vez ligeramente más oscuro, mientras el cuerpo del vestido se amoldaba al busto marcando con elegancia sus formas gracias a una botonadura frontal de nácar.

No pudo evitar quedarse quieto como un pasmarote cuando la joven llegó a su altura, no obstante pretendió reflejar su reciente enfado y una severa imagen de indignación a través de su figura

erguida, su gesto sombrío y su barbilla alzada. Debió de surtir efecto, puesto que Olivia le dirigió una mirada de pueril arrepentimiento. Una mirada que podría pasar por sincera, si uno era capaz de obviar que procedía de Olivia Moongrove.

—¿Estás enfadado? —Adelantó el labio inferior en un mohín infantil.

Jack continuaba mirándola con la barbilla elevada y los labios apretados. En ese instante tan solo deseaba sujetarla por el talle y hacerla rodar sobre sus rodillas para propinarle un par de buenos azotes en el trasero. Si después de eso fuera incapaz de sentarse en un par de días, se sentiría satisfecho.

—No quería burlarme de ti —se disculpó ella. E inclinó la cabeza a un lado mientras hacía girar la cintura para dotar de mayor efectismo su pose de niña buena deseosa de reparar sus faltas—. Escúchame, mírame al menos —exigió, buscando la mirada de Jack, visaje que él respondió desviando la mirada muy lejos de allí—, tan solo pretendía jugar un rato, nada más.

A la vista de que aquella esfinge de indiferencia continuaba sin manifestar ninguna emoción más allá de una molesta impasibilidad, Olivia golpeó el suelo con la botina para revelar su frustración.

—¡No es para tanto, Jack, se trataba tan solo de una broma! —exclamó, tratando de hacer cambiar las tornas para vestirse ella misma el sayo de ofendida—. ¿No tienes sentido del humor, acaso?

Jack se sentía incapaz de desencajar los dientes, tan firme era la presión con la que los mantenía apretados. Él no podía ser consciente de ello, pero sus ojos aparecían por completo inyectados en sangre. Del mismo modo sangraba por dentro, desgarrados en mil pedazos todos sus anhelos e ilusiones en aras de la cruda realidad que se alzaba, orgullosa y altiva, ante sus ojos.

—¡No tienes derecho a estar enfadado! —chilló ella por fin—. ¡No lo tienes, ¿me oyes?!

En contraste con la rabia que reflejaba Olivia, Jack se expresó a continuación en un tono peligrosamente bajo y sombrío.

—Lo que no tengo es ganas de aguantar tus niñerías—siseó, mirándola con fiereza—. Te dije que no te creía, y en estos momentos me veo obligado a ratificarme en mis palabras. Olivia Moongrove, no debería hablarte, no debería volver a caer en tus mentiras, ni siquiera debería mirarte ni una sola vez porque… ¡Cielo santo, no lo mereces! —En efecto volvió a alejar de ella la mirada—. No tienes corazón, Olivia, no tienes corazón y resultas dañina para quienes te rodean. ¿Y sabes qué? Creo que lo mejor que podría hacer es cumplir de una vez por todas semejantes consignas. Los dos seríamos más felices.

Y ciertamente, con todo el dolor de su corazón, cargando a sus

espaldas con el orgullo que de un modo reciente ella había mancillado por completo, se dispuso a rebasarla para alejarse de allí. De ella. De su luna hiriente. Para siempre.

No obstante Olivia no podía permitir un desaire semejante, por lo que lo obligó a detenerse sujetándolo por el antebrazo. Sus miradas se encontraron de forma sesgada. En las pupilas de hielo de ella centelleaban mil lágrimas de escarcha, en los plomizos de él pulseaba un dolor creciente.

—¡No puedes irte y dejarme aquí plantada! —rugió con los dientes apretados, oprimiendo de un modo similar el brazo musculoso que sujetaba bajo su mano de nieve—. ¡No se te ocurra hacerlo, Jack Payton, te lo prohíbo!

—Lo lamento, Olivia, pero alejarme de ti es justo lo que tengo pensado hacer —su voz sonó gutural y sombría.

—¿Por qué has venido entonces, maldita sea? ¿Por qué estás aquí?

De un tirón firme, aunque sin pretensión de mostrarse violento si no tan solo de alejarse de aquello que más daño le provocaba, Jack se liberó del agarre.

—Simplemente porque hasta hace unos minutos era un hombre estúpido. Adiós. Olivia.

Y continuó caminando, consciente del repentino agujero que acababa de nacer en su pecho, consciente del momento exacto en el que acababa de romperse su corazón.

19

—¡Olivia, Olivia, para de una vez!

Pero Olivia no atendía a razón ni veía u oía nada más allá de su propia enajenación. Parecía en esos momentos un toro airado persiguiendo un pañuelo rojo. Despeinada, con los ojos fuera de sus órbitas, los labios trémulos y el rostro congestionado e hinchado a causa de la indignación y el llanto reciente; era evidente que algo importante había acontecido para trastornarla de ese modo.

Además caminaba como una auténtica lunática agarrando las faldas con ambas manos mientras cruzaba el patio a grandes zancadas.

Wendoline tuvo que hacer acopio de toda su agilidad para correr detrás de ella y situarse a su altura.

—Olivia, ¿no me oyes? ¿Vas a parar de una maldita vez?

La imprecación de Wendoline, inusual en alguien tan contenido como ella, obligó a Olivia a detenerse. Estaba encarnada como una amapola. Había llorado. Sus ojos enrojecidos y los regueros húmedos surcando todavía sus mejillas así lo constataban.

—¿Quieres decirme qué te pasa?

Pero Olivia no hablaba. En realidad parecía no contar siquiera con esa posibilidad pues su condición física en esos momentos no semejaba dispuesta a cooperar para llevarlo a cabo. El pecho, embutido en un apretado corsé bordado de elegantes rosas, no dejaba de ascender y descender en violento vaivén mientras un aliento entrecortado, ruidoso y atropellado, huía a borbotones de los labios entreabiertos. Se llevó una mano a la frente, acalorada y sudorosa, para tratar de atemperarse y tal vez normalizar las diferentes emociones que batallaban en su sesera, asunto que no iba a resultar tarea fácil. Se sentía a partes iguales humillada, herida y descompuesta.

Por primera vez en años Jack parecía enfadado de verdad y absolutamente dispuesto a no desear volver a saber de ella. Por primera vez en años empezaba a tomar en serio sus palabras. ¿Qué iba a suceder si esta vez lo había perdido para siempre?

La otra mano revoloteó al afligido talle y por un instante sintió la necesidad de doblegarse sobre sí misma y romperse en mil pedazos. Y

gritar, gritar hasta sentir desgarrarse la garganta y quebrarse los pulmones. Gritar hasta que todo lo demás dejara de cobrar importancia.

—Es por Jack, ¿verdad? —intuyó Wendoline. En realidad no se precisaba ser muy listo para comprender que todos los grandes males de Olivia procedían de una única fuente. Jack era el único ser en el mundo con potestad suficiente para desestabilizarla por completo. Era una suerte que el pobre infeliz no fuera consciente de su poder sobre ella, de lo contrario aquellos dos podrían seguir haciéndose daño el uno al otro por un tiempo indefinido. Aunque muy probablemente Jack jamás hiciera daño a propósito a Olivia, no estaba en su naturaleza.

—No puedo hablar ahora, déjame —Olivia se expresaba entre hipidos sofocados, completamente convulsa.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido otra vez? ¿No te das cuenta de que lo que sea que existe entre vosotros es absolutamente nocivo para los dos?

Olivia levantó el dedo acusador en alto. Era obvio que se disponía a rebatir y sin embargo se vio incapacitada para hacerlo. Porque aquella sentencia era demasiado parecida a la que Jack había expresado apenas unos minutos antes.

“No tienes corazón, Olivia, no tienes corazón y resultas dañina para quienes te rodean”.

Pero sí tenía corazón. Un corazón que de hecho en esos momentos escocía y dolía a causa de Jack.

El dedo empezó a temblar suspendido en el aire al tiempo que una oleada de sollozos brotó de los labios trémulos que se movían en silencioso murmullo, sin pronunciar palabra en realidad. Así, sin terminar de articular sus emociones, todavía temblorosa y tambaleante, Olivia prosiguió su camino en dirección a la mansión, dejando a Wendoline parada en medio del patio como un auténtico pasmarote.

Necesitaba esconderse y lamer sus heridas en soledad, necesitaba llorar y liberar todos cuantos demonios guardaba dentro, y que en esos momentos eran muchos y muy desquiciados.

Jack acababa de romperle el corazón.

Aquella fatídica tarde marcó un antes y un después en la vida de Olivia y Jack.

Si bien era cierto que él continuaba amándola con la misma pasión intempestiva del principio —de hecho era terriblemente consciente de que pese a todo jamás podría dejar de amarla—, acabó por desistir de tanta lucha imposible y rendirse a la realidad: una realidad en la que

cualquier relación entre ellos era un despropósito, algo que jamás podría ser y que, por lo tanto, no debía ser.

Ya estaba cansado de tantos desengaños y de ridículos caprichos. Estaba cansado de soñar y de esperar algo que nunca llegaba y cuya espera solo conseguía destrozarle el alma.

¡Que le llamaran cobarde! No le importaba. Porque tal vez lo fuera. Un cobarde que simplemente se había cansado de luchar, que simplemente se había cansado de sufrir; incluso los más valerosos guerreros se cansan en algún momento de salir al campo de batalla cuando la lucha se presenta interminable y sin posibilidad de victoria. Y ya no podía más. Ciertamente no podía más.

Con todo el dolor de su corazón decidió que lo mejor sería alejarse de Olivia con el fin de preservar su salud mental y la escasa dignidad que le quedaba. Le dolería el alma y sufriría como un condenado, pero prefería continuar amando el recuerdo de su luna hermosa que acabar odiando a esa otra luna oscura que tanto parecía disfrutar haciéndole daño.

Por ello, para que su voluntad no se quebrara y sus deseos llegaran a buen término, decidió cortar por lo sano de la forma más radical posible: dejó de asistir a las citas bajo el limonero y cada día se ofrecía voluntario para los trabajos más distantes dentro de la plantación con el fin de permanecer lejos de la mansión, y de Olivia, lo máximo posible. También se aseguró cada noche de atrancar el portón del establo para evitar visitas indeseadas. Dudó que ella se humillara a buscarlo, pero con Olivia nunca se sabía. Procuró no buscarla con la mirada en los lugares que ella frecuentaba, no asomarse al tragaluz ni embobarse mirando las luces de la casa grande.

Estaba dispuesto a poner el punto y final a aquel martirio y estaba dispuesto a hacerlo bien.

Y durante un par de semanas todo le salió a pedir de boca.

En modo alguno Olivia Moongrove estaba sola con sus tribulaciones. Y tampoco soportaría estarlo. El mundo debía detenerse si su corazón se detenía y nadie tenía derecho a mostrar cierta dicha si la dicha no reinaba en su interior.

Y para eso en el pasado le había concedido a Wendoline Gibbs el grandísimo honor de considerarla su *amiga*, unido al tremendo privilegio de aceptar su presencia: entre otras muchas cosas, para ayudarla a soportar las pesadas cargas de su conciencia y para sacarla de los entuertos en los que solía meterse precisamente por carecer de ella.

Por eso cuando Olivia al fin tuvo a bien desahogarse y ponerla al tanto de todo lo acontecido entre ella y Jack en los últimos tiempos, la

señorita Gibbs no pudo menos que menear la cabeza y adornar su rostro con los albores de una cantinela que Olivia conocía muy bien: los dolorosos acordes del *ya te lo dije* que no deseaba oír y que Wendoline no podía evitar echarle en cara con un sempiterno estribillo de institutriz regañona.

—Te advertí que no debías alimentar semejante disparate, Olivia —la sermoneó mientras paseaban ambas por los elegantes parterres de la residencia—. Las dos sabíamos que algo así no podría acarrear más que sufrimiento.

Un ramillete de lágrimas se aventuró a surcar las mejillas de la amonestada, dibujando en su rostro innumerables regueros húmedos. Y por una vez no le importaba aparecer débil ante su amiga y claudicar a sus regañinas, al fin y al cabo su enfado y su indignación eran superiores en esos momentos a su orgullo y su vanidad.

—¿Cómo puede atreverse a ignorarme? —Sus ojos permanecían ya completamente velados por el llanto. Su labio, trémulo—. ¿Con qué valor se esconde, como si yo lo atormentara con mi presencia?

—Es que quizás sí le atormentes con tu presencia.

—¿Cómo? —jadeó escéptica—. ¡Debería sentirse honrado de que alguien como yo se hubiera fijado en él! ¡No puede aspirar a nada mejor! ¿No lo entiendes? —Alzó la manos al cielo, como si sus palabras fueran una evidencia irrefutable—. ¿No lo entiende?

Wendoline ciñó con más fuerza el antebrazo de su amiga.

—Eres tú la que no entiende, Olivia. Es probable que, a pesar de todas sus carencias, él sea bastante más sensato que tú —razonó la joven—. Pertenecéis a dos mundos completamente diferentes. Tú estás destinada a casarte con un rico terrateniente y a llevar una vida de lujo y esplendor en alguna mansión equiparable a la Bonneville. Mientras que él jamás ha aspirado a otra cosa distinta de lo que ya tiene. Seguramente de no haber aparecido tú en su vida, ni siquiera se hubiera atrevido a mirar tan alto.

Olivia meneó la cabeza, disgustada.

—¡Pero él no es nadie para tomar decisiones por los dos! ¿Con qué derecho se atreve a ignorarme y a alejarse de mí?

Wendoline suspiró, agotada.

—Piensa en él, Olivia, y sé sensata. Si se aleja, si decide poner fin a vuestra disparatada relación, quizás eso sea lo mejor para los dos. En realidad considero que es lo más sensato.

Olivia oprimió la mandíbula, se sentía como el niño al que acaban de arrebatar su juguete favorito. Y al que encima regañan por no consentir que se lo lleven. ¡Pero por supuesto que no iba a consentirlo!

— ¡Le odio, Wen, odio a Jack Payton!

—Tú no le odias, Olivia. Las dos lo sabemos.

—¡Pues le odiaré! ¡Me propongo odiarle desde este mismo

instante!

—No, Olivia, limpia tu corazón de tanto resentimiento. No es bueno que alimentes tanto rencor. —Se paró ante ella y la obligó a mirarla—. ¿No puedes seguir con tu vida sin más? ¿No eres capaz de seguir adelante sin pensar en Jack o en hacerle daño ni por un solo instante?

Olivia jadeó.

—No te imaginas la virulencia del volcán que en estos momentos ruge dentro de mí pugnando por salir. Debo dejarle salir, Wen… o de lo contrario estallaré por dentro.

20

Por su parte, Jack, pese a alejarse de la mansión todo lo que le era posible haciendo suyo el acertado dicho de que *ojos que no ven, corazón que no siente*, en ocasiones se veía obligado a permanecer por los alrededores, y era entonces cuando su voluntad tenía que lidiar con la dolorosa inclinación de su corazón, que por desgracia sí sentía.

Para colmo de males, la caprichosa señorita Moongrove parecía retarlo con la mirada, paseándose del brazo de aquel al que otrora había confirmado detestar mientras mostraba su sonrisa más halagüeña y reposaba más de la cuenta, cuando sabía que el mozo de cuadra permanecía atento, su delicada mano de nieve sobre el antebrazo de su acompañante.

"Muérete de celos, Jack…".

Otras veces parecía prestarle una encarecida atención a la estúpida discursiva de aquel ridículo caballerete, asintiendo y mirando de soslayo a Jack a cada instante para cerciorarse de que el hombre se apercibía de todos y cada uno de sus gestos. Y cada mirada ceñuda de Jack era correspondida con una sonrisa triunfal por parte de aquella muchachita insolente.

"Mira lo que has provocado con tu actitud…".

Qué extraño y maquiavélico juego se traía entre manos la frívola dama era algo que ignoraba por completo, tan solo tenía la certeza de que cada día sufría más, y que cada día sentía desgarrarse el alma ante el comportamiento de aquella jovencita a la que amaba hasta la extenuación y que sin embargo no conseguía más que hacerle llegar al paroxismo del dolor con su comportamiento.

Sus sonrisas lisonjeras dirigidas ahora a aquel caballerete, la dócil aceptación con que recibía los halagos del mismo y los paseos solitarios entre las buganvillas acabarían volviéndolo loco si aquella situación no concluía de una maldita vez. Una de dos, o optaba por trepar a su ventana y raptarla en plena noche o acabaría por romperle la crisma a aquel gallito presuntuoso que ya se paseaba por la propiedad con la solemnidad de un auténtico amo.

—Pequeña arpía… —murmuró Jack cuando escuchó su carcajada, mientras la arrolladora dama cruzaba los jardines con su ridículo

acompañante. Carcajada demasiado elevada para ser obviada, y demasiado forzada para sonar real. Era obvio que Olivia deseaba hacerse notar a como diera lugar.

Ante la continuidad de esa situación insostenible su único desahogo radicaba en descargar con mayor furia el azadón sobre la tierra o en cargar sobre sus hombros el haz más pesado de forraje. ¡Y alejarse de la mansión a como diera lugar!

¿Qué otra cosa podía hacer él desde su penosa posición de jornalero? Volcándose en su trabajo, esforzándose como el animal que siempre había creído que era, se olvidaba al menos por unos minutos de su delicada, adorada, hermosa, voluble y caprichosa luna y de aquel mequetrefe que la rondaba.

Lo que Jack por supuesto no podía saber, de saberlo su sufrimiento habría encontrado un cierto alivio, era que Olivia tan solo toleraba la compañía de Grandison en aquellos momentos en los que sabía que podría beneficiarse de ella, y esto sucedía cuando era consciente de que Jack se encontraba por los alrededores y cabía la posibilidad, por mínima que esta fuera, de que los viera juntos. De ese modo no dudó la señorita Moongrove ni un solo instante de aprovecharse del colorido caballerete para dar celos al tonto de Jack, y por más perspicaz que en un principio se anunciara el perito, parecía no obstante no apercibirse en lo más mínimo de las intenciones de la muchacha, participando con absoluta implicación y sin saberlo de la charada de la que ella le había obligado a formar parte.

En cuanto traspasaban los muros de la mansión y quedaban por tanto fuera del campo visual de Payton, Olivia se liberaba del brazo de Grandison y hacía oídos sordos a su discursiva con absoluto descaro, a menudo rozando incluso la descortesía más absoluta. A veces se separaba de su lado en el vestíbulo y ascendía los escalones que la conducirían hasta la intimidad de su alcoba sin ni siquiera despedirse ni echar la vista atrás, usándolo para su propio beneficio como si de un objeto inanimado se tratara.

Y en realidad Richard Grandison no le importaba en lo más mínimo. De hecho seguía considerándolo insufrible, odioso y ridículo; pero en aquellos tiempos de zozobra emocional y a la vista de que Jack continuaba igual de terco, recibió su compañía como agua de mayo. Al fin y al cabo, aquel odioso personajillo sí podría acabar sirviéndole para algo después de todo.

—¿Nos acompañará el señor Grandison para la cena, querida? —preguntó Ada a su hermana cierta tarde.

“¡Espero que no, ojalá que no!”, pensó ella con agobio.

Y es que tampoco era cuestión de soportar a Grandison más de lo

necesario. Lo hacía con resignación cuando Jack estaba cerca con tal de provocarle celos y hacerle sufrir, pero soportarlo a la hora de la cena, sabiendo que Jack permanecía encerrado en el altillo y no podía apercibirse de nada, no tenía sentido porque no le reportaba ningún beneficio. Sería torturarse en vano. Y no había necesidad.

—No tengo ni la menor idea. De hecho desde ayer no sé nada de él. Por lo visto tenía cosas importantes que hacer.

Ada compuso una expresión pensativa.

—Es cierto que siguen dándole vueltas al tema de la comisión —murmuró apenas para el cuello de encajes de su vestido—. Creo que al final Coleman y los demás van a dar su visto bueno con tal de terminar de una vez por todas con las negociaciones. Todos estamos ya bastante cansados de tanta espera e incertidumbre.

—Pues no me parece apropiado —comentó Olivia, que seguía sospechando de las intenciones del perito —, sería sucumbir a una especie de chantaje.

—Tampoco a mí, desde luego —Ada suspiró con resignación—, pero si es el camino más rápido y directo para alcanzar un buen entendimiento, quizás sea lo mejor.

—¿Y qué garantías hay de que cumplirá su palabra, Ada? ¿Y si desaparece con todo el dinero?

Ada abrió mucho los ojos.

—¡Es un caballero, Olivia, por el amor de Dios!

Olivia suspiró.

—¿Lo es?

—No sé, dímelo tú. Al fin y al cabo los últimos días has pasado bastante tiempo en su compañía —Olivia torció el gesto—. En fin, apuesto a que sí se quedará. Últimamente se queda a cenar casi todas las noches. Me pregunto si posee algún otro aliciente secreto aparte de los negocios que se traen entre manos…

Olivia resopló con fastidio.

—No sé qué otro aliciente podría poseer.

—Quizás la agradable compañía que ofrecen las damas de esta casa… o quizás la compañía de alguna de esas damas en particular.

Olivia se levantó del asiento que ocupaba y, busto erguido, barbilla altiva y ceño fruncido, se alisó las faldas con una dignidad admirable.

—No creo que ninguna de las damas de esta casa pueda ofrecerle una compañía capaz de tentarlo más que los negocios —fulminó a Ada con la mirada— o al menos dudo mucho que esa sea la intención de ninguna de dichas damas.

Sin mediar mayor palabra ni ofrecer opción a réplica, abandonó el lugar cruzando arrolladora delante de Ada para perderse en las sombras de los corredores de la mansión.

Antes de arreglarse para la cena con la resignación y la lentitud con la que un cordero sería empujado a patadas hacia su sacrificio, Olivia cruzó la habitación para cuadrarse frente a la ventana.

Apenas agitó los visillos entre los dedos para recorrer con la mirada la bella estampa de los jardines a la luz de la luna. Los rayos argentados que se dispersaban por todas partes besaban con dulzura las figuras de piedra del jardín, así como las frondosas copas de los árboles, que bajo tan dulce baño de plata imitaban cualquier postre endulzado con una buena rociada de jarabe.

Centró su atención en la angosta y sombría silueta del establo y frunció el ceño hasta formar una severa arruguita. Trató de encontrar una señal de vida en su interior, pero aunque la lámpara de aceite estuviera encendida, su claridad no podría apreciarse a través del tragaluz.

De todas formas sabía que Jack estaba allí. Y ella también podría estarlo. Si el muy cretino no se hubiera empeñado en estropearlo todo mostrando un orgullo impropio de cualquier sirviente. ¿Por qué se había ofendido tanto por una simple broma?

Se mordió el labio inferior sin aliviar el doloroso frunce de su ceño. Después de tres años jugando al gato y al ratón al final habían llegado a tener algo entre los dos. Hasta que Jack en buena hora decidió apartarse de ella todo lo que cedía su correa servil.

Ya no acudía a la cita bajo el limonero, se cuidaba mucho de trabajar en los alrededores de la mansión y cuando se veía obligado a hacerlo fingía un insultante desinterés. Incluso se había atrevido a atrancar el portón del establo. Olivia aún recordaba la cara que se le había quedado cierta noche cuando acudió a hurtadillas al establo y tanteó la puerta. Por más que la zarandeó y empujó, esta no cedió ni lo más mínimo. Tuvo que volverse a la mansión con los colores de la indignación adornando su faz y cien mil imprecaciones llenando el aire. Si ella se moría por él y él se moría por ella… ¿qué necesidad había de continuar con el enfurruñe?

—¿Hasta cuándo, Jack? —susurró a la noche—. ¿Quién de los dos cederá primero?

Y la noche le respondió con un silencio rotundo, tan solo perturbado por el chirriante latido de cientos de grillos con sus gargantas vibrando en los jardines y por los almizclados rayos de luna que se deslizaban por doquier.

Resignada, se apartó de la ventana con la decepción adornando sus pasos. Abajo, en el comedor principal, le aguardaba cierto petimetre insufrible para adornar su cena con la más absurda de las conversaciones.

Una tarde, cuando los trabajadores se recogían a sus alojamientos después de otra larga jornada, Olivia salió al paso de un pequeño grupo de jornaleros encabezado por Jack. Llevaba más de media hora esperando en aquel lugar, medio oculta entre los arbustos como una vulgar mendiga, a sabiendas de que ellos debían pasar por allí en dirección a sus cobertizos.

—¡Payton, se me acaba de romper el tacón de una botina! —exclamó, inclinándose y sujetando la bota derecha para simular el accidente —. Ven y ayúdame a sostenerme y caminar hasta la casa.

Jack quedó rígido en su posición, pero no se volvió en su dirección. Se limitó a dirigirle una mirada sesgada por encima del hombro.

—Lo lamento, señorita Moongrove, pero acabo de sacar el estiércol de las caballerizas y, como comprenderá, apesto.

Olivia encajó la mandíbula hasta que un dolor lacerante traspasó sus sienes.

En el acto otro de los jornaleros se acercó a ella para tratar de sostenerla. Aceptó el antebrazo que le ofrecía tan solo porque Jack aguantó unos segundos mirándola, pero una vez este se volvió para continuar su camino, apartó al pobre servil de un brusco empellón.

—¡Apártate, bobo, puedo yo sola!

21

Por fortuna para Olivia aquella noche durante la cena no se vio en la necesidad de sufrir una exclusiva y agobiante dedicación por parte de Grandison.

Ni bien los sirvientes habían servido el plato principal cuando Horatio Gibbs se hizo anunciar. Parecía atribulado, el hombre, y en realidad todos sabían que el administrador de la plantación no interrumpiría a su patrón en el ámbito familiar de no requerirlo las circunstancias. Por tanto, cuando se acercó a la cabecera para presentar su requerimiento con voz medida, todos los presentes concedieron oídos a sus palabras.

—Señor, disculpe mi intromisión —murmuró inclinándose hacia el caballero— pero es necesario que le informe de un percance que ha tenido lugar en la propiedad. Me temo que no puede esperar a mañana.

Olivia aguzó el oído y frunció el ceño mientras se removía inquieta en su asiento. Quizás lo que venía a referir el administrador tuviera algo que ver con Jack. Quizás se había marchado, tal vez se encontrara herido o puede que…

—¿Qué sucede, Gibbs?

—El pequeño de los Germain, señor, la pareja de trabajadores que vive en el primer cobertizo —Bonneville asintió, dando a entender qué sabía a quién se refería— lleva desaparecido toda la tarde. Por lo visto subió a la ladera con su hermano en busca de piñas para encender el fuego y en un momento de descuido el pequeño se alejó y ya nadie lo volvió a ver. Llevan toda la tarde buscándolo y llamándolo a gritos, pero no hay ni rastro de él.

Ada, cuyo instinto maternal se encontraba muy arraigado, se llevó las manos a la boca y contuvo un sollozo.

—¡Santo Dios, Pierce! —jadeó—. ¿No es ese pequeño de bucles rubios que corretea a veces por el patio trasero, junto a los establos? ¿Cuántos años ha de tener?

Horatio Gibbs contestó por el patrón.

—Cuatro, señora. Cuatro años recién cumplidos este verano.

—¡Pobre angelito! —Y los ojos se le llenaron de lágrimas en el

acto.

—Señor, el hermano dice que se encontraban cerca de las viejas minas cuando perdió al pequeño de vista…

Bonneville dejó la servilleta con brusquedad sobre la mesa. Su semblante había palidecido de pronto.

—¡Maldita sea, todos los trabajadores de la plantación saben que no deberían dejar que nadie se acerque a las minas, mucho menos tratándose de pequeños sin supervisión! —bufó con voz grave y rotunda—. Esos viejos yacimientos son muy peligrosos, de hecho la mayoría de las galerías han sido apuntaladas. ¿Acaso no he ordenado tapiar las entradas?

—Están tapiadas, señor…, o lo estaban.

Bonneville meneó la cabeza en un gesto de frustración. Sabía que, aunque las boqueras hubieran sido tapiadas, la curiosidad de los pequeños pillastres —y a menudo también la de los no tan pequeños— superaba cualquier vestigio de precaución y sensatez. ¿Cuántas veces de muchacho y estando las minas todavía en activo él mismo se había adentrado a través de las galerías con el afán de curiosear y vivir peligrosas aventuras?

—Organizaremos una batida —sentenció decidido. Ada adelantó su mano para reposarla en el antebrazo del esposo, apoyando de pleno su decisión—. Reclute a todos los hombres que pueda, Gibbs, partiremos en cuanto estén listos.

—Sí, señor.—Con un raudo cabeceo, el administrador abandonó la estancia.

Bonneville dirigió una mirada directa a Grandison, que había escuchado la conversación de refilón, sin prestar una atención extrema y sin dejar en ningún momento al descuido las ricas carrilleras de ternera que conformaban el plato principal.

—Me gustaría contar con su presencia, señor Grandison, cuantos más hombres, mejor. ¿Nos echará una mano?

Grandison miró primero a la señora Bonneville, después desvió la mirada hacia Olivia, que le miraba con ceño. Aquella criatura parecía no encontrarse nunca satisfecha. ¡Santo Dios, qué cruz de mujer!

Aunque, a decir verdad, en esos momentos lo que menos le interesaba era descubrir por qué aquella caprichosa se mostraba descontenta. ¡Una higa para ella! Del mismo modo que no le hacía la menor gracia verse forzado a patrullar los bosques en mitad de la noche, y especialmente aquellas antiguas minas destartaladas, poniendo en riesgo su vida. Mucho menos por un insignificante crío, hijo de unos miserables jornaleros.

—A decir verdad, señor, tenía en mente partir esta misma noche —comentó con cierta tribulación—. Ahora que tengo conmigo la comisión que han decidido ofrecerme para adelantar los trámites, no

me gustaría demorar más este asunto. Creo que cuanto antes lo dejemos finiquitado, mejor para todos.

Bonneville torció el gesto. Olivia se mordió las mejillas mientras observaba a Grandison con viva animadversión. ¡Así que al final le habían dado el dinero! ¡Habían accedido a sus argucias! ¡Estúpidos todos!

—Considero que resultaría usted más útil esta noche ayudándonos con la búsqueda del pequeño, al fin y al cabo una vida vale más que todas las tierras del estado. Y estas, por más que la Union encuentre dificultades por todas partes, creo que pueden esperar una noche más.

—No lo pongo en duda, señor, pero no conozco estos parajes lo suficiente como para adentrarme en ellos y mi orientación nocturna es, por demás, nefasta —insistió, completamente decidido a no macharse las botas por culpa de un chiquillo travieso—. Usted ha de contar con trabajadores competentes, no me echarán de menos, se lo aseguro, yo no podría servirles de gran ayuda.

—Estoy convencida de que no —interrumpió Olivia, asqueada ante la cobardía que mostraba aquel pusilánime. Dirigió una mirada anhelante a su cuñado—. ¿Puedo ir yo?

Bonneville arqueó las cejas.

—¡Por supuesto que no, Olivia! —graznó—. El bosque es demasiado peligroso par una señorita.

No concedió opción a réplica y tampoco dirigió ni una sola mirada a Grandison, caballero a quien había considerado como tal desde el principio, y que en esos momentos, en aras a su falta total de empatía, acababa de perder de golpe todos los galones que había ganado durante todo ese tiempo de tratamiento.

Desde la ventana de su habitación, Olivia vio partir algo más tarde aquella noche en dirección al bosque a la cuadrilla de hombres, entre los que se encontraba Jack, bien provisto el grupo de antorchas y herramientas de trabajo. Seguramente se disponían a adentrarse en las minas y para ello debían contar con ayuda para salvar los numerosos obstáculos que habían de encontrar en el interior de las galerías abandonadas.

A Olivia el corazón se le encogió al verlo desde la distancia y por vez primera no sintió deseos de hacerle rabiar, de provocarle sufrimiento o suscitarle celos. Se sentía orgullosa de él. Era un hombre bueno, comprometido con los demás, y estaba segura de que no dudaría un solo instante en poner su vida en peligro para salvar la del pequeño Germain. En realidad estaba convencida de que antepondría cualquier vida a la suya propia. Y tal certeza la conmovió y la estremeció. Sin apenas ser consciente de ello, un torrente de lágrimas

brotó de la cuenca dorada de sus pestañas para empañar sus pupilas y humedecer aquellos pómulos elevados, siempre arrogantes y arrolladores en su altivez.

Tan solo cuando un hondo sollozo brotó de lo más profundo de su pecho, se llevó la mano a los labios para tratar de sofocarlo, en tanto las lágrimas descendían ya sin freno para morir contra las sonrosadas comisuras o despeñarse por el abismo que abría el anguloso contorno de la mandíbula.

—Ten cuidado, Jack… —susurró a aquella figura animada que portaba una antorcha y un gran horquillo y se adentraba en las sombras de la noche en compañía de los demás hombres.

August dobló el periódico por la mitad, rememorando mentalmente las últimas líneas que acababa de leer con gesto preocupado.

… las fechorías del famoso estafador que en los últimos tiempos ha traído en vilo a las autoridades tienen los días contados. Después de sus primeros desfalcos en el norte del país y a pesar de las identidades falsas que ha estado empleando en cada estado, se le ha seguido la pista muy de cerca hasta el punto de que en estos momentos podemos asegurar a los ciudadanos que el timador se encuentra acorralado en Misuri, probablemente en el condado de Clay…

August tragó saliva y se pasó la mano por los inamovibles rizos dorados, peinados con esmero hacia atrás. Tenía que abandonar aquella región cuanto antes. No podía arriesgarse a que le echaran el guante justo ahora que tenía los bolsillos repletos… otra vez.

Cierto que en el condado de Clay no había podido estafar una cantidad tan vasta como le hubiera gustado; aquellos malditos hacendados resultaban desconfiados y difíciles de persuadir, pero al menos no iba a marcharse con las manos vacías. Les había birlado sus buenos billetes a aquellos engordados pavos reales en apenas unas pocas semanas y, en el proceso, había degustado los manjares de sus mesas y catado los mejores caldos de sus bodegas. Si no pudo gozar además de las carnes nacaradas de sus hijas y hermanas no fue por no haberlo intentado, tan solo porque la señorita Moongrove por poner un ejemplo, la más hermosa y apetecible de todas, resultó más inaccesible que una piraña hambrienta.

Se había jugado el tipo en numerosas ocasiones adulando a esos cretinos que solo oían lo que querían oír para alimentar sus egos envanecidos, había agudizado su ingenio y sacrificado muchas horas

como para arriesgarse a perderlo todo de un plumazo.

Si lo que la prensa refería era cierto —y no se trataba tan solo de un ardid para tranquilizar a los peces gordos—, las autoridades le situaban con certeza en el condado, solo tenían que ir estrechando el círculo para obligarlo a salir como al incauto conejo de su madriguera. Y si no lo hacían las autoridades, lo harían esos sucios sabuesos que le seguían el rastro desde el norte, enviados por alguno de aquellos ricachones injuriados. Él bien lo sabía: estaban ahí, entre las sombras, esperando el menor descuido para echarle el guante. Había sido toda una suerte haber podido darles esquinazo hasta el momento.

Arrojó el periódico sobre la cama y volvió la cabeza para observar con desidia por encima del hombro. Mary dormía, feliz y conforme con lo poco que tenía. Con lo poco que él tenía a bien brindarle. Su cabello enmarañado imitaba sobre la almohada el nido de algún pájaro que hubiera sufrido desperfectos durante una caída reciente; la curvatura de su espalda se perfilaba como una ondulación sensual y lechosa. Su trasero en forma de corazón, que tanto deleite le había proporcionado durante las últimas semanas, asomaba su voluptuosidad con descaro bajo la ropa de cama.

Suspiró. Lo había pasado bien con ella. Había sido un año incierto y plagado de grandes dificultades —el riesgo que corría adentrándose en la boca del lobo para estafar a aquellos prohombres arrogantes y avariciosos en sus propias caras no era poco— y la presencia de Mary en los últimos tiempos había supuesto un agradable paliativo y una deliciosa distracción. No era una señorita precisamente, tan solo una pobre y vulgar posadera, pero a la hora de calentarle el lecho y procurarle entretenimiento nocturno había cumplido sobradamente su cometido. Además de haberle entregado su doncellez, lo cual suponía la guinda perfecta para un pastel no demasiado apetecible, pero con el que tenía que contentarse para matar la gula.

Exhaló lentamente por la nariz antes de dirigirle una última mirada. Quizás sí llegara a echarla de menos. Parpadeó un par de veces antes de negar con la cabeza y recomponerse. ¿Estaba loco? No había cabida en su vida para sentimentalismos absurdos. Y mucho menos para dedicarlos a un sayo vulgar y corriente, apenas deseable. Lo único que importaba era el dinero. El dinero y obtener una existencia acomodada. Y continuar, continuar progresando.

Se levantó de la cama y abandonó la habitación para nunca más volver.

22

Olivia apenas consiguió pegar ojo durante toda la noche. En realidad ni siquiera alcanzó a desvestirse para probar la cama.

Permaneció sentada frente a la ventana y los ojos abiertos de par en par —en ocasiones luchando contra el picor de párpados que provoca el cansancio y los bostezos interminables que invitan a dejarlo todo a un lado para entregarse a los brazos de Morfeo—, buscando en lo alto de la ladera las luces titilantes que indicarían el camino que entonces trazaba la partida de búsqueda. Jamás una noche se le había mostrado tan interminable ni tan angustiosa como lo fue aquella.

Con las primeras luces de la alborada regresaron los hombres y con ellos la noticia de que el pequeño Germain había aparecido en el interior de una de las galerías. Por lo visto el suelo se había desplomado bajo sus pies y el pequeño acabó fracturándose una pierna y un par de costillas. La decisión de Bonneville entonces resultó inamovible: debían dinamitar las viejas galerías para evitar accidentes como aquel en el futuro.

¡Cuál no sería la estupefacción de Olivia —y su consiguiente grado de preocupación posterior— cuando hubo de enterarse que el encargado de portar los explosivos y colocarlos después en cada galería iba a ser el propio Jack! ¡Por poco se le sale el corazón del pecho cuando fue consciente de la gravedad real de semejante encomienda!

Con gusto iría a reclamarle a Ada, con gusto le pediría que intercediera en su favor para conseguir que Bonneville enviara a otro trabajador cualquiera en su lugar, con gusto gritaría al cielo que Jack no podía arriesgar su vida de un modo tan descuidado, sobre todo encontrándose ella como se encontraba en vilo y pendiente de él…, pero no podía hacer nada sin exponerse o comprometerse del todo. ¿Qué impresión podría dar al resto del mundo que la señorita Moongrove se interesara por las tareas de Jack Payton, aquel invisible e insignificante mozo de establo que no tenía ni donde caerse muerto? ¿Qué interés podría tener en evitarle ese encargo?

No le quedó, por tanto, más remedio que encajar la mandíbula y

tragar. No obstante no estaba en su ánimo ni en su naturaleza de continuo revoltosa permanecer quieta sin hacer nada y, por tanto, no lo hizo.

La noche cerraba completamente sobre el bosque mientras Jack, después de ascender la ladera cargado con aquellos enormes cajones de madera que contenían la pólvora suficiente para sellar de forma definitiva las boqueras de las minas, permanecía postrado de hinojos sobre el manto verde perlado de rocío nocturno, manipulando los últimos cordones detonantes.

Se encontraba absorto en la labor, que por cierto exigía de gran pericia y de toda la concentración posible, cuando un crujir de hojarasca a su espalda lo obligó a volverse de inmediato.

Hubiera esperado encontrarse con un animal nocturno —un jabalí, un lobo o tal vez un zorro merodeador—, tal vez con algún espíritu curioso que quisiera ser testigo, por puro morbo, de las detonaciones que iba a llevar a cabo, pero nunca esperó que sus ojos enfocaran en medio de la negrura de la noche la figura que entonces se presentó ante él como una súbita aparición.

La preciosa e inesperada aparición lucía un vestido de terciopelo en tono escarlata cuyo corpiño cerraba frontalmente en austera botonadura desde la cintura al cuello y que igualmente resultaba tan sensual e incitante como cabía de esperar, pues pese a su rigidez ceñía las formas de Olivia con absoluta impiedad. La falda, amplia y elegante, se enredaba entre los arbustos concediéndole la apariencia de un hada nocturna. Estaba hermosa. Pálida como la luna. Y hermosa. Su cabello dorado se recogía en un rodete sencillo a la altura de la nuca, permitiendo el rostro despejado sin asomo de caracolillos. Y era un rostro precioso. Seguía siéndolo. Después de todos aquellos días en los que no se había permitido ni siquiera mirarla, podía asegurar que continuaba siendo —quizás más que nunca— su luna hermosa.

Jack se levantó de inmediato, abandonando de golpe su posición acuclillada. Un profundo horror brillaba en las pupilas agrisadas.

—¿Qué diablos haces aquí? —gruñó.

No podía ser de otro modo. Olivia siempre se las ingeniaba para estar donde no debía, tanto por impropiedad como por riesgo para su propia seguridad.

Olivia elevó la barbilla con cierta altivez en aras de su sempiterna arrogancia aunque sus ojos reflejaban anhelo, tal vez también un extraño temor.

—¿Después de todo este tiempo sin dirigirme la palabra este es el recibimiento que vas a darme?

Jack chasqueó la lengua. Olivia y sus jueguecitos. Olivia y su constante ausencia de raciocinio. ¡No debería encontrarse allí arriba, por el amor de Dios, en plena noche, completamente sola y sin carabina!

—Este no es el momento ni el lugar para tus tonterías, Olivia. ¿Cómo se te ocurre adentrarte sola en el bosque? ¿Sabe alguien que estás aquí?

Olivia negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Tan inconsciente e insensata como siempre —murmuró por lo bajo. Sin conceder opción a réplica la tomó de la muñeca para tirar de ella y alejarla de un lugar que en cuestión de minutos iba a volverse realmente peligroso. Aunque Olivia no tenía pensado ponérselo fácil. Nunca podía dar su brazo a torcer con facilidad. Como si sus botinas se encontraran ancladas al suelo, la joven hizo firme sobre sus propias peanas para no moverse ni un ápice.

—Solo quería hablar contigo, necesito hablar contigo, Jack. Te echo de menos…

La mano que permanecía libre se asentó sobre el velludo antebrazo de Jack en sutil caricia. Por unos segundos los ojos de él volaron hasta aquella mano acariciante tan solo para terminar asentándose sobre los zafiros que lo miraban con atención.

—Ya sabes que no te creo —farfulló, soltándose del agarre y liberándola también a ella al mismo tiempo—. Dejé de hacerlo en base a tu falta de madurez.

Ella frunció el ceño y ahuecó los labios en caprichoso mohín.

—¡Te lo juro! He pensado en ti cada día y cada noche, Jack, no puedo sacarte de mi cabeza, ¿no lo entiendes?

—¿Entender el qué? ¿Que te aburres sin tu juguete favorito? ¿No es eso lo que siempre he sido para ti, Olivia: un miserable juguete con el que pasar el tiempo?

Olivia apretó los puños a los costados mientras Jack retrocedía unos cuantos pasos, alejándose de la razón de sus desvelos y también de todos y cada uno de sus pesares.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —gritó ella. Sus ojos de hielo refulgían, las aletillas de la nariz se inflamaban en base a su creciente nivel de enojo—. ¡Tú no sabes nada! ¡No entiendes nada, maldita sea!

—Sé lo suficiente: nunca dejaré de ser el miserable mozo de cuadra que apesta a estiércol y que de vez en cuando goza de un minuto de tu eternidad.

Olivia boqueó, incrédula ante la postura que de pronto tomaba aquel hombre a quien había conocido en su papel de eterno sufridor silencioso.

—¡Me estoy rebajando ante ti! ¡He venido hasta aquí arriba por ti! ¿No te das cuenta? ¡Estoy diciéndote cuánto te echo de menos y tú solo piensas en atacarme y martirizarme!

Jack se llevó las manos a las sienes y apretó fuerte.

—¡Eres tú la que parece no darse cuenta de nada! ¡Hablas de rebajarte! ¿No ves que no me tratas como a un igual? Jamás lo has hecho y jamás lo harás.

Olivia encajó los molares, sus ojos aparecían velados por la promesa de un llanto inminente. Dio un paso adelante para tratar de tomar sus manos, de sostenerse contra sus brazos y tal vez reposar la cabeza contra la amplitud velluda de su pecho, pero algo en su interior, tal vez un inesperado resquicio de prudencia y sensatez, la instó a permanecer en su sitio.

—Jack, yo…

—¡Yo solo quiero vivir en paz! —gritó al cielo—. ¿No ves que no podemos convivir el uno cerca del otro? Nos hacemos daño, Olivia, constantemente. Acabaremos por matarnos si seguimos con esto.

—Acabaremos por matarnos si nos negamos esto.

Jack negó con la cabeza.

—No me vas a dejar otra opción. Me iré a otra plantación, lo más lejos posible de ti, y acabaré con esta locura de una vez y para siempre.

Olivia gruñó en voz alta, como una fiera malherida.

—¡No se te ocurra! —En sus pupilas brillaron las lágrimas. Por sus mejillas empezaron a descender raudas dichas lágrimas—. ¡No se te ocurra marcharte, Jack Payton o te juro que…!

—¿Qué, Olivia? ¿Qué harás?

Presa de la desesperación se llevó las manos a la cabeza para agarrar el cabello a puñados y desasirlo de la sujeción de las horquillas.

—¿Acaso te crees el centro del mundo, maldita sea?

Jack frunció el ceño.

— ¿Y acaso lo eres tú, niña rica?

Ardiendo de rabia, Olivia descendió una mano para descargarla sobre el rostro de Jack, que asimiló la bofetada sin inmutarse. Dándose cuenta de inmediato de lo que acababa de suceder y evidenciando con ello que había actuado con absoluta inconsciencia, Olivia retrocedió varios pasos temblando como una vara verde. Pero lejos de disculparse por aquel gesto que acababa de romperle el alma, cargó contra Jack totalmente fuera de sí:

—¿Ves lo que me has obligado a hacer? —De nuevo valiéndose de la mano inquisidora aporreó el pecho del hombre con pueril enojo—. ¡No tienes corazón! ¡No lo tienes!

Jack frenó como pudo sus envites y finalmente optó por alejarla

con brusquedad mientras alzaba los brazos, desesperado, y lanzaba al aire un feroz gruñido de impotencia.

—¿Y tú hablas de corazón? —Clavó en ella sus rasgados ojos para expresarse a través de unos dientes apretados, expulsando toda su rabia entremezclada con espumarajos de saliva—. ¡Lo único que hay en tu pecho es un frío trozo de metal! ¡Nunca ha existido otra cosa dentro de ti!

Olivia tragó seco, incapaz de responder. Sus labios y su barbilla temblaban y en el interior de sus párpados se fraguaban los preliminares de un llanto que amenazaba con no tener fin. Se limitó a mirar a Jack con las lágrimas bailando en sus pestañas de oro.

—Nunca he querido hacerte daño, nunca quise burlarme de ti…

Jack jadeó, ahogando una sonrisa cáustica.

—¡No sea ridícula, señorita Moongrove, reírse de mí es precisamente lo que ha estado haciendo usted durante todo este tiempo!

Olivia frunció el ceño, avanzando hacia él pero manteniendo la prudente idea de permitir una cierta distancia entre los dos.

—No es cierto, Jack —apenas en un susurro—, he abierto los ojos y sé que te quiero, siempre te he querido, solo que no lo sabía…

“Mentía. ¡Mentía! Siempre lo hacía”.

—Y necesito un mundo en el que tú estés…

—¡No! —rugió como un auténtico animal, provocando que Olivia diera un salto en su posición—. ¿Para qué querrías un mundo así? ¿Para continuar insultándome? ¿Para ofenderme con tu altivez? ¿Para echarme en cara mi miserable condición de sirviente una y mil veces? ¿Para decirme que apesto?

Olivia sollozó en voz alta. Las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

—¡Eres y siempre has sido mi perdición! ¡Ojalá estuviera muerto! —Sus pupilas brillaban ahora también a causa de las lágrimas no derramadas—. ¡Ojalá lo estuvieras tú, maldita sea!

Olivia estalló en un sonoro sollozo que la llevó a convulsionar los hombros.

—¿Cómo puedes decir eso? Dios bendito, ¿cómo puedes decirlo?

Herida en lo más profundo de su ser, apretó los puños a los costados, inhaló en profundidad y optó por echar a correr, completamente cegada por el llanto, hasta desaparecer entre hipidos por la boquera que encontró más cerca.

23

Todo sucedió apenas en una fracción de segundo. Cuando Jack quiso apercibirse de lo que en verdad acababa de suceder, Olivia ya había entrado corriendo en la oquedad más cercana, oscura como boca de lobo.

—¡Olivia, vuelve! ¡Vuelve, maldita sea! —gritó fuera de sí—. ¡Todo va a venirse abajo!

Y en efecto, dentro de apenas unos pocos minutos, aquella y otras galerías contiguas iban a volar por los aires hasta desaparecer por completo. Para algo había dejado en su interior con anterioridad la carga explosiva y manipulado los temporizadores. Apenas disponía de tiempo y aquella insensata —aquella mujer a la que amaba con toda su alma— estaba a punto de desaparecer bajo la inclemencia de una nube de tierra y rocas.

Y él sí que no estaba dispuesto a afrontar un mundo sin ella.

Un intenso olor a humedad la abofeteó bruscamente en la cara y aún no había dado ni diez pasos hacia el interior de aquel averno cuando la repentina invasión de telas de araña enredándose en su rostro y en su pelo la obligó a detenerse.

Aprovechó la pausa en su frenética carrera para limpiarse las lagrimas a manotazos, sorberse la nariz bruscamente y llenar el aire de sollozos e hipidos descontrolados. Ayudados por la sonoridad de aquellas cavernas angostas, el llanto acabó adquiriendo matices guturales.

Ni la penumbra de aquella galería ni las paredes horadadas en la tierra ciñéndose sobre ella le impidieron proseguir su avance al cabo de un rato. Un denso olor a tierra mojada, a moho y a aire pútrido hería sus fosas nasales, provocándole una intensa picazón. A cada paso y bajo el peso de sus botinas el mullido crujir de la alfombra formada por excrementos de murciélago la obligaba a reprimir una mueca de repugnancia con su consecuente sucesión de náuseas. El sonido insistente de una filtración goteando en algún punto invisible ayudaba a hacer de aquel lugar un escenario lúgubre y siniestro.

“Eres y siempre has sido mi perdición! ¡Ojalá estuviera muerto! ¡Ojalá lo estuvieras tú, maldita sea!”.

Rememorar en su cabeza tales palabras la llevaron a estallar en una nueva y sonora sucesión de lamentos. ¿Cómo podía decir algo así? ¿Acaso no tenía corazón?

La oscuridad se cerraba completamente sobre ella. Ni aun tratando de adaptar sus pupilas a la negrura que lo devoraba todo podía percibir en derredor más que los fantasmagóricos contornos de aquellos pasadizos excavados hacía décadas. El chillido de los murciélagos que pendían de las alturas como espectros de otro mundo, así como el aleteo amenazante de alguna de aquellas ratas voladoras sobrevolando su cabeza, empezaban a asustarla de un modo sobrecogedor.

Resopló y continuó caminando con gran esfuerzo. Los bajos de sus faldas permanecían encharcados y pesaban mucho más de lo deseable, dada la situación. Si hubiera confeccionado sus enaguas con hule no le resultarían tan incómodas en esos momentos como aquella tela escarlata, de eso estaba completamente segura.

Y de repente la tierra rugió con furia, como si en lo más hondo de sus entrañas todas sus vísceras se revolvieran con gran violencia. Una brusca sacudida arrojó a Olivia por los suelos, hundiéndola por completo en un cenagal de excrementos. Tuvo que apretar la boca y cerrar los ojos para evitar tragar gran parte de aquella hedionda masa informe y, con todo, su rostro acabó embadurnado de un viscoso líquido lleno de tropezones.

Grandes cantidades de tierra cedieron a su alrededor y una densa nube de polvo surgida del interior de la caverna invadió la atmósfera volviéndola casi de inmediato irrespirable. Desde las entrañas de la tierra el rugido sordo y prolongado continuaba resonando con furia en aquellas paredes, como si de algún modo la naturaleza actuara en defensa propia contra el afán de los hombres que pretendían mancillarla.

Olivia tosió. Sentía la garganta y las fosas nasales obstruidas y una importante quemazón abrasándole el pecho y hasta los pulmones. Se llevó la mano al busto y trató de toser con más fuerza, pero el intenso dolor que apuñaló su esternón la obligó a desistir de su propósito. La boca le sabía pastosa, la sentía completamente llena de tierra, inmundicia y arenisca y, por un instante, sintió que podía llegar a desmayarse de un momento a otro ante la falta de oxígeno.

Escupió de forma ruidosa achicando los ojos para tratar de enfocar algo en derredor pero el polvo y la tierra corrida lo invadían todo. Le picaban los párpados, el interior de la nariz y la garganta. La cabeza amenazaba con estallar.

—¡Olivia, Olivia! —La urgencia de una potente voz masculina

reclamándola desde alguna parte en la oscuridad la obligó a despabilarse de inmediato.

—¿Jack? Jack… ¡oh, Jack! —Pero su voz sonaba tan débil a pesar de la desesperación que difícilmente podría escucharse por encima del ronco rugido que ascendía del corazón de aquellas cavernas. Intentó ponerse en pie pero al caer debió de hacerse daño en los pulsos y ahora se sentía incapaz de emplearlos para hacer fuerza—. Estoy aquí, Jack… Jack, maldita sea, ¡estoy aquí…!

— ¡Olivia! ¡Olivia, ¿dónde estás?! —La desesperación con que aquella voz la reclamaba evidenciaba que de ningún modo había escuchado su respuesta.

“Santo Dios, haz que me escuche, haz que me escuche y llegue hasta mí…”.

Manteniendo las temblorosas manos unidas y alzadas hacia el cielo Olivia continuaba implorando en silencio. ¿Cuánto hacía que no rezaba? Con vergüenza reconoció que ya ni lo recordaba.

“… el señor es mi pastor, nada me faltará, en verdes pastos me hará descansar…”.

Una mole descomunal e imbatible como si hubiese sido toda ella esculpida en piedra se cernió de pronto sobre su persona con tal ímpetu que Olivia se dispuso a cerrar los ojos y dejarse morir ante la certeza de ser aplastada en aquel mismo instante.

El Señor parecía no responder a sus plegarias y optaba por sepultarla bajo el peso de una titánica roca. Fuere su voluntad, al fin y al cabo siempre había sido una insensata incapaz de cumplir sus propósitos de templanza y moderación. ¿Por qué el Altísimo habría de escucharla esta vez? Cerró los ojos y se dejó llevar, demasiado cansada como para rebelarse y luchar por su propia vida.

Pero la mole de imbatible piedra no parecía desear aplastarla sino que más bien parecía querer protegerla bajo el muro infranqueable que ofrecía su propia superficie.

—Olivia, ¿estás bien?

Un par de manos ansiosas recorrieron a tientas su cuerpo, enmarcando su rostro y palpándolo con codicia, como si necesitara confirmar su identidad a través de la ceguera a que obligaba el momento.

—Dime que te encuentras bien…

Olivia parpadeó con nerviosismo tratando de distinguir la silueta que daba forma a aquella voz familiar y anhelada. Tan solo podía percibir una mole cálida arrodillada a su lado, inclinada sobre ella para situarse a su altura.

—¿Estás herida? —repitió con insistencia ante el silencio de la joven—. ¡Dime que estás bien! —insistió. La rodeó con sus brazos y la

estrechó contra el refugio anchuroso que ofrecía su pecho, recorriendo con los dedos la curvatura de su espalda, abarcando completamente sus omóplatos y besando con ardor las doloridas sienes.

Olivia no deseaba hablar. Muy dentro de ella el corazón rebotaba dolorosamente contra las costillas y amenazaba con romper su jaula ósea. Cerró los ojos y, acunada como un pajarillo en la calidez de aquel refugio, sintió por un momento que nada malo podía sucederle. Nada malo a partir de ahora. Jack estaba con ella.

—¡Olivia, Olivia responde! —exigió, apretándola aún más contra el muro imbatible de su pecho—. ¡Maldita sea, no deberías haber entrado!

—Ahora estoy bien, Jack… —Los labios secos, la garganta áspera y la lengua deslizándose en su boca como una lagartija por un cauce seco hicieron sonar su voz como un lamento gutural.

—¿Por qué demonios has entrado aquí, Olivia?

"Me querías muerta…".

Sin embargo nada de lo pasado importaba ya, se encontraba entre sus brazos, en los brazos de aquel hombre que durante tanto tiempo había vuelto su mundo del revés. Si tenía que morir, aquel era el mejor momento para hacerlo: abrazada a él, embriagada por su aroma, siendo Jack la última persona que viera, oyera y sintiera antes de morir.

—Estoy bien… —repitió.

—No, no lo estás, Olivia —la sujetó por los hombros y trató de hacerle entender—, tenemos que salir de aquí, todo esto va a quedar sepultado. Las galerías acabarán aplastadas y nosotros dentro, si no salimos pronto. Agárrate a mí, te llevaré en brazos.

Olivia continuaba sollozando y cediendo al torrente de lágrimas que no dejaba de manar de sus ojos. De hecho una vez abierta la presa que las contenía, semejaba imposible truncar su violento descenso.

—¡Has arriesgado tu vida para entrar a por mí pese a todo lo que te he hecho! —bajó la voz para terminar apenas en un lastimoso susurro—. Pese a todo lo que llevo años haciéndote. Perdóname, Jack, perdóname…

Jack atajó el raudo recorrido de una de aquellas lágrimas con el pulgar, demorándose después en acariciar con el dedo la mejilla de Olivia.

—De nada me serviría mi vida sin ti, mi luna hermosa.

Sin mediar palabra la levantó con la misma facilidad con que levantaría una pluma, acunándola contra su pecho y caminando con ella en medio de la oscuridad y el escaso espacio que permanecía todavía abierto. La acompasada respiración del hombre y la calidez ardiente que vestía su piel consiguieron transmitirle a Olivia una

agradable sensación de placidez e intimidad.

No llevaban caminando más de veinte vacilantes pasos cuando un nuevo estallido a sus espaldas quebró la inestable paz de aquellos pasadizos. Jack se tambaleó, quizás a causa del brusco sacudimiento que agitó la tierra bajo sus pies o quizás a causa de lo inesperado y violento del estruendo. Nuevos desprendimientos de tierra tuvieron lugar detrás de ellos invadiendo la atmósfera con ingentes y asfixiantes nubes de polvo. Olivia tosió mientras sentía cómo Jack apuraba el paso buscando la salida.

—¡No tengas miedo, saldremos de aquí, te lo prometo!

En esos momentos no caminaba, sino que corría con su preciada carga en brazos. Olivia se aferró con fuerza a él, rodeando su cuello con brazos ansiosos. Tenía mucho miedo. Estaba realmente muerta de miedo.

—Te creo, Jack…

Todo sucedió entonces en cuestión de un miserable segundo. Una nueva explosión todavía más violenta y cercana que las anteriores la arrancó bruscamente de los brazos de Jack para lanzarla lejos. Si hubieran estado en medio de un descampado hubiera podido asegurar que un rayo los había fulminado a ambos, partiéndolos en dos. Pero no se encontraban en un descampado sino en un túnel nauseabundo y oscuro en las entrañas de la tierra e igualmente el mazazo había sido brutal.

Lo inesperado de su caída provocó que se golpeara la cabeza contra algo sólido mientras una lluvia incesante de piedra y arenisca comenzó a azotarla con violencia desde todos los ángulos. Completamente desorientada reptó sobre aquella superficie henchida de excrementos y tierra movida, palpando con desesperación la oscuridad en busca de algún vestigio de Jack Payton.

—Olivia… Olivia, santo cielo, ¿estás herida? —La voz de Jack, surgida a cierta distancia aunque débil y casi sin aliento, consiguió concederle una pizca de esperanza.

—Estoy bien, ¡oh, Dios mío! Estoy bien… —respondió ignorando la cálida viscosidad de aquellos regueros que surcaban sus mejillas y morían en la comisura de sus labios, ofreciéndole el innegable sabor de la sangre—. ¿Dónde estás, Jack?

Un hondo resuello se escuchó en la oscuridad y el corazón de Olivia dio un vuelco ante una indiscutible certeza: Jack había gemido. Jack estaba sufriendo. Tal vez estaba herido…

—Jack, ¿tú estás bien?

Pero ninguna respuesta llegó a los oídos de la joven.

A tientas, temblando a causa del miedo y la desesperación, con el corazón zumbando en su garganta y los anillos de una constrictora estrangulando sus entrañas, se movió de rodillas trazando amplios

círculos en el aire con sus brazos. Con los dedos extendidos y los ojos abiertos de par en par buscó en la oscuridad cualquier indicio que le proporcionara la certeza de que todo estaba bien, de que Jack no se encontraba fatalmente herido y de que pronto podrían salir de allí. Juntos.

—Jack, respóndeme… ¡Respóndeme, maldita sea!

Pero tan solo la oscuridad y un ronco rumor ronroneando todavía su vileza en las entrañas de la mina llegaban en respuesta a su clamor. En esos momentos y más que nunca tenía la certeza de que algo iba terriblemente mal.

—¡Buscaré ayuda, Jack… te sacaré de aquí! —dijo en voz alta. Y aquellas palabras adquirieron visos de promesa inquebrantable.

Avanzando de rodillas, apoyando manos y codos en el suelo y hundiendo su cuerpo a cada paso en aquella mugrienta masa de excrementos, arenisca y tierra, consiguió salvar una distancia incierta entre sollozos. Como pudo se puso en pie y empezó a correr a tientas hacia ninguna parte. Corrió, corrió como una demente, usando sus brazos extendidos como referencia y tropezando con todo, enredándose en sus propias faldas encharcadas. Nada veía en realidad, una intensa nube de polvo lo invadía todo, y si ya de por sí la caverna estaba oscura, después de las primeras explosiones y derrumbamientos se había vuelto imposible ver nada en su interior.

“¡Oh, buen Dios, ayúdanos, sácanos con vida de aquí! Prometo enmendarme de todos mis pecados si haces que los dos salgamos con vida…”.

De pronto pareció que el sol se hubiera resquebrajado en mil jirones de luz dentro de aquella empalagosa oscuridad.

Una luz rojiza e hiriente lo invadió todo, deslumbrándola de tal forma que ya no fue capaz de ver nada más allá de aquel resplandor mortífero. A continuación una mordedura salvaje arremetió contra su cuello, arrancándole la piel, los huesos y hasta la vida, obligándola a aullar de dolor. El ruido ensordecedor que sobrevino a continuación terminó por minar sus sentidos y su cordura. Cerró los ojos y apretó con fuerza, pero aquella luz cegadora continuaba allí, cosida al interior de sus párpados. La sensación de impotencia y abandono, y aquel dolor tan brutal e insoportable que desgarraba su cabeza terminó por derrumbarla. ¡Ciega, sorda, incapaz…! Jamás había experimentado un dolor tan descomunal y sabía que jamás iba a estar preparada para lidiar con él.

Por eso se dejó ir.

24

El dolor era insoportable. Y precisamente eso sentía: que no lo podría soportar.

Una quemazón infinita y desconocida resbalaba por su cuello y su rostro, abrasándola por completo, llenándola de un dolor punzante que convertía su cabeza en un caldero hirviente.

Quiso gritar, pero sus labios no respondían. Quiso levantar los brazos y llevarlos a esa parte de su cuerpo que notaba calcinada, ardiendo en pura llama, pero por alguna extraña razón los brazos no respondían. Los sentía inertes a ambos lados de su cuerpo. Cansados y doloridos. Intentó abrir los ojos, pero los párpados pesaban demasiado y arrastraban su mundo a la oscuridad, sepultándola en la negrura más inmensa.

Jamás había imaginado un suplicio tan cruel. ¿Acaso había muerto y ese era su purgatorio? ¿Acaso esa era la mejor forma de expiar sus pecados?

Las llamas ardientes devoraban su garganta y lamían con su roja lengua de fuego cada parcela de piel de su cabeza. Y dolía. Dolía hasta extremos insospechados e insoportables. Dolía tanto que sentía la inmensa necesidad de gritar hasta desgarrarse el alma. Y el martirio más grande procedía precisamente de su incapacidad para hacerlo.

¿Cuánto tiempo estuvo así? No era capaz de precisarlo. Podrían haber sido horas, días e incluso semanas. Había perdido completamente la noción del tiempo devorada por aquel tormento incesante.

En algún momento fue capaz de percibir algo frío y agradable sobre su frente y su garganta abrasada, proporcionándole fugaces instantes de bienestar. También creyó escuchar la acariciante voz de su hermana cerca de ella, e incluso juraría haber sentido sus dedos acariciando su rostro y peinando con mimo su cabello, como cuando eran niñas.

¿Acaso Ada notaba ese fuego infernal que la estaba devorando? Y si era así, ¿por qué no hacía nada para ayudarla? ¿Acaso la estaba castigando por tantos años de arrogancia y desdén?

Cuando Olivia abrió los ojos se encontró con el rostro expectante de Ada cerniéndose sobre ella. La amplia sonrisa que se dibujó en el semblante de su hermana consiguió tranquilizarla de algún modo, aunque el temblor de sus comisuras no conseguía transmitirle verdadera quietud. Tenía los ojos brillosos y la barbilla trémula.

—¡Por fin despiertas, dormilona! —Y el tono nervioso de su voz, así como los surcos azulados bajo sus ojos, evidenciaban una verdadera preocupación—. ¡Has estado inconsciente cuatro días enteros!

¿Cuatro días? Demasiado tiempo de tormento. Un rápido vistazo en derredor le anunció que se encontraba en su alcoba y que una tenue luz diurna se filtraba con timidez a través de los ligeros visillos de su ventana. De no ser por el zumbido que perduraba aún en su cabeza podría llegar a pensar que todo había sido un mal sueño, una pesadilla de la que había rogado mil veces poder despertar.

Cuando hizo ademan de alzar la mano hasta el cuello y consiguió rozar apenas con la yema de los dedos una superficie humedecida y extraña, supo que algo no iba bien. Ada le propinó un cariñoso manotazo para evitar el contacto.

—¡No te muevas! —amonestó nerviosa, y acto seguido pareció calmarse—, recuerda que acabas de sobrevivir a varias explosiones.

Una punzada de inquietud aguijoneó repentinamente su corazón y abrió un enorme hueco en su estómago, preludio inequívoco de un terrible presentimiento. Impulsada por un invisible resorte se incorporó en el lecho apoyándose sobre los codos para evaluar daños. Porque teniendo en cuenta la pesadez de su cuerpo y el nerviosismo de Ada, era evidente que los había habido. Pero al levantarse, un fuerte dolor laceró sus sienes y avivó en el interior de su cabeza un disparatado enjambre de abejas que jamás había imaginado encontrar allí.

—Debes descansar —insistió, empujándola levemente por los hombros hasta conseguir recostarla de nuevo—, todavía te encuentras muy débil.

Intentó erguir la cabeza de la almohada, pero Ada la obligó a recostarla otra vez. Entonces desistió de preocuparse más por sí misma y decidió preocuparse por quien de verdad importaba.

—¿Dónde está Jack?

El acusado ceño fruncido de Ada no resultaba de gran ayuda a la hora de intentar tranquilizarla.

—¿Jack, el mozo encargado de los explosivos?

Olivia empezaba a perder la paciencia. Jamás la había tenido pero en aquellos momentos se encontraba en la cuerda floja emocional.

—¡Jack Payton, Ada, el hombre que me salvó la vida!

Ada cabeceó en asentimiento y tragó saliva con evidente dificultad. Todos y cada uno de sus gestos evidenciaban que algo terrible había sucedido en el interior de aquella galería y, para la mente perspicaz de Olivia, semejantes indicios no podrían pasar inadvertidos de ningún modo. Por ello, mientras Ada se afanaba en mullir los extremos de la almohada con fingida calma, Olivia se incorporó lentamente, asomando a su rostro su más severa y amenazante expresión.

—Ese hombre ha arriesgado su vida por mí, Ada —arrastraba las palabras como si su boca estuviera todavía llena de arenisca—. Ha entrado en esa galería a buscarme poniendo en peligro su propia vida, sin importarle nada más. Creo que me merezco al menos saber qué ha sucedido.

Ada se sentó en el borde del lecho y alzó los ojos hacia la claridad que llegaba a través de las ventanas. Ni el hondo suspiro que huyó de sus labios ni el nervioso movimiento de sus manos sobre el regazo anunciaban una noticia agradable. Inclinó la cabeza antes de responder.

—No hemos sido capaces de encontrar a Jack. —Miró a Olivia con el ceño severamente fruncido y los ojos vidriosos. La barbilla le temblaba.

—¿Cómo que no le habéis encontrado? —farfulló, empleando un registro sombrío. Un jadeo la interrumpió. Sus palabras surgieron a continuación de forma atropellada—. ¡Caminábamos hacia la salida y… y una nueva sacudida nos sorprendió y los dos caímos al suelo! Le perdí de vista, pero consiguió hablarme, ¡estaba vivo! Herido pero vivo… Yo prometí buscar ayuda…

Un violento sollozo la obligó a silenciarse. Cubrió el rostro con las manos mientras un millón de lágrimas se desbordaban entre los dedos, bañando su cara.

—Llevan cuatro días buscándole, día y noche, y nadie ha podido dar con él. La mayoría de las galerías se han derrumbado, todo ha quedado sepultado bajo enormes pilas de tierra y roca, como estaba previsto. —Ada enmudeció. Ante ese delator silencio, Olivia descubrió su rostro y miró a su hermana con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué pretendes decirme?

Ada inclinó la cabeza, volviéndola a un lado. En ese instante un violento navajazo partió en dos el corazón de Olivia, ahogando su alma y su ánimo con la sangre por este vertida.

—¡No! —Un grito desgarrador quebró el aire—. ¡No! ¡No! ¡No!

Apartó las sábanas a un lado y se deslizó decidida fuera del lecho. Nada más ponerse en pie, todas las paredes de la alcoba dieron un brusco giro en derredor, obligándola a abrir los brazos para mantener el equilibrio. Sin embargo, poco le importaba en ese instante la

molesta sensación de mareo, ni tampoco las náuseas posteriores que le sobrevinieron. Nada podría importarle ya que el mundo entero estallara en mil pedazos ante sus ojos.

—¿Adonde crees que vas? —exclamó Ada, levantándose de inmediato y sujetando a su hermana por los codos—. ¡Todavía estás muy débil, no debes abandonar el lecho!

Olivia encaró a su hermana clavando en ella sus ojos de hielo.

—¡Si no habéis sido capaces de encontrar a Jack, yo le encontraré! —Su tono desquiciado no admitía réplica—. No voy a quedarme ahí tumbada sin hacer nada mientras él se encuentra solo en alguna parte…

Ada comprendió entonces que había llegado el momento de ponerse firme y tomar las riendas.

—¡No vas a ir a ningún sitio, muchachita terca! —alzó la voz más de lo necesario para recalcar su autoridad. A continuación bajó el tono hasta conferirle un registro dramático —. Si una cuadrilla entera de hombres no ha sido incapaz de encontrarle será porque…

La crudeza de la realidad le impidió continuar.

La expresión de espanto que se dibujó en el rostro de su hermana, así como el alarido ronco y desgarrado que huyó de su garganta, obligaron a Ada a actuar con prontitud, sosteniéndola por los hombros para evitar que se desvaneciera en ese mismo instante.

— ¡No, mientes! ¡Estás mintiendo…!

Olivia se dejó ir lentamente hasta que sus rodillas tocaron el suelo e, inclinada sobre el lecho, sostenida a duras penas por su hermana, no pudo reprimir la sucesión de jadeos entrecortados que la avasallaron mientras trataba de no perder la razón.

—Tenemos que ser fuertes, Olivia, a menudo el Señor nos envía duras pruebas que debemos superar…

—¡No! —gimió desesperada—. ¡Nooooo, cállate!

—¡Cálmate, por el amor de Dios! Todos teníamos en alta estima a Jack, pero no sirve de nada ponerse así. —Trataba de contenerla sujetándola con todas sus fuerzas, pero la joven seguía convulsionando y gritando completamente fuera de sí. Sus ojos desorbitados y su mandíbula descompuesta evidenciaban su delirio. Sus manos crispadas y su expresión demencial no auguraban nada bueno.

—¡Nooooo! —chilló con voz desgarrada, apretando los puños y luchando ferozmente por librarse de la afectuosa invasión de su hermana. Su rostro, enrojecido y bañado en llanto, ofrecía la más lastimera máscara imaginable de dolor—. ¡Nooo! ¡Noooo!

—¡Por el amor de Dios, que alguien me ayude! —desesperada, Ada clamó auxilio a cualquiera que pudiera ofrecérselo.

Varias doncellas irrumpieron en la estancia alertadas por los gritos desgarradores de la señorita Moongrove y las súplicas lastimeras de la señora, acercándose a ambas damas entre el revoloteo medroso de sus mandiles, para ayudar a la señora Bonneville a levantar del suelo a su desquiciada hermana. Entre todas consiguieron, en base a un arduo esfuerzo y a una paciencia encomiable soportando puñetazos y patadas por doquier, arrancar del suelo a Olivia y meterla en la cama, donde tras un intenso forcejeo, gritos salvajes y palabras malsonantes, consiguieron administrarle una considerable dosis de láudano.

Al cabo de un buen rato Olivia se fue apaciguando. Ada se inclinó sobre ella y la acunó entre sus brazos. Ambas lloraban. Ada, conmovida por el inesperado y brutal sufrimiento de su hermana y Olivia, derramando sus lágrimas en silencio a través de unos ojos solidificados y sin vida. Del mismo modo que se mostrarían los inertes ángeles de alabastro si pudiesen llorar.

—Ya está, cariño, no pasa nada, todo irá bien…

Arrullada por las afectuosas palabras de su hermana, por su tono conciliador y por el láudano que aletargaba su cuerpo, Olivia cerró los ojos, unos ojos hinchados y enrojecidos a causa del llanto, para rendirse y entregarse sin voluntad en brazos de Morfeo. Con gusto se entregaría en los brazos de la de fúnebre crespón si hubiera tenido a bien venir a por ella.

25

Horas después, cuando ya la noche había cerrado completamente, Olivia abrió los ojos de golpe. Su cuerpo, aunque lentamente, empezaba a despertar de los efectos del láudano.

Sacó los pies fuera del lecho y los arrastró tambaleante hacia el adornado tocador de palisandro, donde una pequeña palmatoria proporcionaba un latido de luz a la alcoba. La cabeza le zumbaba como si un enjambre de abejas hubiera construido su nido dentro de ella, las articulaciones le dolían y todo el cuerpo pesaba como si hubiera sido esculpido en piedra. Como pudo, alcanzó la silla y la retiró con cuidado para sentarse frente al espejo. No podía permitirse hacer ruido o, de lo contrario, aquel séquito de doncellas espoleadas por Ada se presentaría allí en menos de medio minuto para obligarla a guardar cama.

Acercó la palmatoria al espejo y se obligó a levantar la vista. Desde que había despertado intuía que algo no iba bien. No era tonta. Había percibido compasión en la mirada de Ada e incluso en la de aquellas bobas doncellas que ni siquiera se habían atrevido a mirarla a la cara. Y cuando lo hacían, era de forma esquiva, para desviar la mirada a continuación.

Levantó la suya muy despacio. La imagen del espejo le devolvió el reflejo de una joven cargada de ojeras, aunque no fue eso lo que provocó que su corazón dejara de latir y que la respiración se suspendiera.

Su hermoso cuello de cisne, antaño espigado, largo y nacarado como el de este bello animal, todo el escote, así como la parte derecha del rostro, desde la sien hasta la barbilla incluyendo mejilla y párpado, aparecía monstruosamente empañado por una película de color rojizo-amarillento llena de ampollas y horribles parches de pus.

Olivia sintió el nudo en la garganta y se obligó a tragar saliva para deslizarlo hasta abajo. De forma involuntaria cientos de lágrimas se arremolinaron en los lagrimales esperando el pistoletazo de salida. No se demoró mucho; a un repentino hipido de Olivia, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como de un surtidor. Ni un gemido, ni

un sollozo: solo una expresión desolada en su rostro y cientos de lágrimas corriendo en silencio.

Aquello era horrible, lo más horrible que había visto en su vida. Quiso tocar la piel dañada, pero no se atrevió. Sentía asco y miedo de sí misma.

Miedo de reavivar el dolor insufrible, demasiado reciente aún, y miedo a asimilar que la deformidad que cubría aquella parcela de su cuerpo, antaño hermosa y lozana, era ahora parte de ella. Y una parte que no podría cambiar ni con todo el oro del mundo.

La había alcanzado de pleno una explosión en el interior de la mina. Por eso lo había visto todo rojo de pronto: porque la sangre había inyectado sus ojos hasta empeñar por completo su visión. En un gesto instintivo se llevó la mano a los doloridos párpados y las lágrimas se deslizaron silenciosas entre sus dedos.

Y por eso se sintió abrasar por dentro durante un tiempo que se le antojó infinito: porque la explosión la había alcanzado desde un lateral, mordiendo su cuello, su escote y una parte del rostro. Las consiguientes horas de fiebre e infección debieron de ser las causantes de tan horripilante dolor.

Aspiró una desesperada bocanada de aire mientras las lágrimas no cesaban de correr. Su aspecto era terrorífico. Por más que volviera el rostro y tratara de ocultar la quemadura con el camisón, o dispersando mechones sueltos de cabello sobre el dañado escote, jamás podría disimularla por completo. Abarcaba una superficie demasiado amplia, y el hecho de que ascendiera por el cuello y se desplegara por todo el lateral derecho del rostro, afectando también el párpado y el pómulo, hacía que cualquier tipo de ocultación resultara un imposible.

Cerró los ojos y apretó con fuerza hasta que en el interior de sus párpados no vio más que chiribitas brillantes. A continuación los desplegó muy despacio, temiendo que la imagen del espejo fuera la misma que la horrorizó tan solo unos segundos antes. Y así fue. Una nueva oleada de sollozos la obligaron a agitarse en su asiento, sacudiendo los hombros con violencia anta cada nueva acometida.

Se había convertido en un monstruo. Jadeó, desesperada y rota de dolor, sintiendo que le faltaba el aire. Ya nunca más podría ponerse un escote, ni lucir su hermoso cuello, ya no podría esperar de los demás las miradas de admiración y envidia que siempre había despertado. Porque solo sería capaz de despertar repulsa o compasión. Y burlas. Era una criatura espantosa.

—Yo soy Olivia Moongrove… —gimió, tratando de contenerse para no gritar.

Cuando ya no pudo soportarlo más se llevó las manos a la boca y apretó fuerte para ahogar un maremágnum de gritos desesperados.

—¿Sigue Olivia empeñada en su porfía de no abandonar la habitación?

Ada asintió en silencio. Sentada frente a un confortable fuego, con los pies extendidos sobre un cómodo escabel, la señora Bonneville observaba meditabunda el cadencioso bailoteo de las llamas.

Un poco más allá, sentado en su habitual sillón orejero, Pierce Boneville permanecía ceñudo con un vaso de licor en la mano, pendiente del mismo baile seductor plagado de destellos anaranjados y chasquidos reconfortantes. La atmósfera que se respiraba en la sala era aciaga y concordaba a la perfección con el aire derrotado de sus ocupantes.

—Ha sido una deplorable desgracia… —comentó, más para sí que para cualquier otro interlocutor. Aunque la única que le acompañaba aquella tarde noche en el saloncito privado era Ada, y el fiel lacayo que permanecía bajo el umbral, tieso como un palo de escoba, a la espera de órdenes.

Ada inhaló por la nariz, tratando de contener un suspiro lastimero. Sin apartar la mirada del bailoteo embriagador de las llamas, comentó en un registro bajo y dolorido:

—Pierce, ¿qué va a pasar con ella ahora?

Su esposo le dedicó una mirada plagada de condescendencia. Ada sabía perfectamente lo que iba a pasar con ella. No hacía falta ser un lince para darse cuenta. Pero era obvio que Ada necesitaba que alguien compusiera sus negros pensamientos y formara palabras con ellos. No quería ser ella la que pronunciara en alta voz una sentencia tan nefasta. No quería ser ella la que se viera en la necesidad de obligarse a creer en algo así.

—El futuro social de Olivia ha quedado destruido —Ada asintió con la cabeza, apretando los párpados para tratar de frenar las lágrimas que asomaban ya a sus ojos—, dentro de unos pocos meses lucirá todavía cicatrices demasiado evidentes. Nadie, ni siquiera ella misma, podrá obviarlas.

Ada se llevó el dorso de la mano a la nariz y principió a gimotear.

—¡No es justo! —Lloriqueó—. ¡Ni siquiera ha cumplido veinte años! ¡No es justo, Pierce!

El caballero se llevó la mano al abundante cabello para mesárselo con impaciencia. Resopló. Lo sabía. Sabía que no era justo.

—Olivia no podrá soportarlo… —Ada continuaba llorando y ocultando su dolor detrás de las manos—. Siempre ha sido demasiado…

"…vanidosa."

Bonneville exhaló en profundidad. No podía evitar sentirse

culpable de algún modo del infortunio de su cuñada y de lo sucedido con uno de sus mejores hombres. Él había enviado a Payton a dinamitar las viejas galerías para evitar males mayores, después de la desaparición del chiquillo de los Germain. Cierto que si Olivia no se hubiera comportado como una necia voluntariosa, como hacía siempre, nada de eso hubiera pasado. ¿Qué demonios hacía allá arriba, en mitad de la noche, sola en la ladera?

—¡Y ese pobre hombre! —Las palabras huían de labios de Ada entre sollozos—. Arriesgó su vida para salvar a mi hermana. Nunca lo olvidaremos.

Pierce suspiró.

—Payton era un hombre leal y responsable.

La habitación donde Olivia llevaba dos semanas encerrada por propia voluntad permanecía sumida en una atmósfera pesada y sombría, henchida de ese aire cálido e irrespirable que normalmente acompaña los lugares que carecen de ventilación.

Los cortinajes permanecían corridos, la cama revuelta y el mobiliario desordenado y lleno de polvo ante la negativa de su propietaria a que arreglaran la habitación. De hecho la afligida propietaria, que en los últimos tiempos semejaba más un alma en pena que un mortal bendecido de nuevo con el don de la vida, se había negado con total rotundidad a abandonar sus aposentos, o tan siquiera a recibir a nadie en ellos. Ni siquiera a su propia hermana. Ni siquiera a su fiel Wendoline.

De pie frente a la ventana, asomando el rostro tímidamente entre los gruesos pliegues de terciopelo, permanecía impertérrita, con la mirada perdida en las elevadas y lejanas colinas. Llevaba varios días sin probar bocado y muchas noches sin dormir, perdida en el limbo de la inconsciencia, debatiéndose quizás entre entregarse de una vez y de forma definitiva a la locura o luchar por permanecer, a desgana, en el mundo de los vivos. Un mundo que ya no tenía ningún sentido para ella. No sin Jack.

Se limitaba a contemplar en silencio aquellos verdes montículos con las lágrimas empañando sus ojos y oscilando en los arcos dorados de sus pestañas. Y pensaba en Jack. En Jack a todas horas. Lloraba en silencio y pensaba en aquel buen hombre al que siempre había torturado sin ningún atisbo de piedad y que, a la hora de la verdad, lo había dado todo por ella sin dudarlo ni un solo instante. Incluso después de haberse mostrado terriblemente enojado. ¡Todo! Incluso su propia vida.

Por primera vez no podía evitar sentirse sucia y rastrera ante la realidad de su comportamiento. Por primera vez, la joven de enormes

ojos azules, nariz larga y labios generosos —y ahora horroroso aspecto—, que la observaba del otro lado del espejo era una completa desconocida para ella. Y por primera vez, sentía vergüenza y repugnancia de aquella joven.

¿Acaso Jack no había demostrado haberla amado con auténtica y silenciosa devoción? ¿Acaso por haber ocultado sus sentimientos y haber sabido mantenerlos a raya durante tanto tiempo la había amado menos? Ahora se daba cuenta de su error.

Suspiró largamente y, perdidas entre los ecos de sus suspiros, descendieron nuevas lágrimas. O quizás se tratara de las mismas, porque desde hacía semanas no recordaba haber dejado de llorar ni un solo día. Tan solo cuando el agotamiento la vencía y la obligaba a tumbarse en el lecho, las lágrimas dejaban de brotar. No así dejaba la cabeza de batallar. Porque ni en sueños era capaz de encontrar un instante de paz.

Y cuando despertaba, fuera la hora que fuera, volvía la cruda realidad a torturarla sin la menor piedad o compasión. A recordarle que no había sabido estar a la altura de las circunstancias. O en ese caso, a la altura de Jack.

A causa de su insensatez le había perdido para siempre. Ya no había vuelta atrás, ya no había posibilidad de enmienda… porque Jack estaba muerto. *Su* Jack… muerto para siempre.

Ahogada en un llanto silencioso continuó con la mirada cosida a aquellas elevadas colinas, el lecho mortuorio donde yacía aquel hombre al que… amaba, y al que había destrozado la vida. Él mismo se lo había reprochado:

"… eres y siempre has sido mi perdición…".

Y así había sido.

—¡Maldita sea yo misma! —susurró entre los claroscuros, dejándose resbalar lentamente por la pared hasta que las rodillas se doblegaron y acabó tumbada en el suelo, entre las arrugadas gasas de su camisón.

26

La misma noche que tuvieron lugar las terribles explosiones, una silueta humana, transmutada en una masa sanguinolenta y negruzca, se arrastró sobre su propio vientre, haciendo acopio de toda su fortaleza —que en esos momentos era escasa—, al emplear los codos y los antebrazos para desplazarse.

Había conseguido huir de aquel infierno de rocas, muerte y tierra por un pasadizo escondido del que pocos mortales, aparte de él mismo, tenían conocimiento. Una abertura que los mineros de antaño habían empleado para recoger los materiales de desecho, agua y lodo, que se iban desprendiendo de las galerías durante las jornadas de trabajo.

Las infinitas horas que en los años de infancia había gastado jugando entre aquellos intrincados corredores mientras su padre trabajaba en la mina, le habían llevado a conocer cada rincón como la palma de su propia y ennegrecida mano; por ello, y cuando se encontró atrapado y solo en aquella maldita galería tras la última explosión, no dudó en arrastrar su cuerpo inservible a través de los túneles hasta alcanzar aquella secreta abertura excavada en la roca capaz de conducirle al exterior.

Y en aquellas horas terribles y en medio de una noche que parecía eterna, después del colosal esfuerzo que supuso salvar su vida, sentía el cuerpo entumecido y dolorido, un peso inerte anclado sin más a una cabeza cuerda.

Jamás, ni durante aquellos penosos años en las trincheras, había soportado un dolor y una impotencia tan calamitosos.

Tras arrastrarse lo suficiente lejos de aquel agujero infernal se dejó caer sin fuerzas, y casi sin vida, sobre la humedad con la que el rocío de la noche vestía la montaña. Ya no podía hacer más. Apenas era capaz de respirar y sus sentidos se negaban a mantenerse despiertos. Estaba seguro de que aquel iba a ser el fin. Tumbado boca abajo con el rostro vuelto de lado y los ojos abiertos de par en par, dirigió sus últimos pensamientos a Olivia. Y una intensa rabia aguijoneó su pecho.

¡No quería morir! ¡No podía morir, no era justo!

Una lágrima solitaria descendió por su mejilla. Sus labios, cuarteados y ensangrentados, temblaron para balbucear unas palabras que solo el rocío de la noche fue capaz de escuchar.

“Olivia…”.

Nadie iba a concederles jamás esa oportunidad porque la muerte venía por él a pasos agigantados. Y ya no disponía de fuerzas para resistirse y combatir. Su alma, su voluntad, huían en volandas a través del trémulo labio entreabierto. Estaba demasiado cansado.

Cerró los ojos sintiendo la sangre latiendo en sus sienes y empañando su mirada. Un frío acerado lamió su cuerpo.

Y se resignó a morir.

—Hoy se cumplen veinticinco días de la desaparición de Payton —comentó el señor Bonneville con gesto distraído mientras mecía en su mano el contenido ambarino de una ventruda copa— y seguimos sin tener el menor indicio de su paradero.

—Santo cielo —suspiró Ada.

—Vamos a interrumpir la búsqueda —sentenció—. A estas alturas encontrar su cuerpo resulta bastante improbable. Seguramente permanezca sepultado bajo toneladas de tierra movida y escombro. Gibbs ha dicho que los muchachos están agotados de cavar día y noche. Debemos resignarnos a la realidad.

—¡Pobre hombre! —No pudo evitar santiguarse y, acto seguido, susurrar con voz trémula—: ¡Pobre Olivia! Se siente en deuda con él por haber entrado a buscarla y salvarle la vida.

—¿Sigue sin querer comer?

—Apenas bebe líquido. Permanece encerrada en su alcoba sin recibir a nadie. Parece como si quisiera expiar todas sus culpas del pasado de ese modo: conviviendo a solas con su conciencia, dejándose torturar por ella.

—Avisaré de nuevo al doctor Murray.

Ada se llevó la mano a la frente y suspiró.

—No sé si conseguiremos gran cosa. Entre la pena y la culpabilidad que la envuelven, así como el hecho de asumir poco a poco su nueva imagen, parece haber entrado en un círculo de autodestrucción.

—No ha de ser fácil para ella, desde luego —suspiró Bonneville, quien también arrastraba su propia y elevada carga de culpabilidad en todo aquel asunto—. Hablaré también con el reverendo para que oficie un funeral por el alma de Payton, es lo justo. —Dirigió una mirada precavida a su esposa—. Quizás deberías avisar a tu hermana.

—No quiero hablar con ella demasiado pronto de todo esto para no alterar más su ánimo. No está nada bien, Pierce…

—Pero le hará bien hablar de ello. No puede guardárselo

eternamente para sí misma.

—Ya sabes cómo es Olivia…

—Precisamente. Necesita aliviar su alma o de lo contrario acabará por destruirse.

Cuando Wendoline se sentó en el borde del lecho al lado de Olivia, la joven la miró y parpadeó lentamente, como si acabara de despertarse de un mal sueño.

Aquella tarde gris en la que el cielo parecía haberse desplomado para envolver el mundo había sido la escogida para celebrar el funeral por el alma de Jack Payton, justo veintisiete días después de su desaparición. Y Wendoline, consciente de que su amiga se negaría a asistir al oficio, decidió que no podía dejarla sola en un momento tan crucial, y que echaría la puerta abajo si era necesario, o si la joven mantenía la porfía de no recibir a nadie, tal y como había sucedido hasta el momento, con tal de estar a su lado y confortarla.

Pero no había sido necesario. Sorprendentemente la puerta de la alcoba de Olivia no tenía la llave echada esta vez. Quizás fuera, de algún modo, su forma silenciosa de anunciar que ya no podía soportar aquella carga sola y que necesitaba la ayuda de alguien más. Un hombro amigo que se ofreciera a levantar con ella semejante losa.

—¿Cómo voy a continuar? —dijo de pronto.

Wendoline la miró. Estaba tan desmejorada… A su enfermiza delgadez había que añadir un aspecto desaliñado y agotado, seguido muy de cerca por esas horribles marcas que afeaban la parte superior de su busto y que obligaban a Wen a desviar la mirada a cada instante.

—Lo harás, encontrarás el modo de hacerlo. Lo encontraremos juntas.

—No…

—Eres fuerte. Siempre lo has sido.

—¡No lo soy! Ya no. No encuentro motivos para serlo ni para seguir adelante.

—No digas eso…

Olivia soltó un hipido inesperado que sobresaltó a Wendoline. Se llevó las manos al rostro para tratar de ocultar su terrible dolor, en vano, puesto que al instante empezó a sollozar de forma ruidosa.

—¿Cómo podré empezar cada mañana sabiendo que ya no tendré la oportunidad de verle durante el día? —Su alma estaba a punto de quebrarse como un fino cristal de un momento a otro. Wendoline se acercó más a ella y le rodeó los hombros en un fuerte abrazo.

—Yo te ayudaré. Saldremos adelante juntas.

—¿Cómo podré dormir cada noche sabiendo que su cuerpo sigue

allí arriba? ¡Oh, Wen! —Separó las manos para mirarla con expresión desolada—. ¿Cómo podré siquiera seguir respirando sabiendo que él ya no respira?

—¡No puedes torturarte así! Nadie le obligó a entrar a por ti.

—¡Nadie me obligó a mí a estar allí arriba! —estalló ella—. ¡Quería verle, le echaba tanto de menos, estaba tan preocupada por él! Tuve miedo, temí que le sucediera algo malo por culpa de ese dichoso encargo… y quise estar con él.

—Era muy consciente del peligro que corría. Jack conocía bien las minas. Entró a buscarte porque quiso.

—¡Porque me quería! —exclamó Olivia rota por el llanto—. ¡Porque me quería por encima de todas las cosas! Y ahora yo estoy aquí y él…

Un hondo sollozo la obligó a esconder de nuevo la cara entre las manos.

—¡No quiero estar aquí sin él! Estaba enfadado conmigo. Nos dijimos cosas horribles…

—Lo amabas, ¿verdad? —preguntó Wendoline en un susurro, apretando más el abrazo que la unía a su amiga.

Olivia bajó las manos y perdió la mirada en algún invisible átomo flotante. La humedad empapaba su rostro, brotando de forma imparable de sus ojos y de su nariz.

—Él era mi vida entera.

—Jamás imaginé que sintieras algo así…

—Jamás lo había visto tan claro. Hasta ahora. Sin embargo es demasiado tarde. No he sido capaz de corresponderle en todo este tiempo… y ahora ya no está.

Wendoline suspiró en silencio.

—Pero no importa —dijo Olivia de forma repentina, alzando una mirada desquiciada—. No importa, lo acepto. Quizás este sea mi justo castigo. Expiar mis pecados sola y en silencio durante lo que me quede de vida. Y estoy segura de que, a modo de condenación, el Señor me concederá una vida muy larga, a la altura de mi penitencia.

La noche cerraba sobre la augusta mansión, extendiendo por doquier su negro y azulado manto salpicado de diminutas perlas de luz. Más allá de las estrellas, la luna lucía sobre la negra alfombra del firmamento en toda su oronda y resplandeciente forma, como una perla virgen dormida sobre un manto de negro terciopelo.

Ceñida en un grueso chal de lana, una pequeña y delgada silueta femenina abandonó la seguridad de la casa grande para cruzar el patio como una exhalación y dirigirse a los establos. De su boca entreabierta escapaban densas vaharadas, y de su paso apretado y nervioso se

deducía que su propietaria actuaba de forma solapada, quizás demencial.

La joven se adentró en el edificio sin mayor dificultad, y sin dificultad también ascendió por la escalera hasta coronar el altillo. Avanzó con lentitud cruzando aquella austera estancia, recreándose en cada pequeño objeto que traía a su mente la imagen calmada, pacífica y hermosa de Jack. Sus ojos rasgados, felinos, su tez oscura, su cabello revuelto y demasiado largo…

Sobre el respaldo de una silla dormía un viejo gabán de lana, tan sucio y despeluchado que era obvio que el hombre lo habría empleado en sus trabajos en el campo. Olivia se acercó a él y lo tomó con afecto, como si en vez de tratarse de una prenda vieja y sucia se tratara del más hermoso brocado existente bajo las estrellas. Aferrándolo con ansiedad hundió la nariz en él. Aunque pareciera mentira aquella prenda olía bien. Olía a Jack. No a tierra, sudor o estiércol, sino a Jack. A ese olor suyo tan característico y en esos momentos, de recuerdo hiriente.

Con una sonrisa dormida en los labios se lo echó sobre los hombros, aferrando las solapas para introducir finalmente los brazos por los agujeros de las mangas. Y en tales términos se abrazó a sí misma con fuerza. Porque al hacerlo con su abrigo encima, era como si el mismo Jack la estuviera abrazando para no soltarla jamás.

Se acercó al lecho de Jack. Un lecho vacío en ausencia de su propietario. Muy despacio se tumbó de costado sobre la raída colcha de arpillera e introdujo la mano bajo la almohada para acomodarse en posición fetal. Hasta que sus dedos tocaron algo duro bajo el pequeño cuadrante. ¿Qué era aquello?

Ceñuda, lo tomó entre los dedos y lo sacó al exterior. Achicó los ojos para tratar de enfocar entre los claroscuros de la estancia. Jack guardaba bajo la almohada, como si de un extraño tesoro se tratara, un pequeño broche con forma de luna llena que Olivia reconoció de inmediato como suyo. Aquel broche lo había usado siendo apenas una niña, pertenecía a su ajuar infantil. Ni siquiera recordaba haberlo extraviado, y de hecho, de no haberlo visto entonces, ni siquiera habría recordado tenerlo.

Y sin embargo Jack lo había guardado como su más valioso tesoro durante todos aquellos años, conformándose con las migajas de lo que ella no precisaba.

—¡Oh, Jack, amor mío…!

Un ronco sollozo huyó de sus labios y sin poderlo evitar, las lágrimas hicieron acto de presencia. Y no importaba la fuerza con que apretara los párpados, porque cuanto más apretaba, con mayor tesón

brotaban estas. Allí tumbada, en la habitación de Jack, en la cama de Jack, en el mismo lugar donde él tantas noches habría rumiado en silencio sus penas, su dolor, su impotencia ante los constantes desprecios de aquella insensata, dio rienda suelta a su infelicidad. Lamentándose por todo lo que pudo haber sido y no llegó a ser por su culpa.

El agotamiento, el cansancio y las muchas horas de llanto ininterrumpido acabaron por superarla y sorprenderla en aquel humilde catre.

Y cuando Pierce Bonneville, ansiando también mitigar su lacerante culpabilidad, apareció en el altillo y se encontró con semejante estampa, comprendió de golpe tantas cosas que la estupefacción más abrumadora le obligó a permanecer unos minutos allí de pie como un pasmarote, cuadrando ideas y razonando pensamientos. Olivia y Jack Payton, Jack Payton y Olivia…

…finalmente aquel frío corazón de hielo sí era capaz de sentir.

Olivia, profundamente dormida, no pudo apreciar la mirada de indulgencia y desánimo que el caballero le dirigió, descendiendo de nuevo los peldaños de la escalera para concederle a la pobre durmiente la intimidad merecida.

27

Jack despertó jadeante y sudoroso. Impulsado por un resorte invisible no pudo evitar levantarse de medio cuerpo, sintiendo tal mareo a continuación que la necesidad de volver a tumbarse resultó más que imperiosa, necesaria.

Paseó la mirada por la estancia. Se trataba de un habitáculo muy reducido, angosto y sin apenas ventilación. La única iluminación procedía de un tragaluz abierto en el tejadillo sobre su cabeza, pequeño orificio cuadrado que permanecía velado con gruesa tela de yute. Las paredes se vestían de gruesos y toscos tablones informes, ennegrecidos y cubiertos de telas de araña. No tenía la menor idea de dónde se encontraba.

Parpadeó lentamente intentando despegar sus aletargados párpados. Intentó levantarse de nuevo, pero una dolorosa punzada cruzó su espalda a la altura de la zona lumbar obligándolo a desistir de inmediato. En el acto, unas manos tibias y artríticas surgieron de la nada para tocarle un hombro, instándolo a quedarse quieto.

Jack miró a la propietaria de esas manos y frunció el ceño, sintiéndose confuso a causa de la ignorancia.

—¿Quién es usted? ¿Qué hago aquí? —preguntó en un gemido.

—Estabas herido, muchacho, yo te encontré en lo alto de la colina y te traje a casa. Tuviste suerte de que pasara por allí y te descubriera entre los matorrales. Jamás paso por ese lugar, queda bastante lejos de mi cabaña —quien así habló era una anciana enjuta y encorvada, llena de arrugas y envuelta en mil trapos imposibles. Su voz era mansa y cadenciosa, transmitía paz—. Me llamo Helen y vivo aquí sola desde que terminó la guerra.

Jack la miró y parpadeó de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un mes, muchacho. Un mes completo con sus días y sus noches. Has estado mucho tiempo inconsciente, apenas empiezas a despertar.

Jack boqueó y trató de incorporarse. Grave error. La punzada de la espalda le obligó a tumbarse y a emitir un débil gemido. Su rostro permanecía empapado en sudor.

—¿Nadie sabe que estoy aquí?

La anciana Helen se encogió de hombros.

—No. Nadie ha venido a preguntar por ti. Vivo sola y aislada del mundo. Las plantaciones más cercanas se encuentran a muchas millas de distancia. Te cargué en la parihuela de mi borrica y te traje aquí para intentar sanarte.

—Y le estoy muy agradecido, Helen. —Jack levantó la cabeza de nuevo y la anciana trató de apaciguarle tocándole la frente.

—No hagas esfuerzos, tranquilo.

— ¿Qué me ha sucedido? Me duele todo el cuerpo —gimió.

—Aquella noche cuando crucé el bosque escuché estallidos muy fuertes en la montaña. Tú estabas malherido cerca de un pozo, totalmente inconsciente. Tu cuerpo presentaba quemaduras y rasguños por todas partes. Debiste golpearte la cabeza y la columna.

El rostro de Jack se desfiguró en una mueca de dolor al tratar de cambiar de posición en el lecho.

—No puedo levantarme… —se quejó él.

—Pronto podrás. Concédete tiempo, acabas de despertar de un largo sueño.

Jack tragó saliva. Una extraña ansiedad se apoderó de él.

“Olivia, Olivia…”.

—Pero tengo que irme, tengo que regresar…

—Todavía estás muy débil.

Jack boqueó, pero la sequedad de su garganta le impidió hablar y le provocó un acceso de tos.

—¡Olivia…! ¡Necesito saber que ella está bien!

—No he visto a nadie más contigo esa noche. Estabas tú solo.

Jack resopló, jadeante. ¿Él solo? ¿Y Olivia?

—Duerme, descansa. Pronto estarás bien.

Todo el mundo en la plantación notó un gran cambio en la antaño caprichosa y déspota señorita Moongrove desde las explosiones.

Nadie, sin embargo, sabía a qué atribuir semejante metamorfosis salvo, por supuesto, el señor Bonneville y Wendoline. El primero por haber cuadrado en su cabeza algunas suposiciones después de haberla descubierto dormida en el establo, en el catre de Payton, y la segunda por haber sido testigo y confidente durante muchos años.

Los demás creyeron que el cambio en su conducta obedecía a lo cerca que la joven había visto la muerte, pues cuando la encontraron en aquella angosta galería la muchacha ciertamente estaba más muerta que viva; y muy posiblemente a lo lamentable de su aspecto actual, sin duda una certera patada a su orgullo y a su vanidad.

La antaño arrolladora y engreída Olivia Moongrove al fin se había visto obligada a morder el polvo, puesto que su belleza había sufrido

una importante merma. En esos momentos era poco menos que un ser deforme y digno de compasión.

Sin embargo el Altísimo le había concedido una nueva oportunidad para enmendarse y la joven parecía ir por muy buen camino.

Cada día, en la hora pensativa del atardecer, deambulaba arriba y abajo por los corredores de la mansión sin la compañía de una palmatoria, una lámpara de aceite o un candil. Dejándose engullir por los claroscuros, confundiéndose entre las sombras como un alma en pena, mientras observaba el exterior, con recelo y nostalgia, a través de los amplios ventanales.

La luz del sol y la claridad del día ya no eran sus aliadas. No, cuando dejaban a la vista las horribles marcas que ahora señalarían su cuerpo para siempre. Se llevaba las manos temblorosas al cuello, al escote y al rostro, y el contacto con la piel tersa y acartonada abría un agujero enorme en su pecho. Había pasado el tiempo y la piel continuaba sonrosada, tirante, arrugada en pequeños parches, talmente como si hubiera sido cosida muy apretada sobre la antigua piel de porcelana.

Una tarde, sentadas ambas bajo la sombra agradecida que regalaba una enorme pasiflora, Ada y Olivia observaban en silencio y calmada abstracción cómo el sol se desangraba lentamente sobre el horizonte. Ada daba las gracias al cielo por aquellos benditos instantes en compañía de su hermana pequeña, instantes repletos de paz y serenidad, de quietud y silencio, en los que de verdad podía disfrutar de su presencia de un modo que jamás hubiera considerado posible. En toda su vida había podido gozar de la compañía de Olivia por más de unos pocos minutos sin el temor de acabar discutiendo o alzando la voz para tratar de entenderse. Olivia siempre había sido tan difícil, tan beligerante, tan imposible…

—Quiero pedirte perdón, Ada —dijo de pronto aquel día en concreto, bajo las luces tenues que acompañan el ocaso.

Ada la miró perpleja.

—¿Perdón? ¿Y eso por qué?

Volvió la cabeza lentamente Olivia en su dirección y observó Ada en sus ojos, antaño duros diamantes imposibles siquiera de marcar, una pena infinita acompañada de una palpitante sinceridad.

—Por ser Olivia Moongrove.

Ada dio un respingo y enlazó de inmediato los dedos en la mano pálida y fría de su hermana pequeña. En un gesto instintivo se llevó el dorso a los labios para besarlo con sincero afecto.

—Siempre te he querido, mi pequeña Olivia —susurró con los ojos velados por el llanto.

—Jamás he merecido tu afecto. He sido una persona odiosa, Ada, y

a estas alturas solo me arrepiento de dos cosas.

Ada la miró interrogante.

—De no haber sido capaz de agradecer tanto amor como he recibido y de no haberme parecido más a ti. Tú eres un ejemplo a seguir mientras que yo soy una criatura insoportable —los zafiros engarzados se mostraban entonces brillosos—. Pero el Señor me ha bendecido con la oportunidad de enmendarme, Ada, y es a esa consigna a la que voy a consagrar el resto de mi vida.

El vapor *Eridanus* dejó escapar el ronco bramido de su sirena una última vez, llamando a los pasajeros a embarcarse.

August cuadró los hombros y apretó el paso, esquivando a los viajeros que, como él, corrían a la llamada del barco mientras ceñía bajo el abrigo y contra el costado su querido maletín de cuero. No podía soltarlo aunque la tierra se abriera en ese mismo instante bajo sus pies, porque allí dentro reposaba su futuro, el fruto de sus estafas. El último monto pertenecía a la comisión que había conseguido timar a aquellos estúpidos plantadores de Misuri, a los que había engañado en nombre de la Union Pacific.

Y aquel provechoso resguardo oculto en elegante maleta de cuero sería su única compañía durante su travesía hacia ultramar. Se lo había ganado.

Se disponía a coronar el primer escalón de la rampa destinada a los pasajeros cuando dos prensas imbatibles le sujetaron por los codos, reteniéndolo y apartándolo, con todo el disimulo posible, de la larga hilera de viajeros. Ceñudo, trató de revolverse, cuando se vio escoltado por dos enormes moles perfectamente uniformadas.

—Queda detenido, señor, por estafa y fraude —susurraron con tono siniestro aquellas moles andantes—. Así que no provoque problemas y haga el favor de acompañarnos, llevamos mucho tiempo detrás de usted.

—Pero… ¡esto es un atropello! —chilló con su voz aflautada, tratando de no llamar demasiado la atención. Lo que resultaba inevitable, pues la estampa de un pobre hombre pataleando y siendo trasladado casi en volandas por aquellos dos gigantes de uniforme resultaba digna de ver—. ¡Se equivocan ustedes, caballeros, soy un importante representante de una de las compañías ferroviarias más significativas de este país! ¡Exijo que se enmienden o pagarán caro su error!

—¿Está seguro, señor Neville —preguntó uno de ellos— o quizás deberíamos decir señor Smith…, o Potter?

—O tal vez Grandison, Richard Grandison —esta vez fue una voz femenina la que habló a escasa distancia—; ese fue su nombre en el

condado de Clay.

August palideció y dejó de forcejear. Mary se encontraba delante de ellos, arrebujada en un viejo chal de lana. Estaba pálida y ojerosa y sus achicados ojos aparecían acunados por dos profundos surcos azulones. No percibió ni un atisbo de afecto en su mirada, y eso le preocupó.

—Ibas a marcharte sin mí… —no era una pregunta—. A Europa, sin mí…

August la miró ceñudo, sin saber qué decir.

—Ibas a abandonar el país sin mí —repitió—. Con todo el dinero que has estafado a esa pobre gente. ¿A eso te dedicabas? ¿A estafar?

—¿Pobre gente? —rugió—. ¿Esos malditos ricachones? No sabes lo que dices, Mary…

Su voz desgranaba tanta repulsión que Mary, con los ojos anegados de lágrimas por derramar, negó con la cabeza.

—No podía empezar una nueva vida en base a mentiras, August, y tú me has mentido desde el principio. No he tenido más que seguirte e investigar por mi cuenta para descubrir que todo tú eres una mentira. Un vulgar estafador. Te has reído de todos… y te has reído de mí.

—Tú me has delatado… —fue lo único que salió de sus labios cuando los agentes de la ley tiraron de él, lejos del gentío.

Mary permaneció quieta en mitad de la explanada, arrebujada en su chal, temblando y tosiendo, viendo cómo el único amor de su vida y su única esperanza de prosperar se perdía entre el bullicio.

Su corazón sufría, pero no se le había roto en aquel instante, en realidad llevaba roto muchas semanas, desde el mismo momento en que August la dejó atrás para seguir con su vida. Había escuchado rumores, había engendrado sus propias sospechas. Algunos plantadores del condado, como los Coleman y los Mayfield, mencionaban que hacía semanas que no sabían nada del ingeniero representante de la Union, concretamente después de haberle entregado una importante cantidad de dinero.

Había sido una suerte recordar que una vez habían hablado de embarcarse en Nueva Orleans para viajar al continente. Desde entonces solo había sido cuestión de tener paciencia y esperar. Y de dejar que el corazón se hiciera añicos en base al desengaño.

Jack despertó de nuevo, sudoroso y afligido. Las pesadillas le torturaban sin piedad durante las horas de sueño, pero al menos estaba vivo. Aquella buena mujer le había salvado la vida arrastrándolo a través del bosque para ponerlo a salvo en el interior de su minúscula cabaña.

La anciana le había contado, durante una de sus breves charlas,

que lo había encontrado en lo alto de la colina mientras cruzaba el bosque buscando piñas para la lumbre. Como pudo, arrastrándolo y haciéndole rodar como a un tronco, consiguió tumbarlo en la parihuela que empleaba para cargar leños y así, con ayuda de su vieja borrica —por lo visto casi tan vieja como ella misma— había conseguido ponerlo a salvo.

Sabía con certeza que le debía la vida, que aquella buena mujer le había curado, le había alimentado y le había brindado abrigo, arrancándole su cuerpo de sus mismas garras a la propia muerte. Siempre estaría en deuda con ella. Pero había llegado el momento de irse.

Cuando hizo ademán de levantarse, la anciana acudió presta a asistirlo, como hacía siempre, sujetándolo por las axilas y ayudándole a permanecer sentado en el borde del lecho. Jack sudaba de forma copiosa y en su rostro todavía se reflejaba el dolor que le provocaba realizar cualquier pequeño esfuerzo.

—¿Te irás lejos?

—A la plantación Bonneville, a las afueras del condado.

—¿Te esperan allí?

Jack tragó saliva. ¿Le esperarían? No sabía realmente cómo estaban las cosas, desconocía si Olivia había salido bien parada de aquella horrible explosión que había conseguido separarlos, o si por contra habría sucedido lo peor. De hecho la ansiedad le carcomía el alma ante la duda.

Y en el caso de que hubiera sobrevivido… ¿tendría él posibilidades de acercarse a ella?

—Espero que sí haya alguien esperándome.

—Está bien, llévate la borrica. Te ayudará a soportar mejor el viaje.

—No —con afecto acarició la arrugada mejilla de la anciana—, usted ya me ha ayudado bastante. No voy a dejarla sin su borrica, la necesita. Además, no creo que soportara el trayecto a lomos de ninguna montura.

—Tendrás por delante un camino muy largo, ¿lo sabes, verdad?

Le acercó una vieja y enorme camisa de lino que semejaba un saco y le ayudó a vestirse. Después le entregó una gruesa y retorcida raíz de retamo espinoso para que la empleara a modo de bastón.

Jack, apoyado en él y moviéndose con paso vacilante, abrazó a la anciana en silencio y se acercó a la puerta.

—Jamás voy a olvidar que le debo la vida…

Ella mostró su sonrisa mellada, achicando los ojos de placer.

—Procura mantenerte a salvo y que lo que te reste de vida seas capaz de vivirla con gran felicidad, o de lo contrario todo esto no habrá valido la pena. Que el Señor te bendiga, Jack Payton.

28

Hacía ya muchas horas que la noche cerraba sobre la plantación. La oscuridad más acuciante lo invadía todo y un frío acerado lamía los jardines vistiendo de escarcha cada superficie expuesta a la intemperie.

Jack acababa de traspasar los lindes de la propiedad. Caminaba exhausto, sudoroso a pesar de las bajas temperaturas, avanzando con paso vacilante y manteniéndose en una posición que distaba mucho de imitar la imperativa pose erecta del caminante.

Había caminado durante todo el día ayudándose de aquel rústico bastón y en esos momentos su cuerpo y su ánimo se resentían. Ya no podía más. Tan solo la visión de la magnífica mansión conseguía espolear sus sentidos suplicándole un nuevo paso, un último esfuerzo. Ya quedaba poco para volver a ver a Olivia, para tenerla de nuevo frente a sí, para embriagarse con su aroma… después podría morir tranquilo.

Todo parecía dormido en el interior de la mansión. Tan solo una tenue luz ambarina se derramaba a través de los descorridos cortinajes de la sala de fumadores.

Jack se tensó. Quizás no hubiera nadie en casa. Quizás la familia se hubiera tenido que marchar a causa de cualquier desconocido infortunio. Una punzada de ansiedad hirió su estómago. ¿Estaría Olivia a salvo? ¿O acaso habría ocurrido lo impensable? Él era fuerte y curtido y sin embargo le había costado sangre y sudor mantenerse con vida… ¿No era lógico entonces pensar que la pobre y delicada Olivia hubiera corrido peor suerte?

—¡No, no puede ser…! —Azuzado por una ansiedad terrible, por la desazón fatal que provoca la incertidumbre, consiguió salvar la amplia escalinata principal en pocos minutos—. ¡Tienes que estar viva, Olivia, no puedes haberme dejado! ¡No ahora que he venido a por ti!

Se paró frente al enorme portón y golpeó varias veces la gruesa anilla de bronce contra la superficie de madera.

Pierce Bonneville se había quedado despierto en la su despacho privado mientras todos en la casa dormían ya. La mayoría de los

sirvientes se habían retirado y él permanecía descansando en su estancia preferida, dando buena cuenta de un habano y una generosa copa de brandy. El espléndido fuego que ardía en la chimenea derramaba un calor muy grato que provocaba en su ánimo un estado de modorra y letargo inevitables. Por lo tanto, y en tales términos, se encontraba el caballero entregado a un estado de duermevela que le mantenía felizmente adormecido.

Sintió llamar a la puerta principal. Consultó el reloj de bolsillo que guardaba en el chaleco al final de la leontina de plata, y frunció el ceño. ¡Qué raro! ¿Quién podría ser a esas horas tan intempestivas? El mayordomo se había retirado hacía un buen rato, inducido por él mismo, así que se levantó y cruzó la estancia con paso firme y decidido. Al llegar al vestíbulo se acercó a los ventanales para observar los jardines con discreción. No había ningún carruaje parado frente a la escalinata, tampoco ninguna montura, por lo que aquello avivó aún más su confusión.

Palpó la cinturilla del pantalón justo en la zona bajo la espalda y un ápice de tranquilidad invadió su ánimo. Bajo los faldares de la chaqueta dormía su discreto revólver.

Con semejante aliciente abrió la puerta. La imagen que se presentó frente a él estuvo a punto de provocarle un colapso cerebral.

—¡Santo Dios!

Y la masa oscura e informe cayó a plomo ante sus pies.

Cuando Jack abrió los ojos esperó encontrar a su alrededor la vieja y destartalada cabaña del bosque, pero la imagen que se presentó ante él distaba mucho de parecerse al precario escenario en el que habían discurrido sus últimas semanas.

Se encontraba tumbado en un lecho amplio y tan cómodo que parecía que el colchón hubiera sido rellenado con las mismísimas nubes del cielo. Cuatro pilares tallados en madera presidian las cuatro esquinas de la cama, vestidos en su parte superior con gráciles y delicados doseles confeccionados en seda.

Parpadeó lentamente obligándose a despertar de su letargo. Su rostro continuaba bañado en sudor, su cabeza se sentía a punto de estallar y sus miembros permanecían entumecidos y pesados.

Una mano poderosa y cálida descansó sobre su hombro, reclamando su atención.

—Jack Payton… —murmuró el caballero, incapaz de ocultar la sonrisa que ornaba su rostro y las lágrimas que bailaban en sus pestañas delatando su alegría—. ¡Estás vivo, muchacho!

—Señor…

—¿Dónde has estado metido? Todos te dábamos por muerto…

Jack resopló intentando incorporarse de medio cuerpo. Bonneville ahuecó un par de cojines a su espalda para facilitar tal propósito.

— ¿Y Olivia…? ¿Cómo está Olivia…? —carraspeó avergonzado al darse cuenta de su desliz—. Es decir… la señorita Moongrove…

Bonneville cabeceó al tiempo que sus labios se estiraban en apretada sonrisa.

—Olivia está bien —sus palabras supusieron un bálsamo de aceite para las heridas que profanaban el alma de Jack—. ¡Santo Dios, muchacho, me temo que Olivia se va a volver loca de alegría cuando te vea!

Jack frunció el ceño. ¿Acaso había perdido de repente la razón y en la parcela de realidad que ocupaba entonces su existencia el patrón insinuaba que Olivia Moongrove, su propia y altanera cuñada, sería capaz de manifestar algún tipo de felicidad al darse cuenta de su regreso? ¿Olivia sin ocultarse, sin fingir desinterés? ¿Y acaso sería posible que el propio cabeza de familia consintiera en una relación tan dispar como imposible?

— ¿Ha…? ¿Ha conseguido salir sana… y salva de aquel infierno? —tartamudeó con lágrimas en los ojos.

—Sí, y todo gracias a ti. Eres un gran hombre, Jack, y un auténtico héroe para esta familia. —Bonneville reía, emocionado y contento. No acababa de creerse la bendición que el buen Dios acababa de verter sobre sus cabezas—. No puedes imaginar la gracia que supone tu vuelta a la vida, muchacho. —Bonneville palmeó el hombro del asombrado convaleciente—. ¡Dios, Jack Payton, estas semanas han sido un auténtico suplicio para ella! ¡Para todos nosotros, en realidad!

—Yo… —Jack no era capaz de articular una frase completa. Las palabras de Pierce Bonneville, señor de la plantación, denotaban consentimiento y sin embargo, asimilarlo suponía para Jack una tremenda contrariedad, por haberlo considerado impropio e imposible durante tantos años—. Señor Bonneville, yo le aseguro que…

—¡Cuánto has debido de padecer, muchacho! —fue todo lo que él dijo—. Olivia es una mujer difícil, siempre lo ha sido, jamás imaginé que acabara entregando su voluntad y su corazón con semejante impetuosidad.

—Señor Bonneville, yo…

—Aunque es natural —Bonneville continuaba divagando en alta voz, y cuanto más hablaba más desconcertaba a su confundido interlocutor—, un alma tan vehemente en cada faceta de su vida también habría de serlo a la hora de expresar sus emociones, ¿verdad? Olivia no podría entregar sus afectos con mesura ni prudencia, desde luego, o de lo contrario no sería Olivia Moongrove.

Jack tan solo atinó a mover lentamente la cabeza en negación. No

para contradecir las palabras del patrón, sino para manifestar la profunda confusión mental que le desbordaba entonces.

—Lo sé todo —anunció por fin—. Nadie me dijo nada, pero no hizo falta tampoco. Bastó con observar y atar cabos para llegar a la conclusión acertada. Olivia se convirtió de repente en una muerta en vida. No hacía más que mirar a la montaña y penar… ahora entiendo que sufría por tu ausencia. No te imaginas las noches que te ha llorado, Jack, las noches que ha visitado el establo para acurrucarse en tu catre y esperar por ti.

Jack trató de asimilar aquella información. Resultaba tan increíble y tan maravillosa, del mismo modo que resultaba desconcertante el hecho de recibirla de labios del señor Bonneville, que sentía el pecho inflamado de una alegría desmesurada y la cabeza embotada de mil emociones disparatadas e insondables.

Bonneville se apartó del lecho para encaminarse hacia la puerta.

—No voy a entretenerte más porque aquí hay alguien que se muere por verte…

Jack se incorporó un poco más, apoyándose sobre los codos. Cuando Bonneville abrió la puerta y se hizo a un lado, asomó bajo el umbral una Olivia más timorata y temblorosa de lo que Jack era capaz de recordar. De hecho jamás le hubiera atribuido ni un ápice de timidez o cobardía a aquella insolente criatura. Y ahora incluso parecía un pajarillo asustado, un ser débil y herido. Una flor a punto de deshojarse. Una flor con su bella mirada empañada, como si las gotas tempranas de rocío hubieran besado sus pétalos uno a uno. Sin duda la flor más bella que ningún mortal podría soñar con contemplar ante sus ojos.

—Olivia… —murmuró con tono urgente, apenas en un hilillo de voz, irguiéndose desesperado hasta conseguir sentarse en el lecho.

—¿Jack…? —y su voz se desgranó en un hipido.

Avanzó con paso trémulo, como si acabara de ver el espectro de un aparecido en pleno día. Su barbilla y sus labios temblaban, sus ojos permanecían velados por el llanto. Las manos trémulas acudieron raudas a los labios para ahogar el sollozo que surgió de forma abrupta desde lo más profundo de su ser.

—¡Jack, estás vivo! —gimió después sin ningún tipo de contención, importándole bien poco que su cuñado estuviera presente. Importándole mucho menos aún que su cuñado se percatara de que sus lágrimas y sus sentimientos más íntimos pertenecían a Jack, al reencontrado mozo de cuadra.

Nada enturbió sin embargo el reencuentro pues Pierce Bonneville, con el claro propósito de concederles la merecida intimidad, abandonó la estancia cerrando la puerta tras de sí.

Tal y como acababa de revelarle a aquel hombre postrado, hacía

tiempo que había llegado a intuir los sentimientos de Olivia, quizás había influido el descubrirla dormida y acunada en su propio llanto en el altillo vacío de Payton, o quizás fueran su innegable tristeza y la certeza de su alma condenada y en pena las que le habían abierto los ojos. Desde luego estaba claro que el hecho de que alguien fuera capaz de despertar cualquier tipo de sentimiento en un alma tan complicada y arriesgada como la de Olivia, merecía toda su admiración. Y Jack la tenía.

Jadeando y con el rostro perlado por las lágrimas en pleno descenso, Olivia se sentó en el borde del lecho y acarició con mano temblorosa el rostro de aquel hombre, cuidando de no lastimarlo en las heridas a medio cicatrizar que aún revelaba. Le resultaba imposible creer que se encontrara allí, con ella, después de haberlo soñado tantas noches muerto y solo en lo alto de aquellas malditas colinas. Por eso necesitaba tocarlo, asegurar su presencia en aquella habitación a través del roce ansioso de sus dedos hasta cerciorarse de que en verdad se encontraba de nuevo allí, en el mundo de los vivos. Con ella, para ella.

Resiguió el perfil de su rostro una y mil veces mientras alternaba sonrisas y lágrimas, sollozos y jadeos. No era capaz de soportar tanta dicha inmerecida. Le había causado tanto daño en el pasado que no se merecía aquella nueva oportunidad. ¡No! Su justo castigo era la soledad. Una vida larga y tediosa sumida en la más negra soledad.

—¿Eres tú…? ¿Estás vivo de verdad? No me lo puedo creer… Cuando me lo dijeron sentí que el cielo se abría para mí. —Apoyó la frente sobre su hombro y rompió a llorar con amargura.

Jack la acogió en su pecho, rodeándola con ambos brazos para tratar de retenerla para siempre lo más cerca posible de su alma. Las lágrimas también descendían silenciosas, surcando su rostro plagado de heridas.

—No creí que este momento pudiera repetirse jamás. ¡Dios mío, estás aquí, conmigo…! —gimió desbordada por el llanto—. ¡Perdóname, perdóname!

—Olivia, no hay nada que perdonar…

Ella apartó la cabeza del pecho de Jack para mirarlo a través de aquellos dos lagos en revolución.

—¡Hay tanto que perdonar, Jack, que me temo que una vida entera no sería suficiente para poder expiar mis faltas, ni para que tú disculparas tantas ofensas! ¡Perdóname! ¡Dime que puedes al menos intentar perdonarme!

—Te he echado tanto de menos, mi luna bonita… —susurró por respuesta. Y acto seguido apartó con afecto un mechón de aquel fino pelo de oro, suelto a propósito sobre los hombros, para contemplarla en todo su esplendor. Lo que percibió entonces hizo que su ceño se

frunciera en un gesto de desconcierto y desazón.

Olivia percibió el cambio en su expresión y tal percepción provocó que se horrorizara de sí misma y de su realidad, realidad que por unos momentos se había permitido olvidar en pos de la alegría que supuso el regreso de Jack. Rauda como el viento de la tarde que se desliza desde lo alto de la montaña se levantó de la cama y le dio la espalda, cubriéndose de nuevo con el pelo en un gesto tan instintivo como defensivo.

—¡No me mires, soy horrible! —gimió, inclinando la cabeza y tragándose la vergüenza y el terror que apretaba su pecho, comprimiendo las vísceras que había dentro—. Soy un monstruo, ya no hay nada de la Olivia hermosa que recordabas.

Con un esfuerzo considerable que consiguió arrancarle un gemido, Jack reptó hasta el borde del lecho y alargó los brazos para alcanzarla, de ese modo la sujetó por el talle y la atrajo hacia sí para obligarla a sentarse de nuevo a su lado. Olivia obedeció, en realidad podría decirse que simplemente acató sin protestar porque su presencia de ánimo no poseía entonces la capacidad de revolverse y luchar. Su orgullo de antaño y su altivez hacía tiempo que se habían doblegado.

En ese instante, y a la vista de que las tornas habían cambiado, tuvo miedo de que por vez primera Jack la rechazara, de que se burlara de sus deficiencias. Y no podría reprochárselo: estaba en todo su derecho. Al fin y al cabo ella había gastado toda su vida burlándose de las suyas.

Pero Jack no se burló, ni mucho menos. Levantó una mano para acariciar apenas con la yema de los dedos, con el celo y el esmero con el que un ángel acariciaría cualquier miserable alma bajo su custodia, la superficie dura y acartonada que cubría el cuello de Olivia, su contraída oreja y todo el fruncido contorno de su rostro.

—No me toques… —lloró bajito, componiendo un mohín desesperado. No existía mandato en su voz, tan solo un dolor y una vergüenza insondables.

—No me pidas que no te toque, porque sería como pedirle al mar que no acaricie sus adoradas rocas con la espuma.

Una lágrima solitaria descendió en silencio por la mejilla de Olivia ante tan sutil caricia. Nadie le había tocado la quemadura; nadie salvo ella misma. Y cuando lo hacía, no podía evitar que la desolación la embargara por completo. ¿Qué estaría sintiendo Jack? ¿Sentiría lástima de ella? ¿Sentiría compasión de aquella flor preciosa prontamente marchita?

—Soy…

Con la otra mano, Jack la sujetó por la barbilla y le alzó el rostro, obligándola a mirarle. Cuando sus ojos se encontraron, Olivia percibió

una insondable ternura en aquella mirada gris. Nada de repulsa, nada de desprecio, nada de burla; tan solo una ternura infinita y un amor a punto de desbordarse.

—Sigues siendo mi luna hermosa, lo más bello que existe bajo las estrellas.

Y la besó con suma delicadeza, acariciando sus labios con los suyos, atrapando entre los dientes la cálida superficie de fresa. Olivia permaneció todavía un instante embriagada en las dulces mieles de aquel sueño, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Solo la tenue caricia de Jack, acunando su mejilla en la amorosa cuenca de su mano, la devolvió lentamente a la realidad.

—¿A pesar de… —se señaló la enorme quemadura con repugnancia— de esto?

Jack sonrió suavemente y se inclinó para apoyar la suya en la frente de Olivia, acunando todavía su mejilla con auténtica devoción y acariciando con la otra mano aquellas finísimas hebras de oro que coronaban su cabeza.

—Cuando te miro lo único que yo veo es esa luna preciosa a la que he aprendido a adorar desde la distancia, y que por vez primera, después de tantos años de angustia y desesperación, por fin me ha permitido alcanzarla.

Olivia lloraba contra su rostro.

—Te quiero, siempre te he querido… —jadeó—. Solo que era una estúpida malcriada incapaz de reconocerlo.

—Mi querida, mi amor, ahora que te he alcanzado, nunca más te voy a soltar.

Ella sonrió en medio del llanto.

—Nunca más voy a querer alejarme, Jack.

Epílogo

Los meses que siguieron Olivia fue capaz de demostrar felizmente sus palabras a un Jack que no podría haberse mostrado más encantado, y gratamente sorprendido, con la nueva señorita Moongrove.

Si la anterior le fascinaba, quizás por su personalidad airosa e independiente, tal vez por su peculiar belleza y sus formas gráciles, o por la pasión implícita en cada gesto, la nueva señorita Moongrove acabó subyugándolo de forma definitiva con su docilidad, su ternura y su simpatía, amén de esa nueva y desconocida sensualidad implícita a partir de entonces en todos y cada uno de sus ademanes.

Se acabaron los encuentros furtivos bajo el limonero, los desplantes, las palabras ofensivas o la angustia de tener que resignarse a observarla de lejos y a escondidas, pendiente siempre del estado anímico de la joven y calculando el momento oportuno para acercarse a ella sin temor a recibir una patada en la boca.

Olivia era otra muchacha. Todas esas semanas en las que le había dado por muerto parecía haber experimentado un cambio tan radical en su actitud, había recibido una cura de humildad tan grande y necesaria en base a su nuevo aspecto, que ahora, si no la tuviera ante sus ojos, entre sus propios brazos y bajo la caricia de sus ansiosos labios, no sería capaz de asegurar que se tratara de la misma jovencita respondona y altiva de antaño.

Olivia Moongrove le amaba. Y no se ocultaba de mostrar sus sentimientos ante el resto del mundo. Todas las tardes paseaba de su mano por los jardines o jugueteaba con su pelo cuando, recostados ambos bajo el querido limonero que tantas veces había sido mudo testigo de sus entrevistas, él descansaba su cabeza en el regazo de la joven y se dejaba arrullar por las dulces notas que huían de sus labios. Las mismas notas que les habían unido tres años antes, convirtiéndose en su melodía secreta y vínculo común.

Jack jamás había imaginado que una felicidad semejante fuera posible.

El señor Bonneville le ofreció a Jack el puesto de capataz y segundo del señor Gibbs, asunto que reportó a ambos hombres

grandes satisfacciones y al caballero en particular la posibilidad de agradecer a Jack de algún modo tantos años de entrega y lealtad.

Por supuesto también le concedió su bendición para cortejar a Olivia desde el mismo momento en que regresó de entre los muertos.

El reverendo Atkison se mostró sumamente feliz de ser requerido de nuevo para un acto mucho más agradable que el que le había llevado al lugar meses antes. Esta vez oficiaría un matrimonio que, Dios mediante, tendría lugar en la capilla de la propiedad en apenas unas semanas.

De Richard Grandison, o August Neville, Smith o Potter, poco más se supo, salvo que acabó con sus huesos en la cárcel tras haber sido descubierto cuando pretendía abandonar el país, y a una mujer enamorada con el corazón roto, para iniciar una nueva vida en el continente, con toda probabilidad estafando a los incautos europeos del mismo modo que hubo de estafar en su día a sus compatriotas americanos.

Por supuesto la Union Pacific se desentendió de aquel individuo al que ni conocía ni había otorgado poderes para hablar en su nombre. De hecho ni siquiera entraba en sus planes más inmediatos extender ramales ferroviarios por aquella zona concreta del estado de Misuri, por lo que no hubo lugar a ningún tipo de negociación. Todo había sido un fraude perfectamente maquinado por el llamado Grandison para estafar a cuantos más, mejor. Por fortuna solo consiguió estafar a los principales plantadores del condado de Clay, a los que les fue devuelta la comisión otorgada cuando requisaron los bienes que aquel tunante portaba antes de subir al vapor.

Agradecimientos

Resulta una delicia trabajar con un equipo editorial que respeta y apoya a sus autores, haciéndoles sentirse queridos en todo momento. Por ello es un placer y un honor para mí poder repetir experiencia con HQÑ y saber que cuento con su cariño, su confianza y su respaldo simplemente por esas pinceladas de romanticismo que resbalan de mi pluma, más allá de números y resultados. Gracias por eso.

Gracias especialmente a Elisa, mi editora, por su cercanía en todo momento, por su comprensión y por su cariño. Así da gusto.

Gracias por la profesionalidad de todo el equipo. Hacéis magia.

Gracias a mis lectoras incondicionales de ultramar; Anabel Reyes (eres amor, querida, y por ello te quiero un mundo), Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Silvana Alayon, Syl Ferreira, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, María Florencia Pescetto, Mónic Flores, Annete Rodríguez, Mika_Books, Raquel Canavese (maravillosa)… gracias infinitas por quedaros a mi lado y soñar.

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias y apoyarme (y animarme) siempre; Vero RG, Maira Varea, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina Andrés, Vero Chamborro, Miranda Kellaway, Kelly Dreams, María José Alcaraz, Eva García Carrión, Ana Fernández, Sabela y Lucía, Marta Luján, Silvia Pena, Lisi Paz, Marta Fernández, Susa Paz, Laura Sánchez, Marisa Paz, Sandra Pedreira, Isabel Meléndez, María Teresa y mis queridas profes románticas: Isabel Mosquera y Sofía Fernández.

Gracias a es@s Bloggers maravillos@s que están pendientes de cada una de mis historias, que me leen y me ayudan a darles visibilidad en redes. Gracias por ayudarme a soñar.

Gracias a Claudia Cardozo, siempre, por todo.

Y gracias a ti, lector, que tal vez me lees por vez primera, ojalá desees continuar conociendo los desvaríos románticos de esta humilde soñadora y seguir leyendo.